



**Antonio
Álamo**

**Más allá
del mar
de las
Tinieblas**


Siruela

MÁS ALLÁ DEL MAR DE LAS TINIEBLAS

ANTONIO ÁLAMO

Antonio Álamo

Más allá
del mar
de las
Tinieblas

 Siruela

Las Tres Edades

Edición en formato digital: mayo de 2017

En cubierta: ilustración de © Juan Palomino

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Antonio Álamo, 2017

© Ediciones Siruela, S. A., 2017

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-17041-80-9

Conversión a formato digital: María Beloso

Todo está en un Libro explícito.

Corán, XI, 8

Nuestra historia comienza cuando una mujer dibuja en la roca de una gruta la silueta de su mano, y con ello le dice al mundo: «Este es mi hogar», y luego pone tantos puntos rojos como personas viven en su cueva, y luego tantas rayas como animales le pertenecen. Y después, para distinguir unos animales de otros, añade a las rayas orejas puntiagudas, colas larguísimas o retorcidas cornamentas. Son las letras, o no, todavía no, son solo sus desvaídos fantasmas, que quieren brotar de la rugosa oscuridad de la gruta.

Otros hombres y mujeres, sirviéndose de piedras afiladas como cuchillos, marcan sus brazos, piernas y caras con profundas e indelebles cicatrices, y con ellas dicen: «Esta es nuestra tribu».

Una especie de fiebre se propaga entre ellos, que imponen sus marcas en los huesos de los bueyes, en las cortezas de los árboles, en la piel de los lagartos y en la tierra que pisan. Si encontraran el modo de hacerlo, también marcarían con sus signos las nubes. Desean apropiarse del mundo y no encuentran mejor forma de hacerlo que tatuándolo.

Así termina la primera mutación del virus.

Y así comienza nuestra historia.

.

1

UN HOMBRE CARACOL

Al verlo pasar, la gente se preguntaba de dónde venía. Lo menos que se podía decir de él es que tenía un aspecto muy extraño. Vestía una chilaba, polvorienta y raída, y tiraba de un gran carromato cubierto con una lona. Su silueta, en la lejanía, parecía la de una especie de caracol gigante. La verdad es que debía de ser una carga demasiado pesada para un solo hombre. Pero lo más insólito de todo es que, en vez de baba, iba dejando a su paso un rastro de polvo fino y amarillo, como si fuera un reloj de arena desangrándose.

Aunque era un hombre bregado en toda clase de aventuras y desventuras, la de anoche le había dejado poco menos que horrorizado y, por supuesto, totalmente afligido. Había perdido el mayor de sus bienes terrenales, y este no era otro que su propio camello, que respondía al nombre de Magnífico y había sido su inseparable compañero durante más de un lustro. La desgracia ocurrió de esta manera: tras subir y bajar unos riscos hasta una ladera, hizo un alto en el camino y se dispuso a pasar la noche resguardado del viento tras una peña. Hizo una fogata y cenó un buñuelo frío y dos manzanas y media, que era todo lo que tenía para aplacar el hambre. Se arropó bajo la manta vieja y desgastada y se puso a contemplar la noche llena de estrellas.

—Qué hermoso es el mundo —le dijo a su camello—. Ya, ya sé que vivir como vivimos, llevados por los vientos del destino, que nunca sabemos hacia dónde soplarán de nuevo, nos lleva a comer un día como reyes y a conformarnos otros muchos con las sobras. Pero, dime, ¿no es hermoso el mundo? ¿Y no es esta la mejor manera de mirarlo, sin saber qué sucederá a continuación?

Luego le dio las buenas noches a Magnífico de la forma acostumbrada:

—Gracias, Magnífico, por acompañarme una jornada más. Que Alá Nuestro Señor nos proteja también esta noche.

Dicho lo cual se quedó dormido al instante.

A pesar de la precaución que había tenido de resguardarse detrás de una roca, el viento cambió de dirección de repente y empujó las nubes que venían del norte. Eran unas nubes cargadas de electricidad, iluminadas fantasmagóricamente por la luna.

Mientras ese viento avivaba las llamas y la fogata devoraba el corazón de la madera, convirtiéndola con rapidez en rescoldos, el cielo empezó a quejarse.

El primer trueno no le despertó, ni tampoco el segundo ni el tercero. Tan profundo era su sueño. No así el de Magnífico, que berreó con inquietud, como si quisiera advertir del peligro a su amo indefenso, narcotizado por el hambre, la debilidad y el cansancio. Los truenos y rayos se sentían cada vez más próximos. Ya estaban sobre su cabeza. Tronó de tal forma el cielo que toda la Tierra se estremeció. Luego cayó un rayo que parecía que fuese a quebrar la ladera en dos mitades. Interrumpió —esta vez sí— el sueño del hombre, que se despertó justo en el momento en el que una nueva descarga eléctrica caía a los pies del carromato y lo bañaba de una luz de color azul plata.

—¡Señor! —dijo—. ¿Qué ha sido eso? ¡Que Alá nos proteja!

Magnífico, muy temeroso, bramando, luchaba por zafarse de la sogá que lo mantenía atado a una higuera.

—¡Quieto, Magnífico, quieto!

La voz de su amo paralizó al camello, que se quedó resoplando en una especie de relincho agitado. El hombre se levantó y comprobó que —¡milagro! — el carromato estaba intacto. Pero entonces volvió a tronar el cielo y un nuevo rayo serpenteó en el aire y alcanzó a Magnífico entre los ojos, que se licuaron, y luego todo su cuerpo lanudo se vio envuelto en llamas durante un instante.

Cuando acabó ese instante infernal, Magnífico estaba totalmente carbonizado y cayó al suelo como lo haría un árbol sin raíces. El hombre se quedó estupefacto. Se acercó a su querido camello, que desprendía un humo dulzón, y se echó a llorar. Luego le honró con estas sabias palabras:

—Te dije, Magnífico, que contigo compartiría todas las bonanzas del

mundo y todas las estrecheces, y me parece que más te he dado de estas que de aquellas. Pero nunca me reprochaste nada y nunca quisiste abandonarme. ¡Tan buen camello eras que el mismo Alá te quiso para sí!

Entonces escuchó un rumor de hojarasca entre las zarzas y dio un respingo. Como si fuera un presagio de todo lo que le tenía que acontecer —así estaba escrito—, vio cómo un lince perseguía a un conejo, lo arrinconaba al pie de una roca, y sus fauces se abrían sobre el tembloroso y aterrado animal. Pero, en vez de triturarlo con sus dientes, como todo hacía esperar, se compadeció de él, se limitó a olisquearlo y lo dejó marchar.

—Qué extraño es el mundo —se dijo.

Tras lo cual se dio media vuelta, miró con preocupación al cielo, recogió la manta y la guardó en el carromato. Con premura alzó por las varas su pesada carga y la arrastró por la ladera sin columbrar hacia dónde se dirigía.

Solo sabía que quería huir de allí, pues le aterrizaba la idea de que, tras los truenos, la lluvia no se hiciera esperar.

Pero aquella noche ni una sola gota regó la Tierra.

Anduvo y anduvo persiguiendo una luz que se veía en una hondonada.

Resultó que esa luz provenía de un palacete, y que ese palacete era la finca de recreo de un hombre principal. Sin importarle lo avanzado de la hora, se puso a golpear la puerta y dar voces.

Le abrió un esclavo que tenía en una mano un candil y en la otra, por precaución, una daga desenvainada:

—¿Quién eres, maldito seas? ¿Qué quieres? —le dijo, y parecía dispuesto a rebanarle el pescuezo si no le contestaba algo que fuera de su agrado.

—Que Alá te haga vivir mil años —dijo—. Mi nombre es Abul Anbas.

La piel de su rostro estaba tan arrugada que parecía plegarse sobre sí misma y le confería el aspecto de un lagarto. Los labios quemados, las encías a la vista y casi sin dientes, la peor de las indumentarias y un solo ojo donde fulguraba una luz brillante completaban la aparición. Sin embargo, algo en la visión de ese hombre decrepito le hizo comprender al esclavo que no tenía nada que temer.

—¿Cómo dices?

—Digo que yo soy Abul Anbas. ¿Es que no me conoces?

—¿Por qué tendría que conocerte? —le preguntó.

—Porque por todas partes se habla de mí.

—Ah, ¿sí? Pues es la primera noticia que tengo. ¿Qué andas buscando?

—Mis propios pasos.

—¿Cómo?

—Me dirigía a Qurtuba, pero me he extraviado. ¿Ves ese carromato? Pues bien: no hace ni cinco horas que el mejor amigo que se ha visto en este mundo tiraba de él y lo llevaba con la ligereza de una pluma, pero un percance nos ha separado para siempre. Ahora temo que la lluvia eche a perder mi valiosa mercancía.

—¿La lluvia? ¿Qué lluvia?

—¿No habéis escuchado aquí los truenos?

—Estaban algo lejos.

—Sí, tan lejos como yo lo estoy ahora de ti. Déjame resguardarme en uno de esos cobertizos, y que el Señor te sea propicio y bendiga a toda tu descendencia. Te lo ruego. No acrecientes mis desgracias. En cualquier momento se pondrá a llover.

—No lo creo.

—¿Quién anda ahí, Antíoco? —se escuchó.

Era el amo de la casa, que, sin llegar a mostrarse, preguntó al esclavo en voz baja que quién era el que interrumpía su descanso.

—No es nadie —dijo el esclavo.

—Eso, soy nadie —dijo Abul Anbas como si no hubiera en el mundo título que le complaciera más.

—¿Cómo dices?

—Es solo un viejo mercader.

—¿Y qué quiere?

—Pide refugio.

—Pues dáselo —escuchó que le decía el amo—, y ofrécele una sopa y algo de pan, pues Alá sabrá recompensarme por ello.

—Así se hará, mi señor —dijo el esclavo.

—¡Que Alá os guarde mil y una veces, generoso señor! —gritó Abul Anbas.

—Sí, pero no des más voces o, de lo contrario, te echaré a patadas de

aquí.

—Me convertiré en un gato —susurró.

—¿Qué?

Y, en efecto, Abul Anbas bufó, rebufó y luego se puso a maullar.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó el amo al esclavo.

—Creo que este hombre no está en sus cabales.

—Bueno, pues con mayor motivo. Que duerma en el cobertizo de las ovejas y mañana será otro día.

El esclavo, tras dejar la daga, salió de la casa con el candil.

—Acompáñame.

—¿Y mi carromato?

El esclavo resopló, le dio el candil al viejo Abul Anbas, se dirigió al carromato, lo alzó de las varas y le dijo:

—¿Qué diablos llevas aquí?

—Un tesoro.

—Anda, sígueme.

Le condujo hasta el cobertizo que había señalado el amo, donde él y su carromato podrían pasar la noche en compañía de cuatro ovejas y unas pocas gallinas.

—Me ha parecido que te llamas Antíoco, ¿no es verdad?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Para darte mil y una veces las gracias.

El esclavo no le contestó.

—Eres griego, ¿no?

El esclavo asintió.

—Grecia, la más grande tierra del mundo. Que Alá os bendiga por vuestro gran invento. No ha habido uno igual en cinco milenios.

—¿Qué invento?

—¿Cuál va a ser? El alfabeto. Lograsteis el prodigio más absoluto: habéis hecho que los muertos hablen y se expresen con abundancia y sin freno.

—¿De qué muertos hablas?

—De los vivos que ya no lo son.

—¿Eh? Voy a por tu sopa.

—A partir de ahora puedes declarar con humildad, pero sin faltar a la verdad, que tú fuiste el que ayudó a Abul Anbas la espantosa noche en que perdió a su mejor amigo. Gracias, héroe paciente y animoso. ¿Dónde te capturaron? ¿Pasaste muchas penalidades? Ojalá que no.

—¿De qué hablas ahora?

—Yo solo puedo tener buenas palabras hacia ti. Qué fuerte y qué joven eres, y con qué ligereza has cargado mi carga, y con qué prestancia me has ofrecido cobijo. Bendito tú, griego de blanca dentadura y músculos de acero. A partir de ahora considérate libre. Te lo digo yo, Abul Anbas: más pronto que tarde serás un hombre libre. Tu linaje y tus buenas acciones te hacen de sobra merecedor de ello.

—Eso díselo a mi amo —contestó el esclavo con sorna.

—¿Cuánto vales? ¿Quieres servirme a mí? ¿Hablo con tu amo y cierro el trato? Me recuerdas a Magnífico.

—¿Quién es Magnífico?

—El mejor de los amigos —dijo enigmáticamente.

—Te traeré una sopa y un poco de pan, y tengamos la fiesta en paz.

—¿De dónde surgen tantas gracias?

—¿Cómo dices?

—Que después de toparme con el diablo, ahora me encuentro con un ángel. No sé cómo podría pagarte los favores.

—Pues, ya que lo dices, desapareciendo apenas amanezca. Ya tengo suficiente trabajo como para encima tener ahora que servirte también a ti.

—No volverás a verme. Lo juro por mi santa abuela.

—Eso espero.

—¿Te gusta la carne de camello?

—¿Por qué lo preguntas?

—Si desandas mis pasos, a menos de dos horas de camino encontrarás un camello. No tendrás que molestarte ni siquiera en cocinarlo. Ya está asado. Te lo regalo. De buena gana compartiría el manjar contigo, pero si lo hiciera creo que me sentiría como un verdadero y desagradecido gusano.

Antíoco acabó convenciéndose de que no hablaba sino con un hombre que había perdido completamente el juicio, así que decidió ignorarlo. Pero entonces el viejo le dijo:

—Antes de que te vayas... ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Ya has hecho demasiadas.

—¿Dónde está Qurtuba?

—En ella estás.

—¿Cómo?

—Bueno, en las afueras. Toma el camino que sale a la espalda de la casa, en dirección al pozo de piedra, y este te llevará hasta Qurtuba en apenas dos horas. Vas al zoco, ¿verdad? ¿Qué es lo que vendes?

—Los secretos del mundo —dijo.

—¿De qué secretos hablas ahora?

—Los sueños y las pesadillas de los hombres. Esa es mi mercancía. Esa es mi carga.

Antíoco le miró con incredulidad, se dirigió al carromato, levantó la lona, echó un vistazo y luego, refunfuñando, se marchó a buscar la sopa y el pan que su amo le había prometido al viejo para cumplir con la hospitalidad que recomendaba el Corán.

Esa noche Abul Anbas, después de volver a cenar, cuando se quedó solo y recordó el extraño prodigio que había presenciado, lloró por Magnífico con su único ojo y, al mismo tiempo, se alegró por él, pues todas sus penalidades habían concluido.

Aliviada la carga de su corazón, cayó en una especie de sopor y se quedó dormido.

Abul Anbas —así estaba escrito— despertó al cabo de tres horas. Ya casi había amanecido, y recordó la promesa que le había hecho al esclavo. Y una promesa, para Abul Anbas, le comprometía hasta el tuétano. Corrió a mirar el cielo, que estaba limpio de nubes. Extendió la manta, se postró para dar las gracias al Altísimo por concederle un día más, espantó a unas gallinas, se comió un par de huevos crudos y, sin más dilaciones, alzó la carreta y emprendió el camino a la ciudad de Qurtuba.

¿De dónde vendría ese hombre?, se preguntaba la gente al verlo pasar. ¿No era una carga demasiado pesada para él? ¿Y qué es lo que llevaba? ¿Heno, flores o, más bien, como todo parecía indicar, arena? Eso debía de ser, porque iba dejando un fino hilo de polvo a su paso. ¿Quién podía tener noticia, claro

está, de la gran desgracia que se había abatido sobre él la noche anterior dejándole sin su bien más preciado y, al mismo tiempo, forzándole a él a arrastrar el pesado carromato?

Una vez que pasó el pozo de piedra que el esclavo le había indicado, empezó a encontrarse, desperdigadas aquí y allá, más casas de campo, pequeños palacios, huertas frondosas, un viñedo, norias, pozos y acequias. Asimismo se cruzó con un mulero, con un rebaño de ovejas y su pastor, y con dos mujeres que acarreaban agua, y con todos ellos se aseguraba de que sus pasos le conducían a Qurtuba.

—Sí, vas bien encaminado —le decían.

—Loado sea Alá, que nos concede un día más.

Luego pasó ante una granja de avestruces y un cementerio, hasta que llegó a un arrabal poblado de carniceros, cuyas hachas bien afiladas despizaban los corderos. Se detuvo ante uno de ellos y le preguntó por la puerta más segura y directa para llegar a la medina.

—Que Alá os bendiga —iba diciendo.

Tras dejar a un lado un nuevo arrabal, donde se afanaban herreros y sastres, alcanzó a ver la Mezquita Mayor, aquella por la que Qurtuba era famosa en todo el orbe. En esos momentos el almuédano llamaba a la oración.

—Loado sea el Señor.

Apretó el paso hasta llegar al pie del viejo y sólido puente. A la izquierda gemía, imponente, la noria del molino de la Albolafia, que surtía de agua al palacio califal y donde se habían establecido las primeras fábricas de papel de Occidente. Entró en la ciudad de Qurtuba por la puerta del Puente y recorrió la calle principal que llevaba al zoco, dejando atrás el alcázar, la Casa de Limosnas y el templo. A esa hora tan temprana solo habían abierto unos pocos puestos donde los funcionarios se llenaban la tripa con dulces y fritangas antes de emprender sus interminables y tediosas tareas. También se veía a algunos fieles que entraban en la mezquita, y los carros, carromatos y carretillas de los primeros y madrugadores vendedores que acudían al zoco con sus mercancías.

Dos niños harapientos empezaron a seguir al viejo, quien dándose la vuelta les dijo:

—¿Qué queréis? ¿Por qué me estáis siguiendo?

—Pierdes tu carga —le dijo uno de ellos.

—¿Cómo que pierdo mi carga?

Miró tras de sí y reparó con sorpresa en el fino hilo de arena que iba dejando su carromato.

«¿Qué diablos es esto?», se preguntó. Pero sin duda lo mejor era llegar de una vez por todas al zoco, elegir un buen sitio y descansar un poco antes de empezar la brega de la venta.

Tras bordear el barrio de los perfumistas y drogueros, llegó al zoco, donde los primeros vendedores ya habían reservado algunos de los mejores lugares de la plaza. Pero todavía era posible elegir un espacio resguardado de los rayos del sol. Con el cálculo de un general antes de entrar en el fragor de la batalla, eligió el lugar que le pareció más conveniente. Luego se recostó sobre una de las enormes ruedas del carromato y se quedó dormido al instante, lo que era totalmente normal, pues debía de estar muy cansado. Lo que no resultaba tan normal era que, ni siquiera dormido, dejaba de vigilar su carromato y el tesoro (pues sin duda era un tesoro) que cargaba en él. Así, cuando alguien se acercaba sigilosamente con la intención de levantar la lona y saciar su curiosidad, el hombre decía:

—¡Que Alá os otorgue la guía para hacer el bien y os aparte de la senda del mal!

Y esa exclamación y su voz, sobre todo su voz, que era ronca, grave y antigua, bastaban para alejar al intruso.

Poco a poco el zoco empezó a llenarse de vendedores, hasta que no quedó un solo sitio libre. En ese zoco se vendían frutas y hortalizas, vasijas y jarrones, animales, semillas y plantas, cuerdas y tornillos, telas y pócimas, especias y perfumes, además de otras muchísimas cosas más que no cito porque, de tantas que eran, no acabaría jamás de nombrarlas. También había adivinadores, cuentistas, bufones, barberos y cantantes. Era uno de los mercados más populosos del mundo; allí se podía encontrar casi cualquier cosa.

Cuando llegaron los primeros compradores, Abul Anbas empezó a desperezarse, sacó una campana del carromato y se puso a tocarla.

—¡Llegó una gran fortuna a Qurtuba! ¡Por fin llegó! ¡Aquí está! ¡Abul Anbas, del que tantas historias se cuentan! ¡Acérquense! ¡Contemplan las maravillas que traigo! ¡Acérquense!

Sus palabras produjeron el efecto deseado, porque cinco o seis personas, y

luego siete y ocho y aún más, intrigadas por sus palabras, rodearon el carronato. Entre ellas había tres o cuatro niños harapientos, un par de funcionarios, comerciantes de distinto pelaje, algún borracho, esclavos que hacían los mandados, un escribano y dos estudiantes pobres. Entonces los miró a todos, dejó de agitar la campana y dijo:

—Yo soy Abul Anbas, el que recorrió todos los caminos, el que a todo estuvo dispuesto. Yo soy Abul Anbas, y conmigo cargo los sueños y las pesadillas de los hombres. Yo soy Abul Anbas, y en este carronato se cifra mi destino. No solo el mío; también el vuestro. El de la esplendorosa Qurtuba. Que Alá el Altísimo os proteja a todos y os otorgue todas las bienaventuranzas. Yo soy Abul Anbas, pero no os abrumaré con la narración de las desdichas que tuve que soportar para presentarme hoy ante vosotros. Solo diré que yo soy el famoso Abul Anbas. Solo diré que no hay camino que mis pies no hayan pisado.

«¿Famoso?», se preguntaba la gente.

—¿Alguien me conoce? ¿Hay aquí alguien que me conozca?

La gente, extrañada ante semejante pregunta, negó con la cabeza.

—¡Pues preguntad por mí y os dirán! Preguntad por mí en Bagdad, en El Cairo, en Damasco, en Samarcanda, en Constantinopla, y en todos esos lugares os darán razón de mí. Podéis preguntar por mí no solo en las grandes metrópolis sino también en las aldeas, en los oasis de los desiertos, en las recónditas grutas donde moran los sabios ascetas, y en todos esos lugares os darán razón de mí. Os dirán: «Sí, aquí estuvo, aquí compró y vendió, aquí hizo tratos y negoció con astucia y diligencia, y siempre acertó a llevarse lo mejor de cada lugar». Pero también podéis preguntar por mí en los monasterios y castillos de los reinos de León y de Navarra, podéis preguntar a los salvajes vascuences, y allí también sabrán deciros que desempolvé sus tesoros y pagué un buen precio por ellos. Podéis preguntar a los reyes mongoles de Siberia, a los emperadores de China y de Japón. Preguntadles. Dirán que llegué con el alba y que me fui con el ocaso. Dirán que no hubo mercado ni zoco que yo no visitara. Podéis embarcaros rumbo al mar de las Tinieblas, y allí también os darán razón de mí. ¿Quién no ha oído hablar de Abul Anbas?

Varias cabezas se movieron de derecha e izquierda para indicar que ese nombre les era desconocido.

—Pues bien: ahora ya me conocéis. A partir de ahora, cuando os

pregunten, podéis decir que conocisteis al verdadero Abul Anbas y que le escuchasteis pregonar su mercancía.

Sí, muy bien, parecía decir la gente, mas ¿qué mercancía era esa?

—Ahora lo veréis —dijo, resuelto a satisfacer la curiosidad que ya les embargaba a todos—. No hay sueño ni pesadilla que se ausente de este viejo y polvoriento carromato. No os dejéis engañar por las apariencias. Aquí guardo los secretos del mundo, incluso los que se encuentran más allá del mar de las Tinieblas. Yo soy Abul Anbas.

Abul Anbas, haciendo el aspaviento de un mago, quitó la lona que cubría el carromato y se formó una nube de polvo a su alrededor. Cuando la nube se disipó dejó ver su mercancía. ¡Eran libros, montones de ellos! Por aquel entonces los libros eran objetos escasos y preciados. Cada uno de ellos había exigido un esfuerzo enorme. Primero de quien lo había compuesto —fuera poeta, matemático, mago o geógrafo—, luego del calígrafo que lo había copiado y luego del encuadernador que lo había cosido. Y eso por no hablar de quien había fabricado el pergamino o el papel, la tinta y el cálamo. Un libro no era cualquier cosa.

—Mirad... —dijo a los que se congregaban a su alrededor.

Cogió uno de los libros, aparentemente al azar, lo limpió con un paño y agregó:

—Este hermoso ejemplar viene nada menos que de Damasco.

Y, mostrándolo en alto, leyó su título:

—*Manual para la fabricación de astrolabios*, escrito por Muhammad ibn Abd Allah... ¿Qué? ¿Alguien se anima?

—¿Qué es un astrolabio? —preguntó un camellero.

—Un astrolabio es un buscador de estrellas —le dijo Abul Anbas—. Pero no solo eso. Las busca y luego lee en ellas.

—¿Y qué es lo que lee?

—Las estrellas nos dicen en todo momento dónde estamos.

—¡Bah! —le contestó el camellero—. Yo sé perfectamente dónde estoy: perdiendo mi precioso tiempo.

La gente se echó a reír, pero el vendedor no se dio por vencido.

—Las estrellas —dijo, con mucha seriedad— también nos dicen adónde hemos de ir.

—Eso también lo sé.

—Ah, ¿sí?

—Sí: tengo que dar de comer a mis camellos.

La gente volvió a reírse.

—Ah, ¿es que tienes camellos?

—Sí, unos cuantos.

—Te cambio uno de estos libros, el que sea más de tu gusto, por uno de tus camellos.

—No estoy tan loco —dijo—.

—Un astrolabio también...

—No, no necesito una cosa de esas.

—¡Espera! ¡Espera! Un astrolabio también nos señala la dirección de la Meca...

—Pues menuda cosa —dijo—, si aquí todo el mundo sabe dónde está la Meca.

—¿Y cómo lo saben? —se asombró el viejo vendedor.

—La Meca, como todo el mundo sabe, está donde mira todo el mundo.

—¡No te vayas, camellero! Un astrolabio...

Sí, un astrolabio era, entre todos los inventos del hombre, uno de los más útiles. Por ejemplo, nadie en su sano juicio se atrevería a cruzar los océanos sin uno de ellos. A él mismo, sin ir más lejos, le había sacado de más de un apuro, y así se apresuró a explicarlo:

—Si no fuera por los astrolabios nunca habría podido llegar aquí. Cuando estaba en lo más profundo del mar de las Tinieblas...

Sin embargo, allí nadie parecía muy interesado en el arte de fabricar astrolabios. «¿Cómo es posible?», se preguntó. En cualquier caso, el vendedor de libros acabó encontrándose solo.

—¡Señor! ¡Señor! ¡Señora! —decía, mientras hacía sonar su campana y anunciaba los títulos y autores de sus libros.

Pero todo era inútil; nadie le hacía el menor caso.

«Vaya», pensó, «y a mí que me habían dicho que no había ciudad en el mundo donde se valorase tanto un libro como en esta... ¡Pues vaya modo de valorarlos!».

Pese a todo, el vendedor no estaba mal informado: Qurtuba era la capital

del nuevo imperio califal, y rivalizaba en fama con las principales ciudades del mundo. De hecho, ninguna era tan grande como ella. Más de mil mezquitas, trescientos baños públicos, veintiún arrabales y seis cementerios. Y, por supuesto, en Qurtuba se encontraban las mejores y más surtidas bibliotecas de Occidente.

En aquel tiempo y en aquel lugar, una biblioteca era una señal inequívoca de dignidad y riqueza. No había hombre principal que no contase en su palacio con una o dos estancias dedicadas a coleccionar y conservar libros. Claro está que no todo el mundo podía permitirse una biblioteca y ni siquiera adquirir un solo libro. Además, aunque hubieran podido comprarlo, la mayoría de las personas no sabían leer. Sí, los libros eran cosa de ricos, y aquel zoco parecía ser un buen lugar para vender mandriles, serpientes, pócimas para la impotencia, crecepelo y tiras de pescado seco, pero no para los libros, que seguramente les resultaban a esta clientela tan inalcanzables como esmeraldas.

Lo que el vendedor de libros no sabía es que mientras él agitaba su campana y, dada la poca atención que se le dispensaba, empezaba a sentir un gran y profundo desánimo, unos cuantos niños corrían a los palacios y las casas principales para anunciar a los bibliófilos de la ciudad que un nuevo vendedor de libros había llegado a Qurtuba.

Los hombres no se dan por satisfechos. Ahora hacen incisiones, líneas, círculos, cruces, puntos, lunas y óvalos en las conchas y en los cantos rodados, y se los intercambian para recordarse las promesas que se han hecho unos a otros.

Poco tiempo después, mezclando tierra y agua, fabrican sus propias piedras de arcilla, más maleables, en las que inscriben sus nombres, sus compromisos y sus deseos.

Así pasan más de veinte mil años.

Y así termina la segunda mutación del virus.

Sin embargo, su sed de inscribir signos y más signos sigue siendo insaciable.

.

2

MARYAM Y LOS LIBROS

Entre todas las bibliotecas de Qurtuba había una que brillaba con luz propia: la biblioteca de Al-Hakam II.

Al-Hakam II era el califa de Qurtuba, cuyos territorios se extendían por la mayor parte de la península ibérica, algunas islas del mar de los Rum y varias fortificaciones que se habían establecido en el norte de África. Su padre, Abd al-Rahman III, le había dejado un reino próspero y fuerte pero, de tanto guerrear con las distintas tribus africanas, los salvajes cristianos del Norte o el califa de Túnez, había tenido una vida llena de disgustos y preocupaciones.

Entre los papeles de su padre encontró una lista que el califa había hecho de los días felices vividos durante su reinado: catorce, ni uno más ni uno menos. Y, por supuesto, ninguno de esos días lo había dedicado a la guerra.

Si después de un reinado de cincuenta años, siete meses y tres días, su padre solo había sido dichoso catorce míseros días, y no seguidos, Al-Hakam pensó que intentaría ocupar su tiempo con aquello que le hacía feliz.

Pero, claro, Al-Hakam no solo había heredado un reino, sino también mil preocupaciones y media docena de guerras a medio terminar. Así que todas las primaveras se iba de campaña con su ejército de mercenarios bereberes a doblegar a unos rebeldes aquí y a unos alborotadores allá.

El resto del tiempo vivía en el palacio que había empezado a construir su padre y que, según el mandato paterno, él debía concluir.

El famoso palacio de Medina Azahara se encontraba a una hora de camino a pie de la ciudad de Qurtuba y estaba destinado a ser el más hermoso del mundo. En aquel palacio, rodeado de jardines, huertas y casas de campo,

vivían unas cinco mil personas. La Casa Real era un palacio dentro del palacio, y en el Salón del Trono, cuyos techos habían sido cubiertos con finas láminas de oro, había una fuente de mármol llena de mercurio que producía fantasmagóricos juegos de luz y maravillaba a los visitantes. En sus jardines era posible encontrar un museo de autómatas, una mezquita de cristal, una pradera de almendros en flor, una jaula de leones, otra de monos, un cercado de jirafas, además de loros, pavos reales, gansos y estanques con nenúfares, ranas y peces de colores. Solo para alimentar a estos peces se empleaban doce mil hogazas de pan diarias. Naturalmente, el palacio contaba con un cuartel para los soldados, despachos para los mil y un funcionarios, un palacete para los invitados, un harén para las mujeres, unas caballerizas para las monturas, una escuela para los niños y una biblioteca para los libros.

El propio califa Al-Hakam II había proyectado y dirigido la construcción del elegante edificio que albergaba sus libros. La antigua biblioteca, que había fundado su padre y estaba situada en el alcázar de Qurtuba, había sido desmantelada tras una mudanza para la que se habían requerido más de tres semanas de trabajo y setecientos viajes de camello. Pero el esfuerzo había merecido la pena. La nueva biblioteca de Al-Hakam II era un lugar único en el mundo. Algunos viajeros se acercaban hasta el palacio de Medina Azahara solo para poder conocerla y certificar su rotunda existencia.

En el centro de la sala principal el califa había dispuesto un estanque con peces de colores y una fuente, pues era de la opinión de que el rumor del agua favorecía la concentración en la lectura. Tenía grandes ventanales con el fin de aprovechar la luz del sol, pero también lámparas majestuosas para trabajar y leer de noche.

En principio cualquiera podía visitarla y pedir alguno de los libros o ser aconsejado sobre una materia en particular. Luego se le asignaba un pupitre y, en el caso de que estuviera interesado en copiar alguno de los documentos, se le facilitaban papel, cálamo y tinta. Divanes, cojines, tapices y pupitres de escritura se desperdigaban aquí y allá sin mucho concierto, y once puertas conducían a otras once dependencias llenas de más libros, pliegos y rollos de papiro. Pero cada cierto tiempo la biblioteca proyectada se revelaba insuficiente, así que de las once habitaciones nacían otras once puertas que conducían a nuevas dependencias. Y cada vez que los libros empezaban a amontonarse en el suelo, el califa ordenaba abrir otra puerta y construir una

nueva sala, ganando cada vez más terreno al jardín que circundaba el edificio. Al final la biblioteca se asemejaba a un laberinto.

En cualquier caso, si había un lugar del palacio que al califa le gustaba frecuentar era, precisamente, la biblioteca, de la que se sentía enormemente orgulloso. Tenía sobrados motivos para ello, pues no había una mayor en el mundo. Cuando terminaba de estudiar uno de los libros, anotaba su nombre, la fecha y hasta un pequeño comentario con sus impresiones. Aunque era un consumado genealogista y mostraba predilección por los libros de historia, también se dejaba tentar por la poesía, la filosofía y la ciencia. Se diría que estaba empeñado en leer todos y cada uno de los libros de su colección, que incluía rollos de papiro de la mítica Biblioteca de Alejandría, pergaminos antiguos de enigmática escritura y, por supuesto, las últimas creaciones de los más afamados historiadores, poetas, matemáticos, astrónomos y alquimistas.

Pero si le hubieran preguntado al califa cuál era el mayor tesoro que albergaba su biblioteca, seguramente habría dicho que era Maryam.

Había empezado a trabajar a los dieciséis años como calígrafa en la antigua biblioteca del alcázar, y su dedicación, constancia e infinito amor por los libros la habían llevado a ser nombrada personalmente por Al-Hakam jefa de los calígrafos y, más adelante, jefa y administradora de la biblioteca. Ahora era una mujer de treinta y seis años menuda y enérgica, de pelo negro, tez muy blanca, ojos grandes y almendrados, y una dulce sonrisa que casi nunca se borraba de su cara.

A pesar de irradiar tanta belleza se decía que seguía siendo virgen, aunque pocos hombres se atrevían a pretenderla. Cuando salía fuera de palacio le gustaba vestirse como un hombre, siguiendo la moda de las damas de Bagdad, que tenía mucho predicamento en toda Qurtuba, si bien ella no lo hacía tanto por coquetería como porque de esa forma se aseguraba de que nadie la molestaría. Además, con ropas de mujer era muy incómodo cabalgar, algo que ella hacía muy a menudo. Si había que figonear en los talleres de papel, interesarse por un determinado pedido, supervisar el trabajo que se realizaba en las otras bibliotecas públicas o hablar con algún poeta o estudioso que estuviera componiendo un nuevo libro, Maryam ordenaba que le preparasen a su yegua. Sí, había pocas cosas que la complacieran más, fuera de las innumerables tareas que le exigía el cuidado de la mayor biblioteca del mundo, que cabalgar en el purasangre que le había regalado el califa para

agradecerle sus desvelos. Procedía de las caballerizas reales, su nombre era Kali y no había ejemplar que le superara en nobleza.

Como jefa de la biblioteca, Maryam era la encargada de organizar la tarea de las nada menos que ciento treinta y seis personas que trabajaban en ella. Por un lado estaban los calígrafos, que se encargaban de copiar los ejemplares más valiosos o aquellos que habían sido prestados; por otro los encuadernadores, que cosían los pliegos de pergamino o papel; luego estaban los iluminadores, que ilustraban las páginas; los traductores de las diversas lenguas; los encargados del almacén de papel y tinta; el archivero, que catalogaba los libros siguiendo las precisas instrucciones de Maryam, o los agentes que viajaban a Damasco, Constantinopla, Bagdad y otras ciudades para comprar nuevos y valiosos volúmenes o encargarse de copias. Maryam se paseaba entre el enjambre de calígrafos supervisando las tareas y nada escapaba a su vigilancia. Sabía en todo momento quién estaba copiando, traduciendo o ilustrando tal o cual libro.

Entre sus calígrafos se encontraba Muhammad ibn Abi Amir, un joven apuesto, larguirucho y algo desgarbado que demostraba tanto amor por los libros como la propia Maryam. Su diligencia y destreza rivalizaban con las de cualquier otro calígrafo que Maryam hubiera conocido.

Había llegado a Qurtuba a los dieciséis años desde su Algeciras natal para formarse en jurisprudencia con los maestros cordobeses y, como apenas poseía medios, relaciones ni recursos, había instalado un puesto en la medina ofreciendo sus servicios como calígrafo. Redactaba cartas, peticiones, solicitudes y demandas a cambio de unas pocas monedas. Pasó grandes penalidades hasta ser contratado por un picapleitos y luego por un juez, que lo empleó como escribano de la sala de audiencias. Ahora completaba el sueldo trabajando para Maryam como calígrafo. Sus jornadas de trabajo superaban las doce horas diarias y solo descansaba los viernes. Algunas noches su trabajo se prolongaba hasta altas horas y dormía (o, incluso, no dormía) en la biblioteca. Nunca se quejaba y siempre estaba dispuesto a acometer cualquier tarea que le encargaran o a resolver una duda y ofrecer sus expertos consejos. Aposentado en un mullido cojín, parecía estar conforme con su destino.

Si llegaba a manos de Maryam un ejemplar especialmente valioso, no dudaba a quién encomendarle el trabajo. La caligrafía de Muhammad era tan limpia y clara como la del mismísimo Corán. Tan orgullosa se sentía Maryam

del trabajo que realizaba Muhammad que, en alguna ocasión, le mostraba al califa el libro recién copiado como muestra indudable de la paciencia y destreza infinitas de su calígrafo predilecto, que, a pesar de su juventud, acabó convirtiéndose en su mano derecha.

Con Muhammad discutía hasta altas horas de la tarde la mejor manera de catalogar los libros, de qué ejemplares convenía custodiar dos copias, cuáles merecía la pena traducir, dónde se fabricaba el mejor papel o la opinión que le merecía la nueva técnica de pegado de uno de los encuadernadores. Todo lo hablaba con él. Muhammad, con sus ojos negros y tranquilos, escuchaba las razones de Maryam, a la que llamaba «mi señora», y solo hablaba cuando estaba seguro de que tenía algo que aportar.

Si el califa se presentaba de improviso en la biblioteca —y eso es algo que hacía con frecuencia—, Muhammad ibn Abi Amir era el primero en prestarse a acompañarle, pues su memoria para recordar una referencia bibliográfica o el lugar exacto donde podría encontrar tal o cual libro era prodigiosa.

Su buen hacer y humildad, además de su galanura, le acabaron granjeando la consideración no solo de Maryam, sino de todos aquellos que lo trataban. Más de una calígrafa estaba secretamente enamorada de Muhammad, que parecía no reparar en ello, sin que en su actitud pudiera leerse desdén o displicencia. No solo sus compañeros le estimaban, sino también otros hombres y mujeres de la corte, incluida Subh, la esposa favorita del califa, a la que todo el mundo llamaba la Gran Señora.

Esta esclava venida del Norte, tras convertirse a la fe del islam, había aprendido a la perfección la lengua de sus captores, adoptado sus costumbres y embelesado al califa con su dulce canto. Además de contar con su robusta belleza y sensualidad, era la única de sus veintiocho esposas que le había dado hijos varones. El primero de ellos había sido bautizado con el nombre del abuelo, Abd al-Rahman, y en él estaban puestas todas las esperanzas: parecía destinado a convertirse en el próximo califa de Qurtuba; el segundo, Hishan, aún no había cumplido los dos años.

Muy aficionada a la poesía, no eran infrecuentes sus visitas a la biblioteca. Solía presentarse a primera hora; ya estaba allí casi antes de que abrieran sus puertas y, cuando eso sucedía, Maryam le pedía a Muhammad que la atendiera personalmente, pues la poesía era una de sus especialidades. Él mismo

escribía versos y siempre sabía acertar con los gustos de Subh. Incluso el mismo califa, en alguna ocasión, había aceptado a Muhammad en su mesa como si fuera un igual y, según ciertos rumores, andaba pensando en nombrarle tutor de su hijo Abd al-Rahman, que acababa de cumplir cinco años.

En el caso de que eso sucediera, pensaba Maryam, Muhammad se resistiría a aceptar la propuesta. Su lugar no era otro que la biblioteca; ella y Muhammad eran almas gemelas. Pronto propondría su nombre para ocupar el cargo de jefe de los calígrafos.

Cuando esa mañana se presentó un niño en la biblioteca diciendo que quería ver a la señora, el bedel le condujo hasta Muhammad, que tras escucharle con una sonrisa en los labios le cogió de la mano y se encaminó con él al despacho de Maryam.

—Señora, creo que deberíais escuchar a este niño.

Maryam le hizo pasar y el niño le contó que un nuevo vendedor de libros había llegado a Qurtuba.

—Bueno, ¿y qué tiene eso de especial?

—Es un hombre caracol —dijo el niño.

—¿Un hombre caracol? —rio Maryam.

—Dice que ha estado más allá del mar de las Tinieblas.

—Nadie ha vuelto del mar de las Tinieblas —dijo Maryam.

El niño se encogió de hombros.

—Bueno, bueno, ¿y tú podrías llevarnos hasta él?

—Claro —dijo el niño—. Ahora está en el zoco.

—¿Queréis que vaya a echar un vistazo? —preguntó Muhammad.

—Iré yo misma —repuso Maryam—; me vendrá bien un poco de aire. Ordena, por favor, que me preparen a Kali.

—Así se hará —dijo Muhammad, que salió con paso ligero de la biblioteca y, para no perder tiempo, se dirigió a la cuadra y ensilló él mismo a Kali, la yegua de Maryam.

Poco tiempo después a los hombres se les ocurre dibujar los sonidos: ta-ti-tu, da-di-du, y luego con esos sonidos forman palabras, y con esas palabras frases, y con esas frases relatos, deseos y hechizos. Desde entonces toda escritura no es sino la pintura del sonido.

Dibujan sobre la arcilla aún húmeda y luego la dejan secar al sol. Pronto crece el número de estas tablillas, y las unen con cintas o anillas. Son ya tantas que construyen casas para protegerlas de la lluvia. Son ya tantas que una sola habitación no basta para contenerlas. Son ya tantas que las clasifican por tamaño, por fecha, por materia... Así nacen las primeras bibliotecas.

Una de las más famosas es la biblioteca del rey Asurbanipal, también llamado Rey del Mundo, en Mesopotamia, que presume de poseer todas las escrituras que se han inventado. Su afán por coleccionar tabletas de arcilla es tan grande que roba y mata por ellas, y hasta saquea ciudades enteras.

Sus emisarios recorren vastos dominios en busca de cualquier escritura que falte en su colección.

—Si encontráis otras tablillas que no veáis mencionadas en la lista adjunta, examinadlas y, si consideráis que son de interés para mi biblioteca, reunidlas y enviádmelas. Respondéis de ello con vuestra vida.

En ellas hace grabar su nombre: «Asur, rey de los dioses», y hasta amenazas: «Que aquel que ponga su nombre junto al mío sea devorado por los perros». Algunas de esas tablas contienen fórmulas matemáticas; otras, catálogos de dioses y calendarios lunares; otras, relatos militares de sus victorias y la enumeración de sus territorios y riquezas, y otras muchas recogen presagios, conjuros, exorcismos, adivinaciones... El rey Asur también posee el poema más antiguo de la humanidad: el Poema de Gilgamés, que da cuenta del diluvio universal, y se cuida mucho de que en las habitaciones donde guarda esos tesoros no penetre la lluvia, que amenaza con borrar las escrituras. Su biblioteca acaba disponiendo de varios hornos para cocer las tablillas de barro recién escritas.

Así pasan otros tres mil años, pues durante tres mil años los hombres

escriben en arcilla, y así termina la tercera mutación del virus.

3

LA CALIGRAFÍA Y LA LLUVIA

Abul Anbas —así estaba escrito— pensó que su viaje y todos los peligros que había arrojado para conseguir los más hermosos volúmenes y traerlos hasta Qurtuba habían sido en vano. ¿Qué iba a hacer ahora? Nadie se había interesado por ellos. Bueno, solo un par de estudiantes se habían decidido a hojear alguno de los libros, pero eran tan pobres que, prácticamente, se veían obligados a mendigar. Tenía que admitirlo. Estaba en bancarrota. Por supuesto, no era la primera vez. Si estuviera aquí Magnífico todo sería distinto; su proverbial coraje le contagiaría de entereza.

«Veamos», se dijo, «¿qué es lo que me queda?». Mentalmente hizo recuento de sus bienes: la campana de bronce, que tal vez podría cambiar por una cama y una cena; siete feluses; dos monedas de los cristianos y, claro, los libros. Tan valiosos como el oro, pero que allí nadie parecía apreciar.

Derrotado, volvió a cubrir la montaña de libros con la lona, guardó su campana y, tras levantar el carromato, se dispuso a marcharse. ¿Adónde? Preguntaría por los puestos si alguien estaba interesado en su campana de bronce o en cambiarle las monedas extranjeras. Pero entonces, guiado por un niño, apareció Ibn Yarir, uno de los hombres más ricos de la ciudad y que, por supuesto, contaba con una hermosa biblioteca. Iba muy ricamente vestido con una túnica de seda verde cosida con hilos de plata y una cadena dorada en la que se incrustaba una piedra preciosa y le distinguía, por si hubiera alguna duda, como un hombre principal. Destacaba entre toda esa muchedumbre que pululaba por el zoco como lo haría una libélula entre una nube de simples mosquitos.

—¿Es ese? —le preguntó al niño que le había conducido hasta ese rincón

del zoco esperando alguna recompensa. El niño asintió con viveza e Ibn Yarir le dio una limosna—. No os vayáis —le dijo luego al vendedor—. O, al menos, no os vayáis sin antes enseñarme vuestra mercancía. ¿Qué tenéis por ahí? Me han dicho que libros. ¿Estoy equivocado?

Abul Anbas asintió con una gran sonrisa que, de haber tenido más dientes que enseñar, habría sido una sonrisa magnífica.

—Así es —dijo el vendedor—. Algunos de los libros más maravillosos que podáis encontrar en el mundo...

—¿Podéis enseñármelos?

Al vendedor se le dibujó una nueva sonrisa. ¡Después de todo, puede que su larguísimo viaje hubiera merecido la pena!

—Loado sea el Señor que, en el peor de los momentos, me enseña que no todos los hombres son igual de necios.

Volvió a quitar la lona que cubría la montaña de libros y el bibliófilo asomó la nariz entre ellos como si quisiera olisquearlos.

Abul Anbas escogió uno de sus ejemplares preferidos, le quitó el polvo y se lo tendió.

—*Planisferio*, de Ptolomeo. ¿Qué opináis?

En realidad, aquello más que de libro tenía aspecto de cartapacio. Era muy grande y muy fino, pues no contenía sino mapas. Aunque habían sido dibujados varios siglos atrás, aún seguían considerándose los mejores mapas con los que uno podía contar.

—No hay mapas más famosos en el mundo que los del griego Ptolomeo —dijo el vendedor—. ¿No es admirable? Esos mapas fueron dibujados hace ocho siglos y aún nadie ha sido capaz de superarlos. Bendito sea Ptolomeo. Estos los compré en Damasco, creo, o tal vez en Samarcanda; no estoy seguro...

Sí, es cierto que los mapas de Ptolomeo contenían algunas inexactitudes, como indicar que la Tierra era el centro del universo y que todos los planetas y estrellas, incluido el mismo Sol, giraban alrededor de ella; pero eran los mejores de su tiempo y habían recorrido desiertos y mares hasta llegar a Qurtuba. Además, algunos de esos errores, como sucede tantas veces, acabarían por resultar muy útiles: por ejemplo, si Cristóbal Colón se atrevió a descubrir América fue solo porque Ptolomeo dibujó el otro lado del mundo mucho más cerca de lo que en realidad estaba. En el caso de que sus mapas y

mediciones hubieran sido exactos, los aventureros, abrumados por la distancia, no se habrían atrevido a emprender viaje alguno. Una vez más se hacía patente que, en no pocas ocasiones, los errores ajenos sacan lo mejor de nosotros mismos.

Ibn Yarir examinó la carpeta por un lado y por el otro, aunque no llegó a abrirla, lo que no dejaba de ser muy extraño, y finalmente dictaminó:

—No, no... No me vale.

—¿Cómo que no os vale?

—Es demasiado grande y demasiado fino... No está del todo mal, pero...

—¿Que no está del todo mal? ¿Ptolomeo? Pero... —farfulló el vendedor, que no daba crédito a lo que escuchaba. ¡El *Planisferio* de Ptolomeo y decía que no estaba del todo mal!

Pero, como buen vendedor, se tragó su orgullo, buscó otro de sus valiosos ejemplares entre las montañas de libros y, tras quitarle el polvo, se lo tendió: era el *Manual para la fabricación de astrolabios*, que ya había mostrado, pues tenía una confianza ilimitada en los beneficios de los astrolabios.

—¿Qué me decís, señor? Este libro ha salvado la vida a más de uno. Si no fuera por este libro, ¿cuántas naves más se habrían perdido en los mares del Norte?

Pero el bibliófilo se limitó a negar con la cabeza.

—¿No? ¿Tampoco es de vuestro agrado?

—No, busco el libro perfecto.

—¿El libro perfecto?

—Bueno, dos libros perfectos.

—Bien...

Abul Anbas no estaba dispuesto a rendirse tan fácilmente y, de nuevo, sacó al azar otro ejemplar de la montaña de libros, que esta vez resultó ser de Aristú.

—¡Aristú! ¡El gran Aristú! —dijo, como citando al mismo Alá, pues Aristú era como por aquel entonces llamaban a Aristóteles, el filósofo griego que, con permiso de Platón, gozaba de mayor fama. A ese sí que era imposible resistirse. Tanto era su prestigio que, si Aristú hubiera afirmado que un individuo puede estar de pie y sentado al mismo tiempo, nadie se atrevería a discutirlo.

—¿Puedo...? ¿Puedo verlo? —dijo el rico bibliófilo que, en esta ocasión, parecía sinceramente interesado.

—¡Adelante, adelante!

Pero, una vez más, el bibliófilo se limitó a mirar sus tapas y, a continuación, se puso a medirlo con una vara de madera a lo ancho y a lo largo.

—Curiosa forma de examinar un libro —murmuró el vendedor.

—No, no me interesa —dijo—. Decididamente no me interesa.

—No, no os interesa. Pero ¿por qué no? ¡Si ni siquiera lo habéis abierto!

El libro de Aristú también acabó en el carromato, junto a los otros libros, pero el vendedor parecía ser inmune al desaliento.

—Veamos, veamos... ¿Qué más tengo por aquí? —decía Abul Anbas rebuscando entre sus libros que, de pronto, le parecieron como ajenos y extraños—. Ah, sí, este. A este seguro que no le podréis dar la espalda: *Manual de cirugía*, del médico al-Zubaydi.

Cuando se disponía a examinarlo, se acercó al carromato Ibn Umar —que también había sido guiado hasta allí por un niño— y, sin pedir permiso, se lo arrebató al vendedor de las manos, lo que era de una rudeza casi inaceptable.

Pero no juzguemos a Ibn Umar a la ligera. Era uno de los hombres más influyentes y poderosos de Qurtuba, pues había sido nombrado cadí por el propio califa. Como cadí de Qurtuba era uno de los encargados de interpretar la ley conforme a los preceptos coránicos y la tradición del Profeta, y se decía que no solo los jueces de paz, sino incluso el mismo califa debían aceptar sus dictámenes y sentencias. De los quinientos ulemas que vivían en Qurtuba, era uno de los más doctos y experimentados, y sus observaciones eran siempre atinadas y sutiles. Su cultura y sus conocimientos sobre los más variados temas maravillaban a todo el mundo. Veinte había sido el número de sus maestros, y él a su vez era maestro de otros tantos. Después de la del califa, no había biblioteca más famosa y renombrada que la de Ibn Umar. Ocupaba no una ni dos estancias, sino un edificio entero, y siete excepcionales calígrafos, seleccionados personalmente por él, trabajaban a diario en sus salas, copiando los volúmenes más valiosos de su colección, que luego vendía y cambiaba por otros. Se decía que cada calígrafo era capaz de copiar el Corán de cabo a rabo en apenas un mes sin que la rapidez para llevar a término la tarea fuera en detrimento de la claridad y belleza de su caligrafía. Le precedía, además, la

fama de ejercer su cargo con benevolencia. Por ejemplo, si por un casual atisbaba un borracho en la calle, se daba la vuelta y cambiaba de rumbo para no verse obligado a ordenar su arresto y hacer que le infligieran los ochenta latigazos preceptivos. Aunque en otras ocasiones, cuando consideraba que había que aplicar la ley con severidad, no le temblaba el pulso, pues no todas las faltas despertaban en él la misma indulgencia. En definitiva, era todo lo compasivo que su cargo le permitía. Se le respetaba y admiraba, pero no se le amaba.

En cualquier caso, por mucha importancia que tuviera el cargo que ostentaba Ibn Umar, el otro bibliófilo empezó a quejarse a viva voz, fastidiado por su rudo comportamiento.

—Con todos los respetos, excelentísimo cadí, yo estaba primero —dijo—. ¡Yo estaba primero!

—Conteneos y sed paciente —le contestó muy tranquilamente Ibn Umar mientras hojeaba el *Manual de cirugía*—. La precipitación es la madre de todos los errores.

Esa pequeña disputa entre hombres tan principales —uno de ellos nada menos que un cadí— convenía a Abul Anbas.

Sí, lo mejor que le podía pasar en estos momentos es que dos compradores se encapricharan por el mismo libro y pujaran por él, así que mientras Ibn Umar examinaba el libro y el bibliófilo daba rienda suelta a su enojo, por tercera vez se le volvía a dibujar una gran sonrisa.

—Eso. Paciencia, amigo, paciencia —le apoyó Abul Anbas—, que así ganaréis vuestro destino. —Y luego, dirigiéndose a Ibn Umar, agregó—: ¿Qué os parece, señor? Vamos, animaos... —le insistió—. Contiene un capítulo donde explica la forma más adecuada de sacar las muelas y los instrumentos que son necesarios para ello, así como la manera de fabricarlos. No hay libro más útil que ese. ¿A quién no le duelen las muelas de tanto en tanto?

Ibn Umar ignoró al vendedor y siguió examinando el libro.

—¿No es la cirugía la más necesaria de las artes?

—Querrás decir la caligrafía —repuso Ibn Umar, apartando la mirada del libro—. La caligrafía es más necesaria que la cirugía y más necesaria que cualquier otra arte, pues a través de ella nos llegan los conocimientos del mundo —dijo. Luego le devolvió el libro y sentenció—: La caligrafía es la cirugía del alma.

El vendedor, que si había viajado hasta Qurtuba no era para escuchar a ningún cadí por sabio que fuera, sino para vender libros, resopló con disgusto.

—Entonces, ¿os convence o no os convence? Os recuerdo que en tanto perdura vuestra indecisión, hay otros compradores legítimamente interesados.

Pero Ibn Umar volvió a ignorar al vendedor y prosiguió con su razonamiento:

—La caligrafía, amigo mío, y no la cirugía, es el arte más necesaria. Ya lo dice Ibn Abd Rabbihi: «Es la lengua de la mano, la belleza de la conciencia, el embajador del intelecto, la voz del pensamiento y la armadura del saber». La caligrafía...

Si había algo que Abul Anbas no soportaba era que alguien, dándoselas de listo, dejara a los demás como tontos, así que de malos modos interrumpió la perorata:

—Decidme eso mismo, príncipe de la elocuencia, cuando a uno de vuestros copistas le duelan las muelas y no pueda más que caligrafiar una cosa...

—¿Qué?

—«Ay, ay, ay». Entonces os acordaréis de mí y echaréis de menos este libro.

Ya fuera por ese razonamiento, o por otra causa, el bibliófilo insistió en examinarlo él también.

—Y ahora que el gran cadí Ibn Umar lo ha visto, ¿puedo verlo yo?

«Bendito sea Alá, que nunca acaba de abandonarme por completo», pensó Abul Anbas.

—Claro, claro... Estáis en vuestro derecho.

El rico bibliófilo, una vez más, lo miró con detenimiento (aunque sin llegar a abrirlo) y lo midió tanto a lo largo como a lo ancho. Era muy asombrosa la forma que tenía Ibn Yarir de examinar los libros.

Cinco kilómetros separaban Medina Azahara, el palacio del califa, de la ciudad de Qurtuba, y Maryam, a lomos del purasangre, con el niño en la grupa, bien agarrado a su cintura, cabalgó como si les persiguiera un ejército de demonios.

El galope del caballo siempre la ayudaba a despejar sus pensamientos y

vaciarlos de preocupaciones y tristezas, pero esta vez la urgencia respondía a otra razón: el convencimiento de que si, por un casual, el vendedor de libros tenía algo valioso que ofrecer, ya estaría el cadí Ibn Umar husmeando a su alrededor con la esperanza de encontrar un ejemplar único.

Maryam cruzó la puerta de la ciudad y entonces tuvo que aminorar el paso, pues se había establecido la prohibición de galopar a caballo en la medina. Se corría el riesgo de atropellar a alguien. Trotó por la calle principal hasta la imponente Mezquita Mayor, símbolo del esplendor de la ciudad. Era tan grande que podía albergar a más de veinte mil fieles. Se bajó del caballo y lo dejó al cuidado de un mozo. Luego, guiada por el niño, anduvo con premura y se adentró entre los puestos del zoco.

—¡Por aquí, señora! —decía el niño, apurándola.

Maryam no pasaba desapercibida. Pese a ir vestida de hombre, la gente la reconocía. Solo algunos niños, harapientos, se atrevían a acercarse a ella para pedirle unas monedas, pero su guía los espantaba diciendo:

—¡Tenemos prisa! ¡Tenemos prisa!

Maryam siguió al niño entre los puestos de dátiles, los tenderetes de tapices y las jaulas de mandriles y gallinas. Cuando atisbaron el carromato de libros, el rico bibliófilo se encontraba midiendo el lomo de un libro mientras Ibn Umar lo miraba con una mueca que dejaba patente su extrañeza.

—No, de ningún modo. No me convence —decía el bibliófilo casi lamentándose.

—¿No? ¿Y por qué no? ¿Qué defecto le habéis encontrado? —le preguntaba Abul Anbas.

—¡No, desde luego que no, ni muchísimo menos!

—Pero ¿qué le veis?

—Ese es el problema: ¡que no lo veo!

—¿Cómo que no lo veis? —dijo Ibn Umar, totalmente perplejo ante las manías del rico bibliófilo.

—No me extraña que no lo vea. ¡Si ni siquiera lo ha abierto! —interrumpió Maryam, acercándose más al carromato.

—¡Ni falta que me hace! —gruñó Ibn Yarir dándose la vuelta, pero enseguida se dio cuenta de quién era quien hablaba: ¡Maryam, la bibliotecaria del califa!

—Ah, ¿no? —dijo Maryam.

El bibliófilo, amedrentado, se apresuró a suavizar el tono de su voz:

—Ando buscando algo muy concreto, y no me vale cualquier libro.

—Como es natural.

—La paz sea con nosotros —dijo Ibn Umar a Maryam.

—Y la misericordia del Señor y sus bendiciones.

—Ya me extrañaba no veros por aquí.

—Y yo presumía que no andaríais muy lejos... —le contestó Maryam.

Con su aparición algunos curiosos se habían acercado al carronato de libros. No era frecuente verla en el zoco. El vendedor, con tanto público a su alrededor y lo que parecía ser una selecta clientela, se las prometía muy felices. Cogió otro libro de la montaña que llevaba en el carro y anunció:

—*De los piojos y las formas de deshacerse de ellos*, del docto Ibn Shaprut... Es un libro que está lleno de buenos consejos. Los piojos llegan a todas partes, incluso a los palacios y las bibliotecas. ¿O me diréis que os gusta rascaros? Gracias a este libro, en Samarcanda acabaron con la mayor plaga de piojos que se ha visto en el mundo.

—¡Este es el libro que necesito! ¡Este es justo el libro que necesito! —dijo el bibliófilo.

—¿Eh?

—Lo presiento...

—¿Tantos piojos tenéis en vuestra casa? —le preguntó Maryam.

—Últimamente no he visto muchos, no —contestó el bibliófilo, que se ocupaba ahora de medir el libro tanto a lo ancho como a lo largo.

—¿Entonces? —quiso saber Ibn Umar.

—Es el que más se ajusta.

—¿Se ajusta a qué?

—Al anaquel central.

—¿Cómo? —dijeron al unísono Maryam e Ibn Umar.

—He hecho construir una nueva librería, toda en madera de olivo —se apresuró a explicar el bibliófilo—, pero tras recolocar los libros han quedado dos huecos.

—¿Cómo que dos huecos? —preguntó Abul Anbas—. ¿Qué queréis decir?

—Dos huecos. No son ni muy grandes ni muy pequeños, y ahora busco los

libros perfectos que llenen esos vacíos. El tamaño de este volumen, por lo que he visto, se ajusta al milímetro, y la encuadernación es de lo más vistosa, así que ¡lo compro!

Ibn Umar y Maryam se echaron a reír, y el bibliófilo, ignorándoles y lleno de dignidad, le dijo al vendedor:

—Envuélvemelo, que me lo llevo.

—No tan deprisa, que podría suceder que hubiera otros interesados, ¿o no? —dijo Abul Anbas, mirando alternativamente a Maryam y a Ibn Umar mientras les guiñaba su único ojo como implorando complicidad—. ¿Cuánto estáis dispuesto a ofrecer?

—¡Yo pongo ocho dírhams para empezar! —dijo el bibliófilo.

—¿Solo ocho dírhams por completar el anaquel central? —preguntó Maryam con sorna—. Poco me parece. Yo digo que algo así no vale menos de dos dinares.

Ibn Umar, siguiendo la broma de Maryam, se llevó la mano a la bolsa y dijo:

—Yo pongo dos dinares. Aquí van...

El bibliófilo no pudo reprimir cierto nerviosismo y, temiéndose que se le pudiera escapar el libro perfecto para su anaquel central, gritó:

—¡Dos dinares y ocho dírhams!

—Dos dinares y ocho dírhams —dijo Abul Anbas, relamiéndose el bigote—. ¿Alguien da más? ¿No? ¡Pues aquí va: *De los piojos y las formas de deshacerse de ellos*, del docto Ibn Shaprut, despiojador de fama reconocida!

Ibn Yarir se apresuró a cogerlo, pero el vendedor extendió la mano exigiendo el pago convenido, mientras Maryam e Ibn Umar reprimían la risa.

Apenas tuvo a buen recaudo las monedas, Abul Anbas envolvió el libro en un paño de lino y se lo tendió al bibliófilo, diciéndole:

—Que Alá el Altísimo os ayude a penetrar en los misterios de los piojos.

—¡Ya solo me falta uno! —dijo Ibn Yarir.

—¿Uno para qué? —preguntó Maryam.

—Para terminar de rellenar mi estantería. Necesito uno que no sea ni muy grande ni muy pequeño.

«¡Mira que venir de tan lejos para esto!», pensó Abul Anbas que, a continuación, rebuscó entre la montaña de libros, dispuesto a pescar aquel que

rellenara el vacío existencial del bibliófilo.

—Pues este: yo diría que este no es ni muy grande ni muy pequeño. *La piel del mundo*, de Abu Shaq Ibrhim ibn Muhammad al Farisi al Istakhri.

—¿*La piel del mundo*? —se interesó Maryam.

Abul Anbas le entregó el libro, y ella se apartó un tanto y empezó a examinarlo.

Ibn Umar y el bibliófilo la miraban con interés.

—¿Puedo...? ¿Puedo verlo? —decía Ibn Yarir.

Por fin el libro llegó a manos del bibliófilo, que, tras medirlo como era su costumbre, asintió.

—¿Qué os parece? ¿Tiene buen tamaño? —le preguntó el vendedor.

—No está mal, no está mal.

—Pujamos por *La piel del mundo* —anunció Abul Anbas.

—Dos dinares —dijo Ibn Umar.

—Dos dinares. ¿Alguien da más?

—Tres —dijo Maryam.

—¿Tres?

—¡Cuatro! —dijo el bibliófilo.

—¿Cuatro? Humm... Puedo llegar a cinco.

—Puede llegar a cinco. ¿Alguien da más?

—No, no mide lo suficiente —dijo el bibliófilo—. Además, no es muy ancho. Para ser *La piel del mundo* lo encuentro pequeño.

Maryam e Ibn Umar se echaron a reír de nuevo.

—Vuestro es entonces —le dijo el vendedor a Maryam, y luego lo envolvió en un paño y se lo entregó, momento en el que el vendedor sintió que le caía una gota de agua en la frente y le resbalaba por la nariz. Miró al cielo con preocupación.

—Va siendo hora de recoger.

—¿Tan pronto? —dijo Maryam, mirando la montaña de libros.

—No me gustan esas nubes; pueden estropear la mercancía...

Y de la misma forma debían pensar el resto de vendedores, que se apresuraban a recoger sus puestos.

—¡Espera! —dijo Maryam.

—¿Qué pasa?

—Antes de irte... Muéstrame ese, por favor.

—¿Este?

—No, el de más abajo.

—¿Este?

—No, el de más abajo.

—¿Este?

—No, ese otro.

Por fin Abul Anbas acertó a coger el libro que había llamado la atención de Maryam.

—¿Este? —dijo el vendedor cogiéndolo.

—Sí, ese. ¿Puedo verlo?

Tenía un aspecto muy poco usual.

«¿Y este libro?», se preguntó Abul Anbas. ¿De dónde había salido? No recordaba haberlo mercado. ¿Tan mal andaba su memoria? Un libro como ese no podía haberle pasado desapercibido. ¿De qué estaban hechas sus tapas? ¿Eran de plata? Sin saber por qué, se le vino a la cabeza la imagen del rayo cayendo sobre el carromato.

—Qué extraño libro —dijo Maryam—. ¿Y esa arena? —agregó, porque, en efecto, de su lomo caía un hilito de arena fina y amarilla.

Abul Anbas no sabía qué responder.

—¿Cuál es su título? —preguntó Ibn Umar.

Abul Anbas lo miró por un lado y por el otro.

—No figura, pero su sabiduría es relevante —dijo, saliendo al paso.

—Pero ¿y el autor? ¿Quién es el autor? —preguntó Ibn Umar.

—El Tiempo.

—¿Cómo?

—Que no lo dice y, por tanto, sugiero que lo ha escrito el Tiempo.

—¿Y de qué trata? —quiso saber Ibn Umar.

—Buena pregunta.

—¿Y la respuesta?

—¿Qué pensáis de esas nubes?

—¿Cómo?

—Digo que, aunque Alá, el Más Grande, sujeta los cielos para que no se precipiten sobre nosotros, muy a mi pesar os aseguro que no siempre es así.

—¿No nos dejarías examinarlo? —dijo Ibn Umar.

—Sí, yo también quiero verlo —dijo el bibliófilo—. Aunque, en mi opinión, es demasiado grande.

—Este libro no os merece —dijo Ibn Umar.

—No está a la venta —zanjó Abul Anbas, pensando que era mucho mejor conformarse con lo que hasta ahora había conseguido, que no era poco.

—No te hagas tanto de rogar —le pidió Maryam—. Déjanos examinarlo y...

—Bueno —accedió el vendedor, que tendió el Libro a los ansiosos compradores.

El que se dio más ligereza en alargar la mano fue, cómo no, Ibn Umar, que lo cogió, lo abrió, leyó unas líneas al azar y se le mudó el rostro. ¿Había leído bien? Guiñó los ojos y volvió a leer esas mismas líneas. Luego miró a Abul Anbas y le interrogó con la mirada, como si algo le alarmase, pero el vendedor se limitó a encogerse de hombros, dando a entender que él no era responsable de las posibles herejías y despropósitos que pudiera contener.

«¿Qué es lo que habrá leído?», se preguntó Abul Anbas. Él conocía todos y cada uno de sus libros, pero este que acababa de sacar del fondo del carromato no lo recordaba. ¿Dónde lo había mercado? ¿En Bagdad? Y, en cualquier caso, ¿sería un libro herético, un libro insultante y profanador?

Ibn Umar volvió a mirar al mercader fugazmente y, luego, se sumergió de nuevo en el Libro; entretanto, Maryam y el bibliófilo aguardaban su turno para examinarlo.

—¿Qué es lo que habéis visto? —preguntó Maryam.

—Nada —dijo Ibn Umar, cerrándolo de golpe mientras Abul Anbas se estremecía de terror y un sudor helado le recorría el pescuezo. «Ay, que de esta me cortan la cabeza», se dijo.

Ese hombre, por lo que había creído entender Abul Anbas, era un cadí; tenía, pues, el poder de arrestarlo.

—No hagáis caso, gran señor —le dijo—, que os juro y rejuro que nadie ofende a Alá sin recibir el castigo que merece. Vos sabréis si la intención fue buena o perversa. Buscad a su autor y perseguidle hasta los últimos confines

del mundo.

—¿De dónde viene este libro? —le preguntó severamente Ibn Umar—. ¿Dónde lo has mercado?

—Me cayó del cielo, pero quizá proviene del infierno.

—No te entiendo. ¿Cómo dices?

«Ay, ay, de esta me cortan la cabeza», volvió a pensar Abul Anbas.

—No sé si os he mencionado —se apresuró a corregirse el vendedor— que yo, Abul Anbas, he dado más tumbos que una peonza, que he estado en Yemen, en Siria, en la China, en Egipto y en los reinos del Norte, que he visitado tantas ciudades como ciudades hay en el mundo y que de tanto andar he olvidado incluso el día y el lugar en que nací, y ahora me preguntáis de dónde viene este libro, ¿no?

—Eso es.

—Pues, para ser franco, no me acuerdo.

Entonces un rayo rasgó la cortina de nubes, y luego estalló un trueno.

—¡Ay, no, otra vez no! —gritó Abul Anbas aterrorizado ahora por partida doble—. Que el Altísimo nos guarde a todos, pero echémosle una mano, que quien no se ayuda a sí mismo no merece el nombre de buen musulmán. Por lo más sagrado, os ruego que me dejéis marchar. ¿Podéis creerme si os digo que anoche perdí al más leal amigo a causa de los cielos? ¡Es hora de resguardarse, por el amor del Señor!

—Lo compro por diez dinares —dijo Ibn Umar.

—Buen comienzo —señaló el bibliófilo.

—E imposible de igualar —dijo Ibn Umar—, así que dádmelo.

—Yo pongo doce —interrumpió Maryam.

—¿Vais a pagar doce dinares por un libro cuyo contenido ni siquiera conocéis? —le preguntó Ibn Umar.

—Quedará bien en mi anaquel central... —se burló Maryam—. ¡Doce dinares he dicho!

—¡Quince, y no se hable más! —replicó Ibn Umar.

—Veinte.

—Entonces, ¿veinte? —preguntó Abul Anbas.

—Veinticinco —dijo Ibn Umar.

—¡Cincuenta dinares! Yo pongo cincuenta —ofreció entonces Maryam.

—¿Cincuenta dinares? —dijo Abul Anbas, extrañado, pues nunca había vendido un libro por la mitad de la mitad de ese precio, y lo más insólito es que ni siquiera sabía de qué libro se trataba.

—¡Cincuenta dinares de oro por un solo libro! —dijo Ibn Umar—. ¡Es demasiado!

—Sí, es demasiado, por muy grande que sea —dijo el bibliófilo.

—Cien dinares —ofreció entonces Ibn Umar.

—Ciento veinte —replicó Maryam.

—Ciento cincuenta.

—Doscientos.

—¿Doscientos? ¡Doscientos veinte!

Un nuevo relámpago bailó temblorosamente en el cielo y, un instante después, se escucharon los truenos.

—¡Ay, Señor mío! —dijo Abul Anbas—. ¡Por lo que más queráis, vayámonos de aquí o arderemos como ascuas en el infierno, y entonces ¿de qué nos valdrán todos nuestros libros y todos los dinares del mundo?

—Trescientos, trescientos dinares —dijo Maryam, mirando a Ibn Umar—, yo pongo trescientos dinares, y advierto que estoy dispuesta a llegar a mil si no quedara más remedio.

—Trescientos dinares, de acuerdo —le dijo incrédulamente Abul Anbas, que le tendió el Libro con una mano mientras con la otra empezaba a cubrir el carromato con la lona—. Tomadlo y vayámonos de una vez.

—Mil dinares —le interrumpió Ibn Umar.

—¿Cómo? —dijo Abul Anbas—. ¿Mil dinares? ¿Solo mil dinares? ¡Muy bien! ¡Mil dinares digo una vez, mil dinares digo dos veces y mil dinares digo tres veces! ¡Ya está! ¡Y que el Altísimo nos bendiga a todos si es que antes no nos parte un rayo!

—Esto ya empieza a ser locura. ¡Mil dinares! —dijo Maryam—. ¿De verdad vais a pagar mil dinares por un solo libro?

—Aquí van doscientos —dijo Ibn Umar, ignorando a Maryam al tiempo que le lanzaba al vendedor una abultada bolsa de cuero—. En cuanto al resto, pregunta por mí en el alcázar, y se te entregará de inmediato.

Abul Anbas asintió ante la mirada fiera de Ibn Umar.

—¡Si ni siquiera sabéis cuál es su contenido!

Ibn Umar volvió a ignorar a Maryam, arrojó el Libro sirviéndose de su túnica, tal y como habría hecho una madre con su bebé, y se fue apresuradamente mientras las primeras gotas de lluvia empezaban a desprenderse de las panzas hinchadas de las nubes, las cuales parecían deseosas de descargar un diluvio sobre ellos.

—Otro día —dijo el viejo Abul Anbas poniendo a buen recaudo el dinero — os contaré con mucho gusto el infortunio que me tocó pasar a causa de unas nubes, pero ahora he de marcharme. Mañana podemos vernos aquí a la misma hora, si Alá el Altísimo quiere. Ahora poneos también a resguardo —les aconsejó a Maryam y al bibliófilo—, si es que estimáis vuestro pellejo.

Luego agarró las varas del carronato, lo levantó con ligereza y echó a correr entre la lluvia mientras, a modo de despedida, decía:

—¡Que Alá os otorgue la guía para hacer el bien y os aparte de la senda del mal!

—Ese Ibn Umar se volvió loco, ¿no pensáis lo mismo? —dijo el bibliófilo—. ¡Mil dinares! Cuando lo cuente, nadie querrá creerme y me dirán que el loco soy yo. Menos mal que os tengo como testigo. Cuando me llamen mentiroso, les diré: «Pues preguntad a la bibliotecaria del califa, que ella os confirmará lo...». Señora, ¿qué os pasa? No le faltaba razón a ese... ¡Vayámonos! ¡La lluvia arrecia! Habrá que ponerse a cubierto. —Y dicho y hecho, Ibn Yarir se levantó el vuelo de la túnica y echó a correr saltando los primeros charcos.

Pero Maryam se sentía incapaz de moverse, lloviera o no lloviera. ¡Mil dinares! ¿Qué es lo que había leído Ibn Umar en aquel libro para codiciarlo de semejante manera? ¡Mil dinares! ¿Es que había algún libro en el mundo que valiera tanto como mil dinares? Si Ibn Umar se había desprendido de semejante suma, entonces es que lo valía. ¿Cómo es que ella lo había dejado escapar? ¡Tendría que haberle ofrecido dos mil dinares o los que hicieran falta! Bueno, intentó consolarse, tal vez aquel vendedor le podría al menos decir... Pero ¿dónde estaba ahora? En realidad, ¿dónde se había ido todo el mundo?

En cuestión de unos pocos minutos todos los vendedores del zoco habían puesto a buen recaudo las mercancías. Los pocos que aún quedaban se refugiaban bajo los toldos. Ya no había alfombras extendidas ni jaulas de monos ni tarros de especias. Toda la lluvia caía sobre Maryam. Solo sobre

ella. Cada vez con más fuerza.

—¡Señora, os estáis mojando! —escuchó Maryam a su espalda.

Era su guía, el niño, que le traía a Kali.

Al fin Maryam reaccionó y ambos se dirigieron con premura a uno de los soportales del templo, donde se refugiaron mientras aguardaban a que escampara.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó al niño.

—Osama.

—Y dime, Osama, ¿vas a la escuela?

El niño negó.

—¿Y eso? ¿Por qué no?

El niño se encogió de hombros.

—¿Cuántos años tienes?

—Doce.

—¿No te gustaría aprender a leer?

El niño volvió a encogerse de hombros.

—Si aprendes a leer nunca te faltará el pan.

—La verdad es que prefiero ser soldado, señora.

—¿Por qué?

—Para matar cristianos —dijo.

—¿Y qué interés tienes tú en matar cristianos?

El niño se encogió de hombros por tercera vez.

—Hagamos un trato —le dijo al fin Maryam—. Aprende a leer y, si después de aprender a leer, sigues con ganas de matar cristianos, yo hablaré con el califa para que te deje ir al campo de batalla.

—¿De verdad lo haríais, señora?

—Te doy mi palabra. Y, ahora, toma —le dijo, poniéndole un dírham en la mano.

—Gracias, señora, gracias. ¿Queréis que os traiga un té?

—No. Tengo que irme. Parece que ya ha escampado. Ve a la escuela y di que vas de mi parte. ¿De acuerdo?

—Sí, señora. Seré un buen soldado.

—Primero aprende a leer —insistió Maryam—. ¿De acuerdo?

El niño asintió, y Maryam montó a Kali y se puso en camino hacia Medina Azahara, aunque ya no tenía muchas ganas de galopar. Algo le oprimía el pecho. La situación no podía ser más injusta. Era ella quien había visto primero ese libro y, por tanto, a ella le debería haber correspondido examinarlo antes que nadie. Pero ese arrogante de Ibn Umar se le había adelantado.

El papiro tiene una calidad parecida a la de la seda. Para escribir ya no son necesarios los punzones, sino que basta con una caña y tinta.

Al contrario que las tabletas de arcilla, el papiro es ligero y se puede doblar y enrollar y, por tanto, su transporte se realiza más cómodamente; engomando distintas hojas de papiro los hombres obtienen rollos de varios metros que luego guardan en jarrones de barro o en cajas de madera, e incluso en bolsas de piel; escriben con tinta de distintos colores: roja, azul, negra, verde...

El papiro es tan estimado que el privilegio de su manufactura solo lo concede el faraón.

La escritura tiene la consideración de arte, y no se desdeñan las ilustraciones, pero la fabricación de esos rollos, a partir de la planta del papiro, resulta muy costosa, y, además, el papiro se resquebraja con facilidad y se encuentra expuesto a las polillas, a la humedad y a los hongos.

Los rollos de papiro se guardan en bibliotecas a las que llaman Casas de la Vida.

Más que bibliotecas son templos.

No en vano estos hombres le dan a su escritura el nombre de jeroglíficos, cuyo significado es «escritura sagrada».

El dios de la escritura se llama Thot, inventor también del lenguaje y la ciencia; tiene cabeza de ibis, un pájaro de cuello largo y pico curvo que, según se dice, es el último animal en refugiarse antes de la tormenta. Su esposa, Seshat, tiene piel de leopardo y es una experta calígrafa, mide el tiempo y escribe el futuro.

Pero esa escritura, la escritura jeroglífica, solo la saben interpretar unos pocos elegidos: los sacerdotes, que para mantener su poder la complican hasta el infinito.

En la cueva un bisonte era un bisonte, un arco era un arco y un caballo era un caballo, pero ahora el dibujo de un ojo puede significar también

«mirar», el dibujo de un perro «fidelidad», «caza» y «cuidar».

No menos de setecientos dibujos forman parte de esa escritura, que tiene un valor mágico; por ello suelen depositar jeroglíficos en las tumbas para guiar al difunto en su viaje al otro mundo.

Así, durante treinta y cuatro siglos, es decir, 3.400 años, vive la escritura egipcia.

4

CONVERTIDO EN CENIZA

Ibn Umar, con suma impaciencia, se había dirigido al alcázar, donde se ubicaban la alcazaba militar y otros doce pabellones, rodeados de jardines, fuentes y huertas. La fortaleza era otra ciudad en el interior de la ciudad de Qurtuba. Custodiada por dos centenares de soldados, contaba con salones de audiencias, caballerizas, un cementerio, almacenes y despensas con provisiones para aguantar un asedio de un año, habitaciones privadas, mazmorras y, por supuesto, la Casa de la Justicia, el lugar donde Ibn Umar consumía la mayor parte de sus días. Allí, como es natural, tenía asignado uno de los despachos más amplios y luminosos, el cual a su vez se encontraba rodeado de otras dependencias por las que correteaban funcionarios, mensajeros, guardias y atareados escribas. Legajos de toda laya (informes, dictámenes, notificaciones) iban pasando de mano en mano conforme a un orden estricto e implacable. No era cualquier cosa lo de impartir justicia en la ciudad de Qurtuba, poblada por no menos de 500.000 almas.

En su despacho, dos ventanales con cristales rojos, verdes y azules filtraban la luz grisácea de la mañana. Ya había dejado de llover y un rayo de sol, incluso, empezaba a rasgar la cortina de nubes.

—¡Excelentíísimo cadí! ¡Excelentíísimo cadí!

No estaba totalmente solo. En aquel despacho vivían un papagayo, que hablaba con las limitaciones propias de su especie, y dos tortugas, que no hablaban en absoluto. El papagayo, de plumas en distintos tonos grises y cola roja, decía cosas como: «¡En el nombre de Alá, el Clemente, el Misericordioso!», o «¡Alabado sea el Único!», o «¡Adórale! ¡Adórale! ¡Tu Señor no ignora lo que hacéis!», o incluso, de vez en cuando: «¡Excelentísimo

cadí! ¡Excelentísimo cadí!». Respecto a las tortugas, caminaban de manera distraída y sin rumbo entre las mullidas alfombras, como si buscaran un recoveco donde descansar de la huida del vivir. En alguna ocasión, en un descuido, Ibn Umar había pisado a una de ellas. Siendo indolentes y haraganas para todo, se apresuraban sin embargo a esconder patas, cola y cabeza para salvar así el pellejo. En eso encontraba Ibn Umar alguna similitud con los hombres con los que trataba a diario.

El cadí, pues, se encerró en su despacho y, tras pedir que nadie le molestara por causa alguna, se sentó con las piernas cruzadas sobre una esterilla mullida frente a un pupitre de escritura y deslió el paño que envolvía el Libro.

Era muy hermoso. Y extraño, como ya se había encargado de mencionar Maryam. Sus tapas, que parecían hechas de algún tipo de metal que reflejaba la luz de una forma casi sobrenatural, eran tan rugosas como piedras.

«¿Plata?», se preguntó.

Ibn Umar puso el Libro sobre el pupitre.

Soltaba un fino hilo de polvo de arena muy brillante.

Se inclinó sobre el pupitre y lo abrió.

La primera hoja estaba en blanco, pero un experto bibliófilo como Ibn Umar también sabía leer las hojas en blanco.

Pergamino; no era papel.

El pergamino era un material de escritura en desuso. Los mercaderes que venían de Damasco y Bagdad ya habían traído hasta Qurtuba el papel, un invento procedente de China, cuya fabricación resultaba más barata. También era un elemento más idóneo y apropiado para ejercer el arte de la caligrafía. En Qurtuba había varios talleres donde se fabricaba a partir de telas y fibras vegetales, y cada vez eran menos los artesanos que seguían elaborando pliegos de pergamino.

Sí, era pergamino, aunque Ibn Umar no sabría decir de qué clase... No era piel de ternera. Nunca había visto un pergamino tan ligero y suave. ¿Vitela? Su calidad era excelente.

Luego empezó a leer.

Su primer acicate fue la curiosidad —madre de todas las ciencias, y también del arte, y del mismo aliento que hace que las flores se abran, que los amantes se amen, que el sol nazca cada día—, y luego la curiosidad se espesó

y vinieron el asombro y la incredulidad.

Lo menos que se podía decir de ese libro es que estaba lleno de extravagancias, de rarezas.

Un sudor frío le recorrió el espinazo cuando volvió a toparse con la primera línea que había llamado su atención en el zoco.

Siguió leyendo.

Y siguió leyendo.

Al principio le pareció que el cúmulo de despropósitos no podía ser mayor, pero luego creyó —lo creyó de veras— que se estaba volviendo loco.

Y siguió leyendo.

Siguió leyendo...

Según las profecías que se establecían con claridad en el Corán, el día del fin del mundo estaba cerca —apenas ciento cuarenta años restaban para que se abrieran todas las tumbas—, pero antes del juicio final, el mundo sería gobernado por un falso profeta cuyo signo más distintivo sería que tendría un solo ojo. ¿Era Abul Anbas ese diablo que anunciaba el Corán o, tal vez, tan solo su mensajero?

Una sola cosa estaba clara: ese libro no podía haber sido escrito por un hombre, sino por un demonio y, probablemente, provenía de un lugar tan remoto como el mismo infierno.

—¡En el nombre de Alá, el Clemente, el Misericordioso! —dijo el papagayo.

Ibn Umar siguió leyendo.

Cuando Maryam llegó al palacio de Medina Azahara se dirigió directamente a la biblioteca y se acercó a Muhammad, quien levantó la mirada del libro que estaba examinando y le sonrió.

—¿Qué tal os ha ido? ¿Habéis encontrado algo de interés?

Maryam puso el libro *La piel del mundo* en el pupitre de Muhammad.

—Miradlo y decidme.

—*La piel del mundo* —leyó Muhammad—. ¿Queréis que lo copie?

—Me pregunto si merece la pena.

Muhammad empezó a examinarlo: era un bello ejemplar.

—Yo diría que sí.

—Entonces, hacedlo.

—¿Os pasa algo, señora?

—Nada, solo que estoy muy cansada.

Maryam se dio media vuelta y se dirigió a su despacho, donde se refugió hasta que empezó a oscurecer.

Cuando volvió a salir la mayoría de los calígrafos ya se habían ido, aunque algunos rezagados estaban aún recogiendo sus enseres. Solo uno de ellos, incansable, permanecía tan firme en su puesto como si fuera la primera hora de la mañana. Era Muhammad, que ya trabajaba en la nueva adquisición de su señora.

Maryam pasó a su lado musitando un buenas noches y Muhammad, totalmente concentrado en la tarea, le contestó de forma distraída.

Esa noche, tras cenar frugalmente, Maryam soñó que perseguía al vendedor de libros por las retorcidas callejuelas de la medina de Qurtuba. Cuando al fin lo arrinconaba en una placita, Maryam desenvainaba una espada y el hombre se echaba a llorar con su único ojo y le decía:

—¡Perdonadme, señora! ¡Perdonadme! ¡Tenéis razón! ¡El Libro era vuestro!

—Pero ¿de qué trataba? —le preguntaba Maryam—. ¿Por qué no me dices de qué trataba?

—No lo sé —le contestaba el vendedor—. ¡Juro que no lo sé! Pero tengo otra copia. ¿Queréis verla?

—¡Claro!

—Pues seguidme.

El vendedor la conducía por un laberinto de calles que se iban estrechando cada vez más hasta convertirse en túneles casi impracticables. Luego abría una puerta, también angosta, y subían unas escaleras de peldaños empinados que caracoleaban alrededor de lo que parecía ser un mirador. Una puerta más y llegaban a una terracita desde donde se veían todos los tejados de Qurtuba y, más a lo lejos, un paisaje de pirámides egipcias, torres de Babilonia y castillos cristianos. La noche era hermosa y estrellada, aunque no había luna.

—¿Adónde me has traído? ¿Y el Libro?

—Ahora lo veréis —decía el vendedor, sonriéndole—. Paciencia, que nada se logra sin paciencia.

El viejo se inclinaba y empezaba a remover con mucho ruido unas piedras.

—¿Qué haces? —le decía Maryam.

—Filósofo es aquel que levanta todas las piedras.

Escondido debajo de ellas, el vendedor —cuyo rostro de pronto era el de Ibn Umar— sacaba por fin el Libro y se lo entregaba a Maryam. Cuando iba a abrirlo, este se convertía en ceniza al tiempo que soplaba el viento y las páginas se deshacían entre sus manos.

—¡Me has engañado! —gritaba Maryam, mientras una espada volvía a aparecer en su mano.

Pero, como si su sustancia fuera también la ceniza, Ibn Umar era arrastrado por el viento.

Había caído la tarde en el alcázar donde el cadí se entregaba a la lectura del Libro. Tres lámparas de aceite le rodeaban: una a la derecha, otra a la izquierda y una última detrás de él. Pasó una nueva página y, en vez de adentrarse en ella, alzó la vista: las sombras se proyectaban, temblorosas, en las paredes del despacho.

—¡Tú eres mi dueño! ¡En esta vida y en la última! —dijo el papagayo.

Ibn Umar lo miró.

—¡Mi Señor sea loado! ¡No soy más que un mortal!

«Ese bicho», pensó, «parece adivinarme a veces el pensamiento».

Durante un instante sintió que se le nublaba la vista y que el aire no le entraba en los pulmones, produciéndole agitación y asfixia. Se levantó con dificultad y comenzó a caminar con inquietud por el despacho. ¿Qué le estaba pasando? ¿Ya se moría? ¿Sus días estaban acabados? ¿Tan pronto?

Se postró en el suelo y rezó: «Él sabe lo que está delante y detrás de los hombres, y estos no abarcan de su ciencia sino lo que Él quiere».

Cuando logró tranquilizarse hizo llamar a dos de sus más eficientes hombres de confianza, conocidos con los sobrenombres de Oso y Chacal. Eran de esos mercenarios bereberes que se habían ganado una justa fama de sanguinarios, pues sanguinarios eran los tiempos que les había tocado vivir. Chacal era flaco y correoso, manejaba la cimitarra como pocos hombres en Al-Ándalus y encontraba cierto disfrute atemorizando a quien se le pusiera por delante. Oso, en cambio, era una mole, un castillo de músculos que obedecía

las órdenes que le dieran poniendo en ello el entusiasmo estrictamente necesario, sin que jamás se le escuchara decir una palabra de más. Pero ambos eran obedientes como perros y artistas consumados de la tortura, disciplina que ejercían con profesional frialdad.

Ibn Umar les dio la descripción de un mercader de libros que, vestido con una chilaba harapienta, arrastraba un carromato.

—Huele como un demonio. También lo distinguiréis porque tiene un solo ojo. Tened cuidado, no os confiéis, porque es muy posible que tenga poderes.

—¿Qué clase de poderes, señor? —le preguntó uno de ellos.

—Aún no lo sé.

—¿Dónde podemos encontrarlo?

—Esta mañana estaba en el zoco, y con esta lluvia dudo mucho que haya salido de la ciudad. Lo encontraréis, según creo, en alguna de las posadas de la medina.

—Y, cuando encontremos a ese hombre, ¿qué hacemos con él?

—Para empezar es importante que lo capturéis con vida. No quiero que sea golpeado ni que sufra ningún tipo de maltrato. Al menos de momento.

—Sí, pero ¿qué hacemos con él?

—Lo que está escrito.

—¿Cómo decís?

—Encerradle en la mazmorra. Pero, si tiene frío, dadle una manta, y, si tiene hambre, que coma.

—Así se hará, señor.

—Otra cosa: no le digáis quién ha ordenado su detención. Tan importante como su persona es el cargamento de su carromato.

—¿Qué contiene?

—Libros. Confiscadlos todos, y mantenedlos a buen recaudo. Yo pasaré a examinarlos. Sí, eso he dicho —susurró ahora Ibn Umar—, yo pasaré a examinarlos. Una última cosa: quiero absoluta confidencialidad sobre este asunto. No mencionéis vuestra misión. A nadie. ¿Queda claro? No digáis por qué lo estáis buscando. No digáis que vais de mi parte. Tengo que repetirlo: quiero la máxima discreción.

Una vez que se fueron sus hombres, siguió leyendo.

Era asombroso lo extraño y exacto que resultaba todo, punto por punto,

coma por coma.

«Me estoy volviendo loco», pensó. «Seguramente eso es lo que pasa, que me estoy volviendo loco».

¿Había alguna otra explicación posible?

Siguió leyendo.

«Así continuaba el Libro», leyó Ibn Umar.

Poco después se crea el alifato: signos abstractos que representan las consonantes. Y luego los griegos crean el alfabeto, donde además de las consonantes incluyen las vocales.

¿Quién duda que la invención del alfabeto constituye uno de los grandes acontecimientos de la historia universal, pues a partir de ese momento la escritura se hace accesible a todos los hombres? La escritura ya no pertenece a un grupo de iniciados, los textos dejan de ser anónimos y los calígrafos y escribas se convierten en autores y empiezan a firmar sus obras.

Hasta entonces los poemas, relatos y enseñanzas de los griegos se han transmitido oralmente, y para ello han contado con rapsodas, recitadores y maestros.

Pero con el alfabeto empiezan a generalizarse la lectura individual y, por supuesto, las bibliotecas, aunque semejante actividad tiene sus detractores.

Platón no desaprovecha la oportunidad de desdeñar el mal hábito de la lectura, así como a los coleccionistas de papiros, pues estos debilitan la memoria y les hacen creer a sus propietarios que poseen la sabiduría y que ya no necesitan maestros, cuya figura se hace superflua.

Pese a Platón y los enemigos de la lectura, la mala costumbre se extiende por toda Grecia.

Al final no hay escuela ni academia que no cuente con una surtida colección de rollos de papiro.

Las bibliotecas, tanto privadas como públicas, se multiplican: la de Aristóteles, la de Hipócrates, la de Rodas o la de Corintio, aunque sin duda las dos más famosas son las de Pérgamo y Alejandría.

5

UNA EGIPCIA Y UN CRISTIANO

Qué cambiante es la fortuna», pensó Abul Anbas. «Hoy en bancarrota, mañana próspero. Lo que hoy está arriba, mañana abajo. Un día sol y otro lluvia. Frío y calor. Hoy mil dinares, mañana quién sabe». Bueno, ¿mil dinares? No exactamente. De momento solo le habían sido entregados doscientos y, a decir verdad, no estaba muy seguro, recordando la fiera mirada del cadí Ibn Umar, de que fuera prudente reclamar los otros ochocientos prometidos, aunque la tentación no era pequeña. ¡Uno no se encontraba con mil dinares todos los días!

¿Debía sentirse contento? Había vendido un libro por un precio a todas luces desorbitado, y sin embargo no sabía si debía estar contento o no. ¿Qué tenía ese libro? ¿Qué vio Ibn Umar en él? Eso es lo que le preocupaba: la ansiedad con la que el cadí había pasado sus páginas, la forma febril en la que lo había examinado y, luego, la puja extraordinaria e irracional para adueñarse del Libro. ¿Qué secretos o —el Altísimo no lo quiera— qué herejías ocultaba?

Fuera como fuera, ese día Abul Anbas, después de dejar a buen recaudo su carronato, se dirigió al alcázar —ochocientos dinares eran ochocientos dinares— y preguntó en el puesto de guardia por el cadí Ibn Umar. Le examinaron de arriba abajo y luego le entregaron, sin que mediara palabra alguna, una abultada bolsa de cuero.

—Que Alá bendiga vuestras noches y vuestros días —dijo, agarrando bien la bolsa y alejándose lo más rápido posible de la fortaleza.

Poco después entraba en una taberna y comía caliente por primera vez en

siete días. Sopa, cordero, pitas de harina, zumo fermentado, yogur, dulces de almendra y miel, y hasta una pipa de kif.

—¿Sabes dónde podría comprar un camello? —le preguntó al tabernero.

—Claro, en el arrabal de los camelleros. Menuda pregunta.

—¿Está lejos ese barrio?

—Media hora caminando a buen paso.

—¿Tú sabes cuánto puede costar un camello?

—Depende del camello. Hay camellos que valen por dos y camellos que no valen ni el nombre de camellos.

—Qué sabiduría tan delicada la tuya.

Luego se dirigió a un baño público, donde se entregó a los placeres del agua. Se untó la piel con jabón, y el pelo y la barba con tierra perfumada, y se frotó concienzudamente sirviéndose de una manopla de esparto para liberarse de la mugre antigua que le acompañaba. Tras permanecer en una tina de agua casi hirviendo durante media hora, se tumbó en una estera y dos fornidos masajistas volvieron a frotarle, esta vez con aceite de oliva aromatizado con salvia, canela y orégano, amasando su poca carne y sus muchos huesos como si Abul Anbas fuera una gigantesca masa de pan. Finalmente, un ducho barbero repasó sus pelos hirsutos y su barba de chivo.

Salió del baño casi en estado de trance y, tras pasear por la medina, donde compró dulces de almendra y miel, una onza de hachís y un colgante de plata, se dirigió al arrabal de las meretrices. Allí preguntó, miró y convino un precio antes de dirigirse a la posada en la que el tabernero le había preparado un cuarto.

Aquella primera noche en Qurtuba Abul Anbas —así estaba escrito— iba a dormir bajo techo, pero no solo eso: también muy bien acompañado. El nombre de la muchacha era Zalika.

—¿Sabes hacía cuánto que no comía en condiciones? Siete días. ¿Sabes hacía cuánto que no me bañaba? Siete veces siete días. ¿Sabes hacía cuánto que no tocaba a una mujer? Ni yo mismo me acuerdo. ¿Te he tratado bien?

Zalika, acariciando el colgante que Abul Anbas le acababa de poner en el

cuello, asintió.

—¿Te he dado asco?

Zalika negó.

—¿No encuentras horrible este ojo vacío?

Zalika volvió a negar, pero no sabía qué pensar de ese viejo que no dejaba de hacerle preguntas absurdas.

—¿Hice algo que te disgustara?

Zalika negó.

—¿Tú dirías que he sido dulce?

Zalika asintió.

—No te he hecho daño, ¿verdad?

—No.

—Eres esclava, ¿no?

—Sí.

—Dime, ¿de dónde eres?

—Soy egipcia —respondió.

—¿Egipcia! ¿Y cómo puedes ser esclava siendo egipcia? ¡Con la de maravillas que os debe el mundo!

—¿Qué maravillas?

—El papiro y el hachís, o la ciencia de la interpretación de los sueños, y otras muchas cosas, pero solo con esas tres bastaría para consideraros como los mayores benefactores de la humanidad. ¿Sabes leer la escritura de los jeroglíficos?

Zalika negó.

—¿E interpretar los sueños? ¿Sabes interpretar los sueños de los hombres?

—De eso algo sé —dijo Zalika con picardía.

—¿Cómo llegaste a Qurtuba?

—Como llegamos todas. Fui pasando de mano en mano.

—Y, ahora, ¿quién es tu dueño?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Me gustaría hablar con él y acordar...

—Prefiero que no lo hagas —le interrumpió Zalika.

—¿No te gustaría venirte conmigo?

—¿Adónde?

—A recorrer el mundo.

—Creo que no.

—Yo te trataría bien.

—Seguro, pero creo que no, gracias.

—Yo haría que tu vida fuera extraordinaria.

—Bah. No sabes lo extraordinaria que ya es mi vida.

—Mira, hagamos una cosa —dijo Abul Anbas ignorando el inquebrantable desdén de Zalika—. Hablaré con tu dueño y compraré tu libertad.

—¿Y para qué quiero yo mi libertad?

—Para ir donde te plazca.

—¿Una mujer? ¿Ir donde le plazca? No sabes lo que dices. Siempre tenemos que tener un hombre delante. O detrás —añadió, con una mueca de desprecio.

—Perverso ingenio el tuyo —dijo Abul Anbas—. Yo te ofrezco caminar hombro con hombro. Ni delante ni detrás. Junto a mí. Toma, otro dinar.

—Gracias, mi rey —dijo Zalika, que lo cogió, se lo guardó y se quedó pensativa—. ¿Tienes tierras? —le preguntó entonces.

—Todo el horizonte es mío, y lo que hay detrás del horizonte, y aún más allá. Pero, al final, ¿sabes?, al final yo, como todos, me tendré que conformar con dos metros de tierra, cuando se anude el sudario en torno a mi cabeza, cuando se cosan los lienzos de mi mortaja. Así que... ¿qué más da tener o no tener tierras? ¿No te parece? Dicen que el hombre se mide por sus vecinos, y al final todos somos vecinos de todos...

—¿Qué quieres decir?

—Vecinos bajo tierra. ¿No es verdad lo que digo?

Zalika asintió y le preguntó:

—¿Dónde está tu casa? ¿Es grande?

—Ayer dormí en un palacio lleno de gallinas, hoy aquí, mañana no sé. Pero tengo un carromato y voy donde me place.

—O sea, que no tienes casa. ¿Y dinero? ¿Tienes dinero?

—Hoy sí, mañana no sé. Depende de la marcha de los negocios. Mujer, qué bella eres. Y tus preguntas me hacen ver que eres una mujer cabal, pues

piensas en la conveniencia de los pasos que debes dar. Haces bien. ¿Quieres que te pida en matrimonio?

—No tengo dote, soy una esclava, ya te lo he dicho.

—Cuando dices que eres una esclava, desde ese mismo momento, te liberas.

—Estás un poco loco, ¿no? Voy a marcharme.

—No te marches, por favor.

—Sí, tengo que irme.

—Toma, otro dinar. ¿Te quedas otro rato? Sigamos hablando.

Pero se quedaron en silencio, hasta que Abul Anbas volvió a decirle:

—Qué mujer tan bella eres. Es una lástima que no puedas mirarte con mis ojos.

—Querrás decir con tu ojo, ¿no? —señaló ella, con sorna, pero luego se apresuró a disculparse—: Perdona, no quería decir eso, per...

—El ojo que no tengo es el que más ve. Bueno, no; ve otras cosas. Pero son igual de importantes. ¿Te gusta leer?

—No sé leer. Bueno, un poco; sé algunas letras.

—Yo puedo leerte los libros que quieras. Yo puedo ser tu voz, tus manos, tus pies, yo puedo convertirme en tu esclavo. Solo tienes que pedírmelo.

—Una esclava no puede tener un esclavo.

—Por eso mismo tengo que comprar tu libertad. ¿Cuánto vales?

—Definitivamente, no estás bien de la cabeza.

—Con las cosas que veo, con los caminos que recorro, los zocos donde me toca bregar y las desdichas, ¿cómo quieres que esté? ¿Cuerdo? Eso sería un milagro. ¿Sabes de dónde vengo?

—Tengo que irme ya.

—Toma, otro dinar.

Zalika se lo guardó.

—Deja que te cuente quién era yo antes de ser yo. Yo era hijo de un rey, que se enamoró de la muchacha equivocada. Desde entonces no he tenido paz ni sosiego.

—¿Lo dices en serio?

—¿Por qué habría de mentirte? ¿Es que no has oído hablar de Abul Anbas?

—No. ¿Quién es Abul Anbas?

—Abul Anbas soy yo.

—Pues muy bien.

—Muy bien no. A veces bien, y a veces fatal. Ahora en la gloria, mirándote. Qué bella eres. No sé si me gustas más con este ojo o con este otro —dijo, señalándose alternativamente el ojo y la cicatriz—. Uno es el de las apariencias; el otro el de las esencias. Hoy rico, mañana pobre. Hoy tanto, mañana tan poco. Hoy sano, mañana enfermo. Hoy enfermo, mañana muerto. ¿No es para volverse loco?

—Sí —dijo Zalika—. Pero... ¿a qué te dedicas? ¿Qué negocios son los tuyos? Antes dijiste que...

—Sí —asintió Abul Anbas, que empezó a recitar:

Mientras sigan

los maderos teniéndose unidos y aguanten sus juntas,

aquí quedaré soportando, firme, los males que vengan...

—¿Qué es eso que dices?

—*La Odisea.*

—¿La odisea?

—Es el viaje más bello que jamás ha hecho un hombre.

—¿Qué hombre?

—Ulises. ¿No conoces a Ulises?

—No.

—¿No sabes cómo se salvó Ulises?

—No.

—Diciendo que él era nadie. ¡Buen estratega, sí señor! ¿Quieres que te recite otros versos?

—Creo que no.

Abul Anbas, como despechado, le dijo:

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¿A qué te dedicas?

A Zalika esta le pareció la pregunta más absurda de todas las preguntas

que hasta ahora le había hecho.

—Canto —le dijo.

—Cuán superior eres a mí. Yo un mercader; tú una sirena. Ulises y sus hombres también quedaron atrapados en una isla, retenidos por unas desvergonzadas sirenas. Os sentáis en la roca a cantar alrededor de una aureola de espuma blanca mientras en el mar un navío de intrépidos hombres se baten con las tormentas, los huracanes y las desgracias.

—No sé si entiendo. ¿Cuál es tu negocio?

—Los libros.

—¿Los libros? Ah. ¿Y a eso le llamas tú un negocio?

—A veces es ruinoso, sí, pero a veces... ¿Sabes? —añadió en un susurro —, hoy vendí un libro por mil dinares.

—¿De verdad?

Abul Anbas asintió, con inmenso orgullo.

—¡Mil dinares! ¿Y qué...? ¿Qué tenía ese libro?

—Eso es lo malo.

—¿Qué es lo malo?

—Que no lo sé. Si lo supiera, perseguiría todos los ejemplares que existen de ese libro hasta el fin del mundo. ¡Mil dinares! A eso lo llamo yo un libro perfecto, ¿no crees?

—Enséñame esos mil dinares.

Abul Anbas se fue hacia su valija, sacó una bolsa de cuero bien abultada, la abrió y dejó caer un puñado de brillantes monedas, y luego otro, y otro, y otro...

—Nunca había visto tanto dinero junto —dijo Zalika.

—Pues ya ves... —señaló con orgullo—. Libros.

—Quién lo diría —dijo Zalika—. Me parece que no eres tú el único loco.

Toc, toc.

—¿Eh?

Toc, toc.

—Creo que están llamando a la puerta —dijo Zalika.

—¿Quién es? ¿Quién anda ahí?

—Soy Yusuf —dijo el tabernero—. Os ruego que abráis la puerta.

—Ahora no; no puedo.

Nadie le contestó al otro lado.

—Estoy ocupado —se explicó—. Déjame solo.

Otra vez se quedó a la espera, hasta que sintió que el tabernero se retiraba de la puerta y empezaba a bajar la escalera. Algún pensamiento debió de cruzar por la mente de Abul Anbas, porque empezó a recoger las monedas con prisa y a meterlas en la bolsa mientras preguntaba a Zalika, como distraído:

—¿Qué te estaba diciendo?

—Una locura detrás de otra. Será mejor que me marche.

—No te vayas.

—Pues dame otro dinar.

—Toma.

—Gracias, mi rey —dijo, guardándose—, pero tengo que marcharme.

—Esto no me gusta nada.

—¿Qué es lo que no te gusta?

—No lo sé.

Abul Anbas se dirigió a la ventana y se asomó con precaución.

—¿Es que te buscan?

Abul Anbas no le contestó; Zalika empezó a sospechar que los mil dinares no eran producto de un negocio lícito, sino de un hurto y que, por tanto, Abul Anbas podía ser una compañía desaconsejable. Así que comenzó a vestirse mientras no le quitaba el ojo de encima.

Volvieron a llamar a la puerta.

—¿Qué querrá ahora? —dijo Abul Anbas para, a continuación, contestarse a sí mismo—: Molestar. Este tabernero piensa que si no molesta no existe.

—¡Señor!

—¿Qué hombre tan pesado. ¿Qué quieres ahora? —le gritó.

—No vengo solo —dijo el tabernero—. Hay aquí unos hombres que os buscan. ¡Abrid, os lo ruego!

—Tenemos que irnos —le dijo en un susurro Abul Anbas a Zalika mientras recogía sus pertenencias desperdigadas por el cuarto y, luego, también con premura, empezaba a vestirse—. Nos iremos por la ventana.

—¿Yo? ¿Quieres que yo salte por la ventana?

—Ya te lo he dicho: ven conmigo.

Volvieron a llamar a la puerta, esta vez aporreándola con inusitada

violencia.

—¡Señor, señor! ¡Salid de la habitación o estos hombres echarán la puerta abajo!

—¡Por Alá! —dijo Zalika.

—Ya lo sabía yo, si ya lo sabía yo... —dijo Abul Anbas, cada vez más nervioso—. Me tenía que haber ido enseguida de Qurtuba.

—Abriré la puerta —dijo ella—, creo que será lo mejor, ¿no? ¿O sigues con ganas de saltar por la ventana?

—¿No vienes conmigo?

—¿Qué quieres? ¿Que me haga fugitiva de la justicia? Prefiero ser esclava.

—Tú lo has dicho. Solo hay dos salidas en esta vida: o saltas por la ventana o aceptas ser un esclavo. En esto no hay medias tintas: o una cosa o la otra.

Volvieron a retumbar los golpes en la puerta.

—¡Señor, estos hombres empiezan a estar muy enfadados! ¡Abrid, es lo mejor!

Abul Anbas se dirigió a la ventana.

—Maldita sea.

—¿Qué pasa?

Ahora había un hombre armado, tan corpulento como un oso, esperando frente a la puerta de la taberna, vigilando quién entraba y quién salía de ella, así que se volvió y dijo:

—¡Tú ganas, maldito; ahora abro!

Zalika, que ya estaba completamente vestida, le dijo, suplicándole:

—Por favor, a mí no me metas en tus líos. Por favor...

Al fin Abul Anbas abrió la puerta e irrumpió un hombre armado. Era uno de los guardias de Ibn Umar, el que respondía al nombre de Chacal.

—¿Es este? —preguntó el guardia al tabernero.

—Sí.

Se acercó a Abul Anbas y lo olisqueó.

Abul Anbas, aterrado, no movió ni una pestaña.

—Hueles a ladrón. ¿Por qué?

Abul Anbas no respondió.

—¿Cómo te llamas?

—Abul Anbas.

—Abul Anbas... Contesta: ¿es tuyo el carromato que hay en el pajar de este hombre?

—Sí.

—¿Y qué hay en ese carromato?

—Libros.

—¿Y esta? —dijo, refiriéndose a Zalika—. ¿Quién es esta?

—No conozco a este hombre —se apresuró a contestar Zalika.

—¿Cómo que no lo conoces?

—No lo había visto en mi vida...

—Ah, ¿no? —le contestó Chacal con sorna.

—Hasta el día de hoy, quiero decir. Yo he cumplido sobradamente y él ha cumplido también con lo convenido, y ningún lazo nos ata ya. ¿No es así? —dijo la muchacha, ahora mirando a Abul Anbas, como implorándole.

—Es cierto lo que dice —confirmó Abul Anbas.

—¿Puedo marcharme, señor?

—¿Qué era lo convenido? —preguntó Chacal con insana curiosidad.

—Dos dinares —dijo Zalika—. Y me ha pagado de sobra.

—¿Tanto vales, mujer? —se admiró.

—Vale mucho más que eso —se atrevió a decir Abul Anbas—. ¿A quién andáis buscando?

—A ti.

—¿Quién os manda?

—Aquí las preguntas las hago yo. Coge tus cosas y ven conmigo.

—¿Y si no quiero?

Chacal le miró con unos ojos absolutamente inexpresivos.

—De acuerdo, me has convencido: ¿adónde vamos?

—Me vas a acompañar a un sitio.

—¿Qué sitio?

—Un sitio especial.

—¿La mazmorra? —preguntó Abul Anbas.

—Algo parecido.

—Lo único parecido a una mazmorra es una mazmorra. Yo, lo juro por el Altísimo, yo no he hecho nada que se me pueda reprochar. Solo he ejercido mi oficio de mercader de libros. A mí un rayo casi me achicharra después de acabar con la vida de mi mejor amigo, ¿y ahora esto? Por lo más sagrado: no merezco que tantos infortunios seguidos se ciernan sobre mí. Yo soy un buen musulmán. Creedme.

—No soy yo quien tiene que creer.

—¿De qué se me acusa, si puede saberse?

—Que yo sepa, de nada.

—¿Entonces?

—Ya se te dará la oportunidad de explicarte.

—¿Quién os manda? ¿Ibn Umar? ¿Acaso el cadí Ibn Umar?

—Tú sabes más de lo que dices saber, ¿no?

Ahora Abul Anbas se quedó en silencio.

—Vamos, señor, no abuséis más de su paciencia —dijo el tabernero—. Ya tendréis tiempo de ofrecer las explicaciones necesarias.

—Sí, en la mazmorra —dijo Abul Anbas.

—Venga, nos vamos. Una última cosa: esto va por ti, tabernero, y también por ti, mujer. No hablaréis a nadie de esta detención, ¿de acuerdo?

Zalika y el tabernero asintieron con firmeza.

—Si tus clientes te preguntan, diles que hemos venido a cobrarte unos impuestos atrasados o cualquier otra cosa que se te ocurra. Pero no digas que hemos detenido a nadie. ¿Queda claro?

El tabernero volvió a asentir.

—Entonces, ¿es que estoy detenido? —preguntó Abul Anbas.

A Zalika le entró un ataque de risa.

—¿Tú de qué te ríes? —le preguntó Chacal.

—De nada —dijo, poniéndose serio de repente.

—Pues mantén la boca cerrada, o te aseguro que llorarás sangre, desgraciada.

—Lo he comprendido perfectamente, señor. Ahora me marcharé y no volveréis a verme ni a saber nada de mí.

—Espera —dijo Abul Anbas.

—¿Qué pasa?

—Mujer —le dijo—, quizá esta haya sido la última noche que paso en este mundo, así que... ¡gracias, que Alá el Altísimo te premie! De mi parte puedes decirle, cuando te toque presentarte ante Él, que endulzaste las últimas horas de un buen musulmán.

—Así se lo diré, descuida —dijo Zalika antes de marcharse.

Chacal no hizo nada por impedírselo; el tabernero, aprovechando la situación, hizo asimismo ademán de largarse.

—¿Adónde vas tú? —le dijo Chacal.

—No sé, pensaba que...

—Pues no pienses tanto, que eso no es bueno. ¿Dónde está tu pajar?

—En el otro lado de la calle.

—Y ahí está el carromato de este hombre, ¿no es verdad?

—Sí.

—Bien, pues nos lo llevamos.

Luego se asomó a la ventana e hizo un gesto a Oso para indicarle que todo estaba en orden.

—Ahora sí. Ya puedes bajar.

El tabernero asintió, hizo una especie de reverencia ridícula y se marchó de la habitación.

—No voy a maniatarte —le dijo Chacal a Abul Anbas cuando se quedaron solos—. Es mejor así.

—Sin duda.

—Pero no por ello creas que puedes jugármela. La paliza que te pegaré si se te ocurre cualquier artimaña no la olvidarás en la vida. Querrás no haber nacido.

—Estoy seguro de que cumplirás tu palabra a la perfección. Así que... ¿Ibn Umar, eh? No he hecho nada malo, y se lo repetiré a quien haya que repetírselo. Delante del Altísimo si es necesario.

—Andando, o voy a empezar a enojarme. Ya te he sufrido demasiado. Llevábamos más de seis horas buscándote.

—Lamento mucho haberos dado tanto trabajo. En mi ánimo, como podéis ver, no ha estado ocultarme de la justicia. Soy todo vuestro —se resignó al fin.

—Arreando.

Chacal, para no levantar sospechas de ningún tipo, dejó que Abul Anbas

caminara delante de él a una cierta distancia, de forma que nadie pudiera pensar que había sido arrestado. Aun así no tenía escapatoria posible. Oso, arrastrando el carronato por las varas, caminaba cuatro o cinco metros delante de él, y Chacal, detrás, no le quitaba el ojo de encima.

No se demoraron ni veinte minutos en llegar a las murallas del alcázar, caminaban ligeros entre las serpenteantes callejuelas de Qurtuba, y en los brazos de Oso el carronato de Abul Anbas se diría ligero como una pluma. Rodearon la fortaleza hasta detenerse en una de las puertas principales, cerrada a cal y canto. Oso dejó el carronato en el suelo y golpeó la puerta con el puño, haciéndola temblar. En su interior se escuchó el rugido de una fiera.

—Por Alá —dijo Abul Anbas—, ¿qué tenéis ahí? ¿Un ogro?

—Leones —le contestó Chacal.

—¿Leones?

—Sí, leones, y siempre tienen hambre.

—Ay, ay...

Abul Anbas temblaba de miedo y maldecía la hospitalidad de Qurtuba.

Un guardia abrió una mirilla, reconoció a los dos fieros hombres del cadí y les franqueó el paso. Chacal le preguntó si Ibn Umar había abandonado la fortaleza.

—Por aquí, desde luego, no le he visto salir —contestó el guardia, que tras echar un rápido vistazo a un lado y otro de la calle se apresuró a cerrar la puerta.

Cruzaron jardines y fuentes —se escuchaba el rumor del agua; se escuchaba también a los leones— hasta llegar a una torre, donde otros dos soldados, soñolientos, hacían guardia. Les encomendaron la custodia del carronato y condujeron al pobre Abul Anbas por una estrecha escalera flanqueada por lámparas de aceite que multiplicaban las sombras a su paso.

—¿Adónde me lleváis? —volvió a temblar la voz de Abul Anbas, que se sentía tan desdichado como si descendiera al mismo infierno.

Pero ni Oso ni Chacal se molestaron en contestarle.

Lo cierto es que, muy poco después, era entregado en manos del carcelero, un esclavo del Sudán lleno de tatuajes, argollas y feo como un susto. Tenía zarcillos de arandelas de oro que le atravesaban los lóbulos infectados, por

los que de vez en cuando supuraba un pus amarillo.

—¿Y este? ¿Cuál es su delito?

—¿Delito? —dijo Abul Anbas—. Yo no he...

—Tú a callar —dijo el carcelero—. ¿Dónde lo planto? ¿Con los asesinos, con los ladrones o con los herejes?

—Oh, por favor, no... —empezó a decir Abul Anbas.

—Cállate ya.

—¿Hay alguna mazmorra libre? —preguntó Chacal.

—No.

—Pues entonces... ponlo donde los herejes —dedujo Chacal—. A fin de cuentas, parece cosa de libros.

—Ah, otro listillo, ¿no?

—Sí.

El carcelero, Oso y Chacal se le quedaron mirando; Abul Anbas estaba muerto de miedo.

—Admito mi culpa —se apresuró a decir ahora Abul Anbas.

Oso y Chacal se miraron.

—Pero debéis comprender mis razones —añadió.

—¿Cuáles son tus razones?

—Paso muchas fatigas. Hoy aquí, mañana allá. Sin descanso. Pero jamás debí vender ese libro. El caso es que... La noche anterior, oh, la noche anterior... La culpa fue del rayo.

—Así que un rayo, ¿eh?

—Casi acaba conmigo. Nunca había visto una tormenta como esa. Surgió de la nada. Momentos antes el cielo estaba plagado de estrellas. Pero, de pronto, una neblina espesa y blanca cubrió la Tierra como un manto y entonces... Ay... Yo había encendido un fuego. Me refugié detrás de una roca, me quedé dormido al instante y cuando abrí los ojos... ¿Sabéis para qué los abrí? Para ver a mi mejor amigo...

—¿De qué estás hablando ahora? —le preguntó Chacal.

—Oh... —dijo Abul Anbas gimoteando mientras revivía los trágicos sucesos de aquella noche—. ¿Queréis creerme? Se le derritieron los ojos... Lo envolvieron las llamas... Las entrañas se le carbonizaron. Todo en un instante, y su carne se echó a perder; ni siquiera pude aprovecharla.

—¿Cómo aprovecharla? ¿Es que pensabas comerte a tu amigo?

—Claro. Cuando hay hambre...

Chacal y Oso se miraron sin saber qué pensar.

—¿Me entendéis ahora? Por Alá, que todo lo conoce, ¿cómo iba un pobre diablo como yo a resistirse a aceptar mil dinares? Comprendo que el gran cadí se haya sentido engañado por mis artes persuasorias de mercader. Decidle que no tengo inconveniente alguno en deshacer el trato. Decidle que yo también me vi engañado. Decidle que...

—Se lo diremos, descuida —le interrumpió Chacal, impacientándose—. Y tú —agregó, volviéndose al carcelero—, trátalo bien.

—Claro, a cuerpo de rey; faltaría más —le contestó—. Venga, arreando —le dijo ahora a Abul Anbas, dándole un empujón para señalarle el camino. Le condujo por una galería de pasillos húmedos y oscuros, propinándole alguna que otra patada en el culo—. Aligera. Te garantizo que aquí no te vas a aburrir.

Llegaron a una puerta de madera de escasa altura que estaba atrancada con un madero recio y grueso.

—Aquí estarás divinamente —le dijo—. Es muy simpático.

—¿Quién? —preguntó Abul Anbas.

Por toda contestación, el carcelero quitó el travesaño y pegó un puntapié a la puerta.

—Ponte cómodo, estás en tu casa, y veremos si algún día sales de ella.

El lugar parecía una cueva, o tal vez un osario o un abismo; era imposible determinar su profundidad.

—¿Aquí me vais a meter? —preguntó Abul Anbas, que se diría que no se atrevía a dar un paso más—. Yo soy de espacios abiertos, yo no soy un ratón, yo soy...

Pero el carcelero le cogió del pescuezo, le obligó a inclinarse y lo empujó con fuerza al interior de la mazmorra: se lo tragó la oscuridad.

—¿Quién eres? —le preguntó el carcelero—. ¿Ahora quién dices que eres?

—Ya no lo sé.

—Ahora eres nadie; vete acostumbrando a ello.

Luego volvió a atrancar la puerta con el madero y se marchó silbando.

La oscuridad era absoluta. Abul Anbas no sabía cómo moverse ni dónde moverse. Gateó reconociendo el terreno. La humedad del lugar formaba pequeños charcos de lodo aquí y allá, y el techo era tan bajo que no le permitía erguirse. En un rincón encontró una especie de roca que sobresalía del suelo y que, al palparla, se sentía más o menos seca. Allí se sentó Abul Anbas a esperar acontecimientos.

«Hoy rico, mañana pobre», se dijo. «Anoche durmiendo en un cálido cobertizo y hoy no sé dónde ponerme con tanto charco y tanta mugre. Y yo, ingenuo de mí, ufanándome de haber vendido un libro por mil dinares. ¡Qurtuba, la madre de todas las ciudades, aquella que es tan hermosa que a sus habitantes les hace preferir la indolencia al ejercicio de la guerra! ¡Qurtuba, joya brillante del mundo! ¡Ya veo, ya!».

—¡Eh! —dijo de pronto, sobresaltándose, al escuchar una tos que acabó en arcada y luego en vómito—. ¿Quién anda ahí?

—Un mártir —se escuchó.

—¿Estás tú solo? ¿O hay más de un desdichado?

—Estoy con Dios —dijo.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Ya perdí la cuenta de los días. Pero no importa, hermano. Cuanto más largo sea nuestro cautiverio, más nos haremos merecedores de la gloria eterna.

—¿Es que crees que nos sacarán pronto?

—¡Ja! ¡Eso espero! Tal vez si gritamos lo suficiente, ¿no?

—¿Cómo dices?

Y dicho y hecho, aquel desventurado, sacando fuerzas de no se sabe dónde, empezó a dar alaridos no siempre inteligibles:

—¡Gusanos omeyas, aquí estamos, nada pueden vuestro falso profeta y vuestro falso Dios contra nosotros! ¡Los soldados de Cristo somos el hazmerreír del mundo, sí, pero en las alturas somos la alegría de los ángeles! ¡Aquí os esperamos, bastardos! ¡No tenemos miedo! ¿Me oís? ¡No tenemos miedo!

¿Qué estaba haciendo? ¿Es que quería que lo mataran o qué?

Por fin se calmó y dijo:

—¿Lo ves? No vienen.

—¿Quién no viene?

—Nadie.

Se puso a toser otra vez como un demonio y luego escupió un gargajo.

—¿Te encuentras bien?

—¿Tú qué crees? —dijo, como riéndose—. ¿Pero a mí qué me importa? Pronto estarán todos en el infierno.

—¿Quiénes?

—Los omeyas y los perros musulmanes.

Volvió a toser.

—Yo diría, amigo, que eso que tienes es una pulmonía de campeonato.

—Recemos por nuestros pecados —propuso.

—De acuerdo —dijo Abul Anbas—. Dadas las circunstancias, me parece una cosa muy sensata.

El cristiano se puso a rezar latinajos, pero Abul Anbas no entendió una sola palabra de las que decía. Cuando terminó, dijo: «Amén», a lo que Abul Anbas le replicó de la misma forma.

—Entonces, ¿tú también eres cristiano? —le preguntó—. ¿Lo eres?

—Sí —repuso, pues, por alguna extraña razón, a Abul Anbas le pareció en esos momentos la contestación adecuada.

—«Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá, porque todo el que pide recibe, y el que busca halla; y al que llama se le abrirá».

—Qué hermoso —no pudo por menos de decir Abul Anbas cuando el mártir hubo terminado su retahíla.

—Sí, muy hermoso. ¿Cómo quieres que sea? Es la palabra del Señor.

—¿Por qué te han detenido? —le preguntó.

—¿Por qué va a ser? Por insultar a ese falso profeta Mahoma y a todos sus seguidores.

—¿Y por qué los insultas?

—Para enojarlos.

Los cristianos eran un pueblo al que Dios había concedido el amor al desorden y la violencia, y un espíritu anárquico y tozudo, pensó Abul Anbas.

—Muy buena razón —le dijo, siguiéndole la corriente.

—Cuanto más hayamos sufrido aquí abajo por Dios, más felices seremos arriba, con Dios. Cuanto más nos mantengamos en el sufrimiento por Dios, aquí abajo, alejados de todo consuelo, más estaremos arriba en el gozo eterno,

alejados del sufrimiento. ¿Lo comprendes?

—Creo que sí —dijo Abul Anbas.

—¡Aleluya —gritó de pronto—, el fin del mundo está muy cerca!

Abul Anbas, que se temió que el cristiano empezara de nuevo a dar gritos a diestro y siniestro, con la mala fortuna de que el carcelero se sintiera tentado a hacerles una visita de cortesía, se apresuró a preguntarle:

—Ah, ¿sí? ¿Cómo de cerca?

—¿Cómo?

—El fin del mundo —dijo—. ¿Cómo de cerca está?

—Tan cerca como yo lo estoy ahora de ti. La que se va a armar va a ser buena —rio—. Aquí no se va a librar nadie, y mucho menos esos perros de los omeyas.

—Intentaré dormir un poco —dijo Abul Anbas. Pero su compañero de mazmorra no parecía dispuesto a respetar el cansancio ajeno.

Su nombre era Aurelio Anastasio, y la dimensión de su problema era difícil de comprender para Abul Anbas: algunos meses antes, había salido a la plaza para combatir las falsas creencias, y también se había plantado en mitad de la mezquita e invocado la palabra de Jesucristo. Los infieles le habían pedido que se fuera a su casa, pero él se había mostrado obstinado. ¿Y todo por qué? Era difícil de comprender para Abul Anbas. En cualquier caso, según le contó, por esa causa le habían llevado ante Ibn Umar. Pero él, Aurelio Anastasio, en vez de retractarse, había redoblado las injurias y herejías de todo tipo. Aunque el cadí le había pedido que se calmara, y le había anunciado que no tenía pretensión de tomar represalias ni de infligirle castigo alguno —siempre y cuando se comprometiera a no repetir las provocaciones—, la determinación de Aurelio Anastasio, su vocación de mártir, era irreductible.

Finalmente, muy a su pesar, Ibn Umar decidió ordenar su arresto y confinación en la mazmorra por tiempo indeterminado.

Volvió a interrogarlo al cabo de unos pocos días, pero ya que se obstinaba en degradar la fe del islam, Ibn Umar pidió que lo llevaran a la mazmorra de nuevo y que le cortasen una mano con la esperanza de que, tras el castigo, depusiera su actitud y reflexionara un poco más sobre sus palabras. Pero no fue así, por lo que el cadí se vio obligado a ordenar una nueva amputación y otro periodo indeterminado en el calabozo.

A pesar de ello, el valiente Aurelio Anastasio no se rendía; seguía

dispuesto a morir por Jesucristo.

Sería mártir, sería santo, su fe haría milagros.

El atrevimiento del cristiano era muy poco sensato, pensó Abul Anbas; lo que era un verdadero milagro es que aún conservara la cabeza sobre los hombros.

—¿Sabes cuál es el colmo de su confusión? ¡Dicen que Jesús es uno de sus profetas! ¿No te sientes espantado? ¿Qué quieren? ¿Ser mahometanos y cristianos al mismo tiempo? No, eso no es posible. ¡Que se condenen todos en la hoguera del infierno! Pero antes, ¿sabes?, antes conseguiré sacarles de sus casillas y les obligaré a quemarme, y cuando mi cuerpo esté ardiendo yo cantaré: ¡Aleluya, aleluya, porque Dios está conmigo y ha abandonado todas las almas corrompidas por Mahoma! ¡Ja, yo reiré en mi muerte final, yo moriré para sacarles de su error, moriré con una sonrisa, pronunciando el nombre de Jesús, invocando su nombre y el de Yahvé, el Espíritu Santo, su corte de ángeles! ¡Será tan maravilloso que nadie podrá permanecer ajeno a tanta gloria!

Abul Anbas tomó la determinación de permanecer en silencio y no volver a alimentar sus delirios con nuevas preguntas.

Hacía frío y la humedad le calaba los huesos; Abul Anbas acabó tiritando como un demonio.

A media noche el cristiano se acercó a él y le dijo:

—¿Quieres una manta, hermano?

—¿Y tú?

—A mí me abraza Cristo —dijo—. No tengo frío, porque mi corazón lo calienta el Salvador.

—Gracias —le contestó Abul Anbas tomando la manta con ansia y envolviéndose en ella.

Se dio media vuelta y se quedó traspuesto, navegando entre la vigilia y el sueño, escuchando en su duermevela las imprecaciones y los aleluyas del valiente cristiano.

En el llamado Museo de Alejandría y en su Biblioteca se conservan más de 400.000 rollos de papiro. Su vocación es la de almacenar todos los rastros de lo escrito. Sabios de distintos países se instalan en Alejandría: Euclides y Arquímedes son solo dos de sus huéspedes... Por primera vez en la historia se presenta el problema de la desmesura: ni siquiera una vida entera sería suficiente para leer una pequeñísima parte de todos los volúmenes que existen. En cualquier caso, gracias a su Biblioteca Alejandría se convierte en la capital intelectual del mundo griego, desplazando incluso a Atenas. Nacen los simposios, ágapes donde se discuten e intercambian ideas, y con ellos los insufribles pedantes. Ya el poeta Calímaco compara el Museo de Alejandría con una jaula de grillos, y tilda a sus huéspedes de vanidosos, envidiosos y garrapateadores de papiros. Calímaco, que prefiere con mucho las obras breves, deja dicho que un libro grande es un gran mal, aunque el mismo Calímaco no se muestra demasiado comedido cuando lo que toca es adular al rey Ptolomeo II, al que compara con Zeus y Apolo, pues los calígrafos y escribas siempre se ponen al servicio del poder. No obstante, la principal aportación de Calímaco no es un poema ni un himno, sino la ordenación alfabética de los libros, un sistema que luego se propaga y extiende por todas las bibliotecas del mundo, empezando por las del islam.

La lectura de los papiros se hace en voz alta, paseando por los pórticos o sentado en los bancos del jardín. La lectura ensimismada y solitaria es por aquel entonces algo inconcebible. Los rollos se guardan en pequeñas habitaciones, resguardándolos de la humedad y ordenándolos en estanterías, jarras y cestos.

En Alejandría el amor por los rollos de papiro es tal que se impone la costumbre de embargarlos. Apenas llega un barco al puerto, se registra minuciosamente y se confisca cualquier rollo de papiro que se encuentre. Entonces los funcionarios lo llevan a la Biblioteca, los copistas lo copian y, posteriormente, es devuelto a su legítimo dueño. También surgen los falsificadores de rollos, que se cuidan de envejecer y vender textos contemporáneos como si fueran antiguos.

La Biblioteca de Alejandría, activa durante ocho siglos, acaba envuelta en llamas. Todo se pierde.

¿Por qué quemar una biblioteca? Hay muchas y buenas razones, pero todas apuntan a una misma motivación: perfeccionar el mundo. Quemar libros es un acto de higiene, es intentar borrar el pasado imperfecto y corrupto para hacer que nazca el futuro.

«Si los libros contienen la misma doctrina del Corán, son superfluos; si los libros no están de acuerdo con el Corán, son falsos y tampoco merece la pena conservarlos», se justifica el califa Omar.

Y así acaba la cuarta mutación del virus.

6

UN ESCORPIÓN EN LA CABEZA

Ibn Umar alzó la mirada del Libro y se encomendó al Altísimo y, en efecto, como si Él hubiera estado atento a sus pensamientos, escuchó que llamaban a la puerta.

—Excelentísimo cadí...

—¡Excelentííísimos cadí! ¡Excelentííísimos cadí! —replicó el papagayo.

El cadí se levantó y abrió la puerta: era uno de sus guardias personales, a quien acompañaban Oso y Chacal. Les hizo pasar y luego dio permiso al guardia para retirarse.

—Ya está en la mazmorra —le informó Chacal—. No ha opuesto resistencia, y en el registro encontramos esto —añadió, mostrando una bolsa de cuero y tendiéndosela a Ibn Umar—. Para ser un pobre mercader, iba bien cargado.

Ibn Umar asentía con aire ausente, y Chacal se apresuró a contarle algunos de los pormenores de la detención. Mencionó que se encontraba acompañado por una mujer, una prostituta egipcia, y también que, por algún motivo, el detenido había adivinado que era Ibn Umar quien le buscaba.

—Ya.

También le transmitió el mensaje de Abul Anbas: confesaba la culpa del engaño, aunque se excusaba diciendo que él a su vez había sido engañado.

—Ya.

Chacal aseguraba que, en cualquier caso, sus palabras eran confusas. Tal vez el miedo que sentía le hacía delirar. Confesaba también haber tenido intención de comerse a su mejor amigo.

—Ya —replicó de nuevo Ibn Umar, como si nada de ello le sorprendiera demasiado.

—Un caníbal, un demonio —concluyó Chacal.

Poco después Oso y Chacal se dirigían hasta el patio donde dos guardias custodiaban el viejo carronato.

—Quitad la lona —ordenó Chacal, y al hacerlo descubrieron la carga: libros. Habría unos doscientos o doscientos cincuenta de ellos.

La orden de Ibn Umar era que los subieran todos a su despacho.

—No solo los libros —les había dicho Ibn Umar—: cualquier otra cosa que encontréis.

Abul Anbas sintió el aliento de Aurelio Anastasio en la cara.

—¿Qué quieres?

—Viene alguien —le susurró.

—¿Cómo que viene alguien?

—Mira, se escuchan las pisadas.

Pero Abul Anbas no oía nada.

—¡Sí, son ellos! —le dijo casi con alegría.

—¿Quiénes?

—¡Los gusanos infieles! Parecen un grupo numeroso. Vienen muy confiados, ¿verdad? Vamos a liarla parda, ¿quieres? Les daremos una lección que no olvidarán en mucho tiempo.

«Qué hombre tan raro», pensó Abul Anbas: estaba más decidido a morir que a vivir. Cifraba toda su salvación en el sufrimiento. Los cristianos, decididamente, eran un movimiento sin futuro alguno.

—Hazme un favor, hermano.

—¿Cuál?

—Si sobrevives, da testimonio de lo que vieron tus ojos y escucharon tus oídos.

—Descuida —dijo Abul Anbas—. Eso haré.

Se abrió la puerta de la mazmorra y entró al fin un poco de claridad que, aunque débil, a Abul Anbas le pareció tan hermosa y resplandeciente como la Vía Láctea.

—Aquí es —pronunció la voz del carcelero.

Se asomó una cara.

—¿Estáis ahí? —dijo.

Ni Abul Anbas ni el cristiano se dignaron a contestarle.

En efecto, era el carcelero, que acucillándose entró con una antorcha, y luego lo hizo Ibn Umar y, a continuación, Oso y Chacal.

A la luz de la antorcha Abul Anbas pudo distinguir la dimensión de la mazmorra, y también mirar al mártir cristiano por primera vez. Los pelos, largos y estropajosos, le caían sobre la cara y, en vez de manos, tenía dos muñones llenos de llagas y pústulas. Casi no parecía un hombre; a Abul Anbas se le llenó de lágrimas su único ojo.

—El demonio nos tienta y nos atormenta, pero el Eterno, el Divino Amado, el Cristo Jesús secretamente nos salva —dijo el cristiano.

—Ya —contestó Ibn Umar.

—Con su permiso, lo haré callar —dijo el carcelero.

—La verdad solo hay que verla una vez; es todo lo que se necesita. ¿Por qué te resistes, falso juez de la falsa ley? —dijo, desafiante, Aurelio Anastasio.

Chacal, que llevaba una especie de palo, fue quien tomó la iniciativa: le dio un golpe que lo tiró al suelo.

El cristiano se levantó y, sin mostrar enojo ni dolor algunos, les dijo:

—Entiendo que mis palabras os enfurezcan. Sin duda es por la cantidad de pecados que lleváis con vosotros, de los que derivan la fe idólatra que llena vuestros corrompidos corazones. Nada tenéis, excepto unas pocas mentiras trezadas con astucia perversa.

Y se quedó esperando, con una sonrisa desafiante en los labios.

—¿Qué hago con él? —dijo Chacal, casi sonriendo—. ¿Lo mato de una vez?

—¡Sí! —dijo Aurelio Anastasio.

—No; llévatelo a otra mazmorra, así está escrito —dijo el cadí Ibn Umar con resignación.

—Me arma jaleo —objetó el carcelero—. Se pelea con todos. Los enfurece con sus blasfemias y acaban pegándole. Creo que de eso ya tiene una costilla rota. ¿No veis cómo respira?

—Ya —dijo Ibn Umar.

—¿Por qué haces esto? —le dijo el carcelero—. ¿Por qué quieres ser castigado? ¿Tan poco estimas tu vida?

—Para alcanzar la visión eterna.

—Perdonadle —se atrevió a decir Abul Anbas—. Como podéis ver, no está en sus cabales.

—Mira quién fue a hablar —contestó Chacal.

—¡Cobarde! —le dijo Aurelio Anastasio a Abul Anbas—. ¿No te llamabas cristiano hace un instante?

Abul Anbas, atemorizado, negó.

—¿Antes rezabas conmigo y ahora reniegas y te acobardas?

Volvió a negar Abul Anbas con mayor firmeza, y luego razonó de esta manera:

—No puede ser que el dios al que dices amar y que tanto te ama desee que pases por estas experiencias terribles.

—No es un dios, es el Dios: Yahvé, el Único, pero que se manifiesta como Padre, como Hijo y como Espíritu Santo. ¿No comprendes que ellos nada pueden contra nosotros, los soldados de Cristo? —le dijo ahora, como apiadándose de su alma.

Abul Anbas negó una tercera vez, temiéndose ya lo peor. Sin embargo, por fortuna, nadie pareció conceder la más mínima importancia a las acusaciones que Aurelio Anastasio había vertido contra él.

—No os tengo miedo, gusanos infieles —añadió el cristiano—. ¿Creéis que vuestro poder puede algo contra Su poder? ¡Yo soy el perro que ladra por Él en contra del lobo rabioso! ¡Yo soy distinto a los perros mudos que no pueden ladrar, a los cristianos que no gritan su fe!

—Basta de sandeces. Llévalo a otra mazmorra —le pidió Ibn Umar al carcelero—, y que le cunda la paliza que han de darle.

El carcelero se plantó ante el cristiano y, sin mediar palabra, le dio tal sopetón que lo tiró al suelo y lo dejó medio inconsciente. Luego lo cogió de una pierna y se lo llevó arrastrando por el suelo hasta sacarlo de allí como si fuera un saco de piedras. Su cabeza rebotaba en el suelo como una canica.

Abul Anbas estaba muy asombrado de lo que veía. ¿Cómo podían tratar así a las personas, por muy graves que fueran sus delitos? Claro que, también es verdad, no era otra cosa lo que parecía andar buscando el mártir cristiano.

El calor de la antorcha y la mirada de Ibn Umar, en la que le pareció descubrir un destello de compasión, reconfortaron a Abul Anbas y le llenaron de esperanza. Sin embargo, el cadí miró a sus hombres de reojo y dijo:

—No te puedes imaginar la de perrerías que estos dos son capaces de poner en práctica. Si decido dejarte en sus manos, te aseguro que desearás no haber nacido jamás. Su inventiva es algo sobrenatural. No hay lengua que se resista a la persuasión de su arte. ¿Sabes a qué me refiero?

Oso y Chacal asintieron, como para ratificar que en las palabras del cadí no había rastro alguno de exageración y que sus apodos les hacían justicia. Su prestigio en ese campo era enorme. De hecho, eran muy conocidos en toda Qurtuba. La compasión era algo que nunca habían experimentado. Algunos hombres que habían tenido la desdicha de caer en sus manos se pasaban la vida teniendo las más terribles pesadillas con ellos y, si por un casual se los volvían a encontrar, no se atrevían ni a mirarlos, entraban en un estado de agarrotamiento y pánico, como presas indefensas, o se ponían a vomitar como posesos.

—Sí, y os aseguro, oh, gran cadí, que no daré ocasión a estos hombres de perfeccionar las habilidades mencionadas, que, por muy instructivas que sean, que seguro que lo son y mucho, prefiero conocerlas solo de oídas. Seguramente mi naturaleza es muy obtusa, y seguramente por eso no me siento capaz de discernir las razones por las que he sido detenido y qué es lo que se espera de mí. Por lo demás, y siempre que me sea posible, haré lo que esté en mi mano por disipar todas las inquietudes de este caso extraordinario. Si uno se preocupa de loar a...

—¿De dónde ha salido? —le interrumpió Ibn Umar.

Abul Anbas no estaba seguro de lo que debía responder, porque no estaba seguro de lo que le estaban preguntando.

—El libro que te compré esta mañana, ¿dónde lo mercaste? ¿Qué sabes de él?

—¡Pero por Alá, el Altísimo! ¿Qué tiene ese libro que tanto escándalo y preocupaciones anda provocando? ¿Qué son? ¿Herejías? ¿Insultos a nuestro Profeta?

—No, algo peor.

—¿Qué puede haber peor que eso? Yo juro y rejuro que nadie ofende a Alá sin recibir el castigo que merece. Vos sabréis si la intención fue buena o

perversa. Buscad a su autor y perseguidle hasta los últimos confines del mundo. En cuanto a mí, gran señor, os juro que yo no soy nadie. Dejadme marchar, por el amor de Alá, que no sé si una estancia prolongada en un sitio como este acabará matándome. Yo, como Magnífico, soy de espacios abiertos, yo...

—Entonces —le dijo Ibn Umar—, sostienes que no sabes nada.

—¿Qué es lo que tengo que saber?

—Tu inocencia me resulta altamente sospechosa; me pregunto si eres un ángel o un demonio.

—Solo soy Abul Anbas, mercader de libros. El más humilde de todos ellos, y lo único a lo que aspiro es a ganarme el sustento honestamente y sin hacer daño a nadie, sobre todo sin hacer daño a nadie, y a dar gracias a Alá por cada nuevo día que me concede.

—Quisiera creerte, pero cada cosa que dices y cada cosa que yo digo redobra mi confusión.

—Acabo de perderme —dijo Abul Anbas—. Ya os he mencionado que mi naturaleza es más bien obtusa. Oh, gran cadí, tomaos el tiempo que requiráis para vuestras pesquisas, pero no dilatéis mi estancia en esta cueva más tiempo del indispensable.

—Yo podría hacerle hablar —dijo Chacal.

—Os lo ruego, yo... Yo no he hecho nada. ¡Lo juro por mi abuela! Perdón, perdón... —imploró y lloró Abul Anbas—. Oh, gran señor... Por favor, gran señor, por favor...

Y un rato estuvo Abul Anbas implorando y gimoteando, tan absorto en sus propios lamentos que ni se dio cuenta de que Ibn Umar hacía una señal a sus hombres para indicarles que abandonaran la mazmorra. Así que, cuando alzó de nuevo la mirada, se encontró con que su única compañía, antorcha en ristre, era la de Ibn Umar, que volvió a interrogarle sin que de ello resultara provecho alguno.

—Has traído la desdicha a mi corazón —acabó diciéndole Ibn Umar—. Ahora sé cosas que preferiría no saber y cosas que es inhumano que un hombre sepa.

Luego también él salió de la mazmorra, atrancó la puerta y volvió a hundir en las tinieblas a Abul Anbas, quien se dijo:

—¡Qurtuba, la hospitalaria!

Poco después Ibn Umar examinaba las pertenencias de Abul Anbas que, a excepción de los libros, no revestían interés alguno: una campana de bronce, una vieja manta, una chilaba, harapos y retazos de tela, unos zapatos viejos, una escudilla y un cuchillo de hoja mellada.

Respecto a los libros, abundaban los tratados de matemáticas, astronomía, geografía y artes médicas; también había muchos libros piadosos (entre ellos algún ejemplar realmente bello del Corán y una colección extraordinaria de los hechos más destacados del Profeta); también la poesía, tanto helénica como romana y árabe, tenía su lugar y, por supuesto, algunos volúmenes de temas variopintos como el amaestramiento de los animales, consejos para las recién casadas, un tratado de espatulomancia y otro de fisiognomía, el arte de componer venenos, las clases distintas de locos que existen o la forma de descubrir a la esposa infiel. En fin, nada muy distinto de lo que uno podía encontrar en la trastienda de cualquier otro mercader de libros.

Lo único extraordinario era, pues, el Libro. Hasta ahora todo se había cumplido palabra por palabra. Hasta ahora había sido incapaz de sustraerse a su poder. Todo había sucedido tal y como estaba escrito.

«Nuestra historia comienza cuando una mujer dibuja en la roca de una gruta la silueta de su mano...», había leído al comienzo del Libro. Pero ¿qué historia? Parecía referirse a la escritura misma, de la que hablaba como si fuera un agente tóxico e infeccioso.

Luego había reconocido —lo cual era cuanto menos sorprendente— a ese vagabundo llamado Abul Anbas, el mercader de libros que había llegado al zoco de Qurtuba el día anterior, y después se encontró con una descripción de la biblioteca de Al-Hakam II y de los hombres y mujeres que trabajaban en ella, en la cual se incluía a la misma Maryam y a su calígrafo Muhammad. El Libro también narraba los infructuosos intentos del mercader para vender su mercancía, su encuentro con un ridículo bibliófilo de nombre Ibn Yarir, y luego...

«Pero no juzguemos a Ibn Umar a la ligera. Era uno de los hombres más influyentes y poderosos de Qurtuba, pues había sido nombrado cadí por el propio califa».

Había seguido leyendo. El Libro hablaba de su biblioteca y de los calígrafos que estaban a su servicio. ¿Cómo podía el calígrafo de ese libro,

fuera quien fuera, manejar tantos detalles?

Las palabras que el cronista ponía en su boca él las había pronunciado, así como le pertenecían las acciones y hasta algunos pensamientos, pero el dibujo que se derivaba de todo ello no terminaba de complacerle. Pero eso, en cierto sentido, era lo de menos. ¿Cómo un libro podía narrar lo que sucedía en el mismo momento en que sucedía? Era cosa del demonio.

Había seguido leyendo.

Y lo siguiente que contaba el Libro era lo que había sucedido hacía apenas unas horas: Ibn Umar disputaba con Maryam, le ganaba la puja, se hacía con el Libro y luego se encerraba en su despacho —el lugar donde estaba en esos momentos— y se entregaba a la lectura. Narraba asimismo la detención de Abul Anbas y el infructuoso interrogatorio al que le había sometido.

El Libro había escrito lo que acababa de suceder.

Y llegaba al extremo de contar lo que estaba sucediendo ahora.

Pero no le bastaba con eso, y se diría dispuesto a adentrarse en el futuro.

Ibn Umar siguió leyendo.

Era curioso —así estaba escrito— observar el poder de ese hombre llamado Ibn Umar. Para todos él era el cadí. Y él se comportaba como cabía esperar de un cadí: era juicioso, flexible y un poco petulante. Nadie podía saber, claro está, que por dentro este hombre temblaba, como tiemblan todos los hombres. Cuando se quedaba solo, en su despacho, se hacía consciente de que ya había rebasado los cincuenta años, de que con suerte viviría un par de decenios más, de que los años pasarían cada vez más deprisa, de que su tiempo de ser hombre lo había prácticamente agotado. Entonces suspiraba por todas las ocasiones perdidas, y suspiraba por un destino que sospechaba incierto, mucho más desde que el Libro había caído en sus manos. Últimamente sentía que Al-Hakam, su señor, le miraba con cierto recelo, y sabía que los califas tenían por costumbre deponer de su cargo, de un día para otro, a los cadíes principales, como para dejar claro quién marcaba el paso y dominaba los destinos ajenos.

Ibn Umar alzó la mirada del Libro y volvió a encomendarse al Altísimo.

«No nos acaecerá más de lo que Alá nos tenga prescrito: Él es nuestro dueño», rezó.

—¡Excelentííísimos cadíes! ¡Excelentííísimos cadíes! —dijo el papagayo.

Ibn Umar siguió leyendo.
«Así continuaba el Libro», leyó.

Abul Anbas, en su celda oscura, esperaba acontecimientos.
Y no podía hacer ninguna otra cosa excepto eso.
Bueno, podía cantar.
Y cantó.
También podía rezar.
Y rezó: «Me refugio en Alá del maldito demonio...».
También podía desesperarse.
Y se desesperó.

Sí, empezó a dar alaridos, a llamar al carcelero. Gritaba que estaba dispuesto a confesar sus crímenes, aunque no tenía la menor idea de qué crímenes podía dar cuenta.

Bueno, ya inventaría algo.

Pero nadie acudió en su auxilio, y estaba claro que a nadie le importaba un comino su posible confesión o su incierto destino. Al comprenderlo y aceptarlo, su desesperación se aplacó. Se hizo el silencio en la mazmorra.

Tenía abierto su único ojo, pero con tamaña tiniebla lo mismo le daba.

Estaba apoyado sobre el muro y sintió que algo le subía por el antebrazo, luego por el hombro, luego por la cara, y siguió subiendo hasta enredarse en su pelo.

Abul Anbas, que ya tenía experiencias similares acumuladas, supo que era un escorpión.

«Se quedó inmóvil, y empezó a respirar profunda y calmadamente», leyó Ibn Umar.

«Espero que no le pique», pensó tras leer esas líneas.

Y siguió leyendo.

«Así continuaba el Libro», leyó Ibn Umar.

Aurelio Anastasio, en cambio, había sido encerrado con dos ladrones de poca monta, y quiso ver en ello un designio de Dios, pues también su propio hijo, el Cristo Jesús, había sido crucificado junto a dos ladrones, circunstancia

que dio alas a su verbo.

—Mahoma —les dijo Aurelio Anastasio— es el falso profeta que anuncian los Evangelios. Mahoma, seducido por ilusiones demoniacas, dedicado a la hechicería sacrílega, ha emponzoñado con su veneno el corazón de numerosos imbéciles, y vosotros sois dos de esos imbéciles: por ello os ha condenado a la perdición eterna.

—¿Y a ti? ¿A qué te ha condenado a ti? ¿O es que estás aquí por gusto?

—¡Malditos discípulos de Satanás! ¡Vosotros sufriréis en el infierno los castigos más abominables!

Y cosas igual de tremendas, si no más, decía el loco de Aurelio Anastasio. ¿Y todo por qué? Era difícil de comprender para los dos ladrones y, sobre todo, sumamente irritante.

«Este libro», pensó Ibn Umar con gran incredulidad, «viaja a todas partes y se interesa por todos los destinos y las conciencias. ¿Por qué habría de creerlo?».

Siguió leyendo.

Así continuaba el Libro.

Ahora los hombres descarnan las pieles de los animales, las pulen con piedras, las lavan y las sumergen en baños de cal. Son los pergaminos, para los que utilizan pieles de vaca, pero también de cabra y oveja. Resultan muy costosos, pues tan solo para transcribir una copia del Corán son necesarias doscientas pieles de oveja. Pero, en cambio, soportan mejor el paso del tiempo que los rollos de papiro, y se puede dibujar signos en ellos por ambas caras. También, en caso de necesidad, se pueden lavar, borrar lo escrito y volver a escribir sobre ellos.

La rivalidad entre los reyes de Pérgamo y los de Alejandría es feroz. Cuando estos últimos prohíben la exportación de papiro para impedir que crezcan las bibliotecas ajenas, en Pérgamo se ven obligados a desarrollar la fabricación de pergaminos. El más lujoso de ellos —la vitela— es el que se manufactura a partir de la piel de los animales recién nacidos o, incluso, de los fetos, para lo cual se vacía el vientre de la madre antes de que el parto suceda.

Poco tiempo después los hombres descubren que es posible coser o engomar los pliegos de pergamino y formar cuadernos. Así, en un espacio muy pequeño se contiene una gran cantidad de escritura, y resultan tan cómodos para viajar como para la lectura, ya que, entre otras ventajas, se pueden sostener con una sola mano. Es el códice: la mayor revolución que ha experimentado la humanidad en los últimos milenios. Ahora los signos pueden ser guardados con facilidad y viajar de un reino a otro. Esa es la quinta mutación que sufre el virus de la escritura.

Un eunuco, de nombre Cai Lun, inventa el papel, o al menos perfecciona y propaga su uso. Hasta ese momento los chinos han escrito sobre láminas de madera, sobre bambú o sobre seda, pero el papel, que fabrican a partir de fibras vegetales, supera a todos esos materiales. Tanto estiman el nuevo invento (a diferencia del papiro, mantiene a raya el moho y los parásitos) que logran que su elaboración sea el secreto mejor guardado del mundo. Durante quinientos años solo ellos escriben en papel.

Hasta que unos prisioneros chinos, sometidos a tortura, revelan el

secreto del papel al califa de Bagdad, y entonces el invento se propaga rápidamente por todo Oriente: Persia, Armenia y Siria se convierten en fabricantes de papel. Ya no hay ciudad ni reino en el mundo que no reclame el nuevo soporte.

La primera fábrica de Occidente se establece en el molino de la Albolafia, en la orilla del Guadalquivir, frente al alcázar de Qurtuba.

7

EL MUNDO EN PELIGRO

Al día siguiente, como todas las mañanas —así estaba escrito—, en la biblioteca del califa Al-Hakam II trabajaban los noventa y seis calígrafos, los cinco encuadernadores, los diecisiete iluminadores, los diez traductores y los tres archiveros. Sin dar descanso a sus ojos ni tregua a sus manos, alisaban los pergaminos y papeles, preparaban las tintas, afilaban los cálamos y copiaban, traducían, clasificaban o ilustraban los libros y pergaminos que Maryam les había encomendado. Cinco bedeles se encargaban de atender al público, que en esas primeras horas de la mañana estaba compuesto por media docena de funcionarios que consultaban edictos y disposiciones legales, otra media docena de estudiantes de las más diversas materias, y dos o tres poetas que se solazaban con su propia escritura.

En la sala principal solo se escuchaba el rumor del agua y el murmullo de las puntas de los cálamos que se deslizaban sobre el papel con agilidad y destreza, produciendo un sonido que evocaba el de unas ratitas, al parecer muy hambrientas, que devorasen mendrugos de pan.

Muhammad ibn Abi Amir, el calígrafo que gozaba de toda la estima de Maryam, copiaba la última adquisición de la biblioteca: *La piel del mundo*.

Su concentración era tal que se diría que nada ni nadie podrían apartarlo de su tarea. Nada ni nadie, excepto Maryam, que entró en la biblioteca y, en vez de dirigirse a su despacho o supervisar la tarea de sus empleados, se quedó absorta mirando los peces de colores a los que había bautizado con nombres de filósofos: este era Platón, aquel Séneca, este otro Anaxágoras... Los peces, con los ojos siempre abiertos, pues carecían de párpados, parecían mirar el mundo con el asombro que requería el ejercicio de la filosofía.

Muhammad levantó la mirada del papel y se dio cuenta de que algo le pasaba. Era extraordinariamente sensible a cualquier cambio de humor de su señora. Dejó el cálamo sobre el platito de cobre, se levantó y caminó hacia ella.

—Señora, ¿os encontráis bien? —le susurró.

Pero Maryam no le contestó.

—¿Dónde estabais? —le preguntó a continuación.

—En el zoco.

—¿Tan temprano?

—Sí, pero no ha habido forma. Ha desaparecido...

—¿Quién?

—Ha desaparecido como un fantasma.

—Sí, pero ¿quién?

—El mercader de libros.

—¿Qué mercader?

—El mercader al que le compré *La piel del mundo*. No, no está. Al parecer ya no está en Qurtuba. Me he recorrido todo el zoco, de arriba abajo, he hablado con todos y cada uno de los mercaderes, del primero al último, y nadie me ha sabido dar razón de su paradero. Dicen que llegó ayer al amanecer y que abandonó Qurtuba con el ocaso. Pero no ha podido ir muy lejos con semejante carga, ¿verdad?

—¿Y por qué lo buscáis? ¿Queréis reclamarle? En mi opinión no hay motivo alguno: el libro es magnífico. Ya he empezado a copiarlo. La caligrafía es hermosa y precisa, y algunos de los datos que aporta, cifrando distancias, nombrando ríos, cordilleras y oasis, son novedosos.

—Poca cosa.

—¿Poca cosa? Yo no lo veo tan mal. Describe con muchos detalles los caminos ilimitados que se extienden hacia Oriente, las mejores y más seguras rutas para los camellos, pero también se adentra en los reinos cristianos del Norte y, lo más sorprendente, señora, da cuenta de unas islas en el mar de las Tinieblas. ¡Buena compra, señora! Y los mapas han sido dibujados con primor y arte. Yo no tendría queja alguna. ¿O es que fue muy caro?

Maryam parecía ajena a las palabras del calígrafo, perdida en sus propios pensamientos.

—No es justo, yo lo vi primero —murmuró.

El joven Muhammad empezó a preocuparse. ¿Qué le pasaba a su señora?

—Venid conmigo —le dijo finalmente a su calígrafo.

Muhammad siguió a Maryam, que rodeó la fuente, salió de la sala de lectura, abrió la puerta de la Habitación de la Historia, donde se afanaban siete calígrafos, abrió una nueva puerta y entró en la Habitación de la Medicina y cruzó más y más estancias, cada una con su propósito específico, hasta llegar a su despacho, tapizado de arriba abajo con alfombras y telas y abarrotado de libros, cuadernos y pliegos de papel.

—Sentaos —le dijo a Muhammad.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Hay algún problema? ¿Os he ofendido o fallado en algo?

—No, no, Muhammad.

Muhammad respiró aliviado, y Maryam se sentó frente a él.

—Ayer, cuando compré el libro que ahora copiáis, tuve ante mí uno de los más extraños libros que jamás han visto mis ojos.

—¿Qué tenía de extraño?

—No lo sé. Bueno, sí, sus tapas.

—¿Qué les pasaba a sus tapas?

—Estaban hechas de...

—¿De qué?

—No lo sé.

Muhammad no acababa de entender a su señora; en realidad ni siquiera Maryam se entendía a sí misma.

—Eran como de mercurio.

—¿De mercurio decís?

—Sí.

—Eso no es posible. El mercurio no...

—Sí, ya lo sé. Entonces no serían de mercurio, pero reflejaban la luz como lo hace la fuente del Salón del Trono.

—Bueno, ¿y qué pasó con ese libro?

—Imagináoslo.

—¿Otra vez Ibn Umar? —adivinó Muhammad.

—Otra vez Ibn Umar. ¡Pagó mil dinares por él!

—¡Mil dinares! ¿De verdad? ¿Se volvió loco?

—No. Tal vez el Libro lo merecía. Eso es lo que ahora me pesa.

—Ningún libro merece mil dinares.

—Ese sí.

—¿Cómo estáis tan segura?

—Lo estoy. Cuando Ibn Umar lo tuvo entre sus manos leyó algo que le hizo codiciarlo más allá de toda medida.

—Pero ¿qué fue lo que leyó?

—No lo sé, pero, sin saber por qué, sé que es importante. Nunca he estado más segura de algo.

—Entonces, ¿por qué no lo comprasteis?

—No me atreví, fui lenta en reaccionar: ¡mil dinares! Y cuando iba a reaccionar ya era demasiado tarde: Ibn Umar ya estaba pagando...

—... los mil dinares —dijo Muhammad incrédulamente.

—Y la lluvia hizo el resto.

—¿Y cuál era su tema? ¿De qué trataba?

—No... no lo sé.

El calígrafo la volvió a mirar con incredulidad. ¿Un libro por el que habían pagado semejante suma y ni siquiera se sabía de qué trataba?

—¿Y por qué no le decís a Ibn Umar que nos lo preste? Trabajando a destajo podríamos copiarlo en unos pocos días. En el caso de que mereciera la pena, claro. Cosa que está por verse...

—¿Es que no conocéis a Ibn Umar? Es un hombre honorable y de probada generosidad, pero cuando se trata de libros se comporta como el más maniático y mezquino de todos los hombres... Ningún libro ha salido jamás de su biblioteca, y ningún libro de su biblioteca ha sido copiado por alguien ajeno a su casa.

—Sí, es cierto —dijo Muhammad—. Excepto en el caso de que...

—¿Qué estáis pensando?

—... de que fuera el mismo califa quien se lo pidiera. Entonces no podría negarse.

—No, no podría —sonrió Maryam, esperanzada—. Pero ¿qué excusa le podríamos dar al califa para que requiese uno de los libros de Ibn Umar?

—¿Requisar? Esa es una palabra demasiado severa. Lo quiere consultar.

Solo eso.

—Sí —convino Maryam.

Ahora solo faltaba encontrar la manera de despertar la curiosidad del califa por el Libro que había comprado Ibn Umar. No se le antojaba a Maryam una tarea imposible... Podría decirle que la última adquisición de Ibn Umar contenía nuevos datos sobre la historia de Al-Ándalus, pues era este un tema que le interesaba particularmente. Claro que, entonces, el califa le preguntaría cuál era el título de ese libro y quién lo había escrito, y no sabría darle una respuesta. Además, Ibn Umar podría entregarle cualquier otro libro, aunque lo disfrazara cubriéndolo con las mismas tapas del original. El éxito de la empresa era incierto, pero...

Miró a Muhammad, que parecía esperar una instrucción de Maryam.

De pronto Maryam tuvo ganas de besarle, pero ¿qué le diría? ¿Aceptaría su beso? Seguramente. Al fin y al cabo era un hombre. Aunque, ¿qué pasaría después? ¿Podrían seguir como si nada hubiera sucedido? Y la gente, probablemente, no tardaría en ponerse a murmurar, pues la murmuración era una de las actividades principales que consumían la vida de palacio. Ella procuraba no atender a los comentarios maliciosos sobre unos y otros, pero resultaba imposible no enterarse, de vez en cuando, de quién andaba haciendo esto o aquello. Bueno, que hablasen, ¡qué le importaba a ella la gente!

Muhammad seguía sonriéndole y aguardando instrucciones. Era una sonrisa apacible y desprovista de toda ansia.

—¿Qué os pasa, señora? —dijo Muhammad—. ¿Qué me miráis?

—Nada —dijo Maryam, azorándose de pronto.

«En el fondo», pensaba Maryam, «es mucho mejor así». La diferencia de edad entre ella y Muhammad era demasiado grande. Difícilmente la relación prosperaría. Además, en cualquier caso, rechazaba la idea de someterse a un hombre, aunque ese hombre fuera Muhammad. Su vida eran los libros. Había entregado su vida a esa biblioteca y pensaba seguir haciéndolo. Y Muhammad, por lo visto, tampoco tenía ningún otro interés. Eran espíritus gemelos. Ángeles custodios de los libros, sus pacíficos soldados.

—Tendremos que manejar el asunto con cautela —le dijo Maryam a Muhammad, levantándose.

A Ibn Umar nunca le había gustado ese Muhammad ibn Abi Amir. Sin

saber por qué, desconfió de él desde el primer día que se lo presentaron en la sala de audiencias. Demasiado solícito, demasiado prudente y también demasiado apuesto. Agradaba a todo el mundo. No, no le había gustado en ese primer momento. Y ahora menos que nunca.

En las líneas que acababa de leer mostraba su verdadera y ladina naturaleza y, sin embargo, ¡hasta del corazón de la misma Maryam parecía haberse apoderado! Maryam, la inalcanzable, la que había rechazado sus pretensiones. Y ahora ese jovencuelo le robaba a Maryam. ¿Le robaba? ¡Si nunca había sido de él! Solo en una ocasión la había tenido en sus brazos, aunque de eso había pasado ya un lustro. Solo una noche. La más hermosa de las noches. Inmediatamente después había venido el mazazo: tras pedir su mano, ella le había dado a entender que nunca se entregaría a hombre alguno, que su vida eran los libros, que no quería ataduras de ninguna clase, que lo que había sucedido no volvería a suceder.

Ibn Umar —¿acaso podía hacer otra cosa?— respetó sus deseos, pero esa noche la llevó clavada desde entonces como un recuerdo que era dulce por momentos y amargo la mayoría de ellos. Y se dijo: «Si no es Maryam, no será ninguna. Si Maryam dice que su vida son los libros, mi vida también serán los libros». Y desde entonces acrecentó su biblioteca a un ritmo tal que parecía querer competir con la del mismísimo califa.

Por tanto, no volvió a importunarla. Aunque en alguna ocasión fantaseó con la idea de pretenderla de nuevo, tenía la certeza de que volvería a ser rechazado y, con su orgullo, que era su principal defecto, se sentiría ridículo. ¡Qué pésima morada era la de los orgullosos!

Y ahora ese Muhammad...

«Un momento», se dijo, «estoy dando por hecho que lo que cuenta este libro es lo que ha de suceder mañana, pero ¿cómo podría ser eso posible?».

Siguió leyendo.

Así continuaba el Libro.

Poco después, en la biblioteca de Al-Hakam II reinaba la calma laboriosidad acostumbrada. Los calígrafos trabajaban a destajo: unos alisando papeles con los huevos de mármol, otros preparando las tintas y otros inmersos ya en la caligrafía de los diferentes manuscritos, como Muhammad ibn Abi Amir, quien seguía recorriendo con sus ojos y manos *La piel del*

mundo. Algunos otros entregaban sus copias recién terminadas a los iluminadores, cuyo trabajo se acumulaba y apenas daban abasto, y otros hombres encuadernaban, otros muchos traducían y unos pocos intentaban poner orden en todo aquello. Era el paciente ejército de Maryam que, encerrada en su despacho, revisaba los cuadernos donde se barajaban distintas y posibles formas de sistematizar los libros del califa.

Toda esa paz se quebró de pronto.

En la biblioteca se acababa de presentar el cadí Ibn Umar, lo que en principio no tenía nada de extraordinario, pero sí lo tenía la forma en la que lo hizo: iba acompañado de cuatro soldados bien armados. Uno de los bedeles se acercó a ellos, hizo una leve genuflexión y dijo:

—Excelentísimo cadí, ¿en qué...?

—Quiero ver a Maryam —le interrumpió—. Inmediatamente.

No hizo falta que el bedel corriera a cumplir la orden de Ibn Umar: Maryam había sentido el revuelo y acudido a la sala principal, en donde toda actividad parecía haberse congelado.

Ibn Umar vio cómo Maryam avanzaba, decidida, hacia él.

—La paz sea con nosotros —le dijo Ibn Umar.

—Y la misericordia de Alá y sus bendiciones —le respondió Maryam—. ¿A qué debo el honor de esta visita?

Ibn Umar no le contestó; se limitó a mirarla fijamente.

—Excelentísimo cadí, ¿qué os trae por aquí? —insistió Maryam.

Nada decía Ibn Umar.

—¿Podéis explicarme esto? —dijo entonces Maryam, refiriéndose a los cuatro soldados que esperaban en la misma puerta.

—¿Podemos sentarnos, Maryam? —sugirió al fin el cadí.

—Antes os rogaría que... Esos soldados... ¿Son necesarios?

—Mucho me temo que sí.

—No estoy dispuesta a...

Ibn Umar no le dejó terminar la frase; se volvió hacia ellos y les dijo:

—Esperad fuera, pero estad atentos. Os llamaré enseguida.

Luego Maryam le condujo hasta uno de los rincones de la sala principal de la biblioteca y le ofreció un asiento.

—Bien, ¿a qué debo esta visita? —insistió.

Ibn Umar, una vez más, se demoró una eternidad en responder.

—No decís nada.

Distaba mucho de ser el comportamiento habitual de Ibn Umar. Sus palabras eran pocas y secas, casi mecánicas, como si las estuviera leyendo en algún sitio. No era el verbo proceloso y rimbombante, por momentos ridículo, al que tenía acostumbrado a todo el mundo.

—Ridículo —farfulló.

Ibn Umar parecía, de pronto, muy lejos de allí.

Por un instante a Maryam le dio la sensación de que Ibn Umar era apenas una sombra y de que en cualquier momento se disolvería en el aire, como en su sueño, sin dejar rastro alguno tras de sí.

«Yo, Ibn Umar, arrastrado por el viento», pensó Ibn Umar recordando el sueño de Maryam.

—¿No decís nada? —insistió Maryam.

Maryam reparó en el bulto que el cadí tenía a su lado y que, por su forma, creyó adivinar que era el codiciado Libro.

—Supongo que si habéis venido a verme no es una mera visita de cortesía.

—No.

—Me consta que sois un hombre muy ocupado.

—Sí.

—¿Estáis ahí? —dijo Maryam.

—Sí, estoy —le contestó el cadí.

—¿Qué os pasa? —le preguntó Maryam, alarmada aun sin saber de qué.

—Esta noche —dijo— he estado a punto de perder el juicio, ¿sabéis? —Y luego añadió en un susurro—: Pero ya lo he recuperado. O eso creo.

Y tras pronunciar esas palabras, se echó a reír con gran escándalo. De hecho, una vez más se congeló la actividad en la biblioteca. Ahora todas las miradas estaban puestas en lo que sucedía en esa esquina donde se sentaban el cadí Ibn Umar y Maryam. Incluso Muhammad dejó su tarea para mirarlos. Y sus ojos se toparon con los de Ibn Umar durante un fugaz instante. Incapaz de sostener la mirada del cadí, volvió a concentrarse en *La piel del mundo*.

—¿Sí? —dijo Maryam—. Decidme, ¿qué os ha pasado?

—Veréis... ¿Y si...? ¿Podríamos ir a un lugar más privado? ¿Podríamos?

—¡Cuánto misterio! —dijo levantándose—. No conocía esa faceta

vuestra...

Llamó a uno de los bedeles, le encargó una tetera y unos dulces, y le dijo que estarían en su despacho.

Abrió el paso Maryam; Ibn Umar la siguió.

Pasaron al lado de Muhammad, y Maryam y su calígrafo cruzaron una mirada llena de entendimiento.

Ibn Umar fue testigo de esa mirada, de esa complicidad.

Podría el cadí, en este instante, haber sacado la daga de su cinto y, sin contemplaciones, rebanar el pescuezo de Muhammad ibn Abi Amir. ¿Qué se lo impedía? Sí, podía haberlo hecho, pero no lo hizo. Pasó a su lado —así estaba escrito— y siguió a Maryam por el laberinto de puertas y habitaciones.

Los lectores y calígrafos veían pasar al cadí e inclinaban la cabeza con reverencia.

Ibn Umar se dijo: «No, el Libro en este punto no dice la verdad. ¿Cómo podría yo, sin darle la ocasión de explicarse, cercenar con mis propias manos la vida de un hombre?».

Ibn Umar siguió leyendo.

«Así continuaba el Libro», leyó.

Ibn Umar, pajarraco bien instalado sobre el cojín más mullido del despacho de Maryam, la miraba ahora sin expresión alguna. Era todo ojeras y, sobre ellas, dos luces oscuras y sin brillo eran sus ojos.

—Parecéis cansado —le dijo Maryam.

—No he dormido demasiado esta noche, no.

—¿Insomnio?

—Algo parecido: lectura —dijo—, pues la lectura no es sino un sueño despierto y, a veces, una pesadilla.

—Bueno, ¿qué es lo que os ha pasado?

—No es la primera vez que manifiesto mi admiración por la creación de esta biblioteca, ¿no es verdad?

—Así es —dijo Maryam.

—¡Cuatrocientos mil libros...!

—Y confiamos llegar al medio millón... Pero, contadme, ¿qué os ha pasado? ¿Puedo ya saberlo, o me vais a mantener en suspenso mucho tiempo más?

Ibn Umar la ignoró y, mientras sus ojos admiraban los techos labrados, dijo:

—La mayor de las bibliotecas.

—Ese y no otro es el encargo de nuestro señor Al-Hakam II: un lugar donde tengan cabida todos los conocimientos que se tienen del mundo.

—Al-Hakam al Mustansir billah, el Señor de los Libros.

—Así es, en efecto, así quiere ser conocido por la historia, y así será.

—De eso precisamente quería hablaros —dijo Ibn Umar.

—¿De qué?

—De lo que será.

—¿Cómo? No os entiendo.

—¿Veis esto?

—Sí, ¿qué es? —dijo, aparentando despreocupación.

—El Libro que compré ayer en el zoco.

Eso ya lo sospechaba Maryam, pero había decidido mostrarse indiferente y hasta desdeñosa.

—Mil dinares. Pagasteis mil dinares. ¿Era necesario? ¿Qué visteis en ese libro para entregar una suma tan elevada?

—Este libro no es un libro más, Maryam. Es el Libro.

—¿El Corán?

—No, por Alá.

—¿Entonces? ¿De qué trata? Contadme.

—El Libro trata de sí mismo. Bueno, todos los libros tratan de sí mismos, ¿no es verdad? ¿Qué otra cosa podrían hacer los pobres, no? Sí, pero en este libro ese vicio se multiplica, se agiganta, y apenas queda espacio para ninguna otra cosa. Maryam, debéis saber que estamos en peligro... Nosotros. Nuestras bibliotecas. Nuestro mundo. Todos.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Maryam.

Entró un bedel con un servicio de té y dulces de almendra y miel, que puso en el suelo.

—Señora, gran cadí —dijo, y luego depositó la bandeja junto a ellos.

—Gracias —dijo Maryam.

Antes de retirarse hizo una genuflexión algo exagerada. Resultaba muy conveniente congraciarse con Ibn Umar: nunca se sabía cuándo se podía necesitar su intercesión.

—Encadenáis un enigma tras otro y no acabáis de explicaros.

Por toda contestación Ibn Umar cogió el bulto.

—Mirad —dijo Ibn Umar mientras desliaba el paño y, tal y como sospechaba Maryam, aparecía el Libro.

De una forma casi insensata, como nunca antes había deseado ningún otro libro, lo anheló.

Era muy hermoso.

—¿De qué está hecho? ¿De plata? —preguntó Maryam.

—Si no fuera porque eso es imposible, yo diría que está hecho de la misma materia que la luna.

—¿Y ese polvo?

—Arena. Nunca deja de soltarla. Es como si este libro contuviera la arena de todos los desiertos.

Ibn Umar puso el Libro sobre uno de los pupitres.

—¿Puedo...? ¿Puedo abrirlo?

—Adelante...

Maryam, sonriente, se inclinó ante en el pupitre mientras Ibn Umar le decía:

—No temáis.

—¿Por qué habría de temer?

—Porque este libro ha de cambiar vuestra mirada para siempre. Porque después de leerlo ya no se os permitirá ser la misma. Todo vuestro destino quedará sepultado entre estas tapas. Aun así, ¿queréis leerlo?

Maryam asintió sin saber exactamente lo que estaba aprobando.

—Habéis sido advertida.

—No os entiendo.

—Pero me entenderéis.

Maryam se sonrió una vez más y abrió el Libro.

—Este pergamino —se admiró Maryam— es de una calidad suprema.

¿Vitela?

—Eso ya lo saben —dijo Ibn Umar.

—¿Quiénes?

—Eso ya lo hemos contado en otro sitio.

—¿En qué sitio?

—Algunas páginas atrás.

—Por Alá que no os entiendo.

—Ya lo entenderéis.

Maryam siguió examinando la calidad del pergamino.

—Yo diría que este libro debe de tener varias décadas de antigüedad.

—No estéis tan segura.

Maryam empezó a leer mientras Ibn Umar la miraba fijamente, atento a la menor de sus reacciones.

—¿Qué os parece?

—Seguiré leyendo.

—Así está escrito —se limitó a decir Ibn Umar.

Lo que el Libro contaba parecía mentira. Era tan real que parecía mentira.

El Libro estaba atravesado por dos flechas: la primera pretendía narrar una historia cuyo protagonista era la propia escritura. Hablaba de ella como si fuera un organismo vivo e independiente que se desarrollaba y se hacía fuerte entre matanzas, hogueras y nacimientos, manejando enormes y monstruosas cantidades de tiempo. Así, según constaba, el hombre existía al menos desde hacía veinte mil años. Pero no, el tiempo no era tan extenso. Alá —así se leía en el Corán— había creado el universo hacía apenas siete mil años.

—¿Qué pensáis? —le preguntó Ibn Umar a Maryam, interrumpiendo un instante su lectura.

—Me gustaría seguir leyendo, si no os importa.

Ibn Umar asintió.

Y Maryam siguió leyendo.

La segunda flecha que atravesaba el Libro no era menos insólita que la primera: el libro —y la propia escritura— volvían a erigirse como los únicos y verdaderos protagonistas de la historia.

El Libro se atrevía a seguirle los pasos e, incluso, a desvelar algunos de

los más secretos latidos de su espíritu: narraba aquel sueño en el que ella acompañaba a Abul Anbas a lo alto de una azotea persiguiendo el Libro que, precisamente, ahora tenía en sus manos.

—Ese sueño... —dijo Maryam—. No se lo he contado a nadie. ¿Cómo es que este libro...?

—Brujería, magia, llamadlo como queráis, no lo sé. ¿Me comprendéis ahora? Seguid, seguid leyendo, que lo más asombroso aún no se ha presentado ante vuestros ojos.

Maryam siguió leyendo.

Ibn Umar, encerrado en su despacho, empezaba a leer el Libro y seguía con su lectura, adictiva, monstruosa y, sobre todo, imposible.

El Libro narraba la forma en la que el vendedor de libros era apresado por los hombres de Ibn Umar y cómo era encerrado en una mazmorra del alcázar en compañía de un hereje.

—¿Es eso cierto?

—Sí, pero seguid leyendo.

Maryam siguió leyendo.

El Libro daba cuenta de la conversación que ella había mantenido con Muhammad hacía apenas dos o tres horas y de sus planes —qué vergüenza sintió mientras leía esas líneas— para despojarle del Libro a Ibn Umar.

Se detuvo, miró al cadí y le dijo:

—Perdón.

Luego siguió leyendo.

El Libro se permitía la desfachatez de detenerse en un fugaz temblor de su alma. Sí, ella había querido besar a su calígrafo, pero no había llegado a atreverse. Ese apocamiento la llenó de vergüenza. Se tendría que haber acercado a Muhammad, mirarlo a los ojos, besarlo y abandonarse a él. ¿Habría rendido la voluntad de Muhammad a su voluntad? Probablemente. «Al fin y al cabo, era un hombre», se leía en el Libro. Pero en aquella ocasión Maryam había encontrado argumentos para sepultar su deseo. Su misión —al menos hasta hace unas horas— era la de enriquecer y custodiar la biblioteca de Al-Hakam II, agigantarla hasta donde fuera posible. Pero ahora...

—Ahora seguid.

Maryam, obediente, sin voluntad, era otra sombra parecida a la que en un

solo día se había convertido Ibn Umar.

Así que nunca llegaría a conocer la respuesta de Muhammad; su destino podría haber cambiado en ese instante. Al ahogar su deseo, se perdió para siempre. Ibn Umar se hacía presente. Él y su Libro, que a ambos traerían desgracias sin cuento.

La mandíbula de Maryam colgaba de su cara laxamente, también ella empezó a sentir que perdía el juicio, que su situación en el mundo dejaba de estar justificada.

«¿Estoy también yo volviéndome loca?», pensó al tiempo que una risa involuntaria se le descolgó de la boca.

—Así es, Maryam, así es. Pero seguid leyendo.

Esa era una orden que Maryam debía obedecer.

Siguió leyendo.

El Libro contaba a continuación lo que había sucedido hacía apenas un rato: Ibn Umar le pedía quedarse a solas con ella, se encerraban en su despacho —el lugar donde estaban en esos momentos— y ella se entregaba a la lectura del Libro.

«Así continuaba el Libro», leyó Maryam.

—Como podéis leer —escuchó que le decía Ibn Umar—, después de intercambiar impresiones sobre lo que dice y calla este libro...

—¿Cómo decís? —dijo Maryam, que estaba completamente absorta en la lectura.

—... Yo, pacientemente, debo aguardar a que me miréis, y mientras espero os miro a través de un haz de luz y me sobresalta el recuerdo de cuando os tuve en mis brazos. Me sobresalta ese recuerdo porque se niega a morir.

Cuando Maryam llegó a esa línea —que leía al mismo tiempo que Ibn Umar la decía—, se apartó el pelo de la cara, se detuvo y le miró.

—Seguid leyendo —le ordenó Ibn Umar.

Maryam volvió sus ojos al Libro y siguió leyendo.

Maryam siguió leyendo.

Maryam...

Así continuaba el Libro.

En el siglo X Al-Ándalus es el fin de la tierra conocida, a partir de la cual se extiende el mar de las Tinieblas, y más allá... Nada.

Qurtuba, como capital del nuevo imperio califal, se encuentra pues en el límite del mundo conocido, pero es también uno de sus centros, capaz de competir con cualquier otra ciudad en poder, prestigio, esplendor y cultura. En su zoco, que recorren a diario miles de personas, se escuchan las campanas cristianas, los cuernos judíos y, cómo no, la llamada a la liturgia del muecín.

La lengua y la cultura árabes se extienden entre cristianos y judíos; las conversiones son masivas. Se plantan palmeras, se construyen mezquitas, se diseñan jardines, y músicos, poetas, astrónomos y médicos se dan cita en la corte de Qurtuba, que ya no es ajena a los nuevos inventos: el papel, el cristal o la seda. Abd al-Rahman III, padre de Al-Hakam II, se proclama califa y príncipe de los Creyentes. En honor a una de sus concubinas, construye el palacio de Medina Azahara. Con Al-Hakam II Qurtuba se convierte en la ciudad más populosa y cosmopolita de Occidente, y amenaza con desbancar incluso a la misma Bagdad.

El espejo de este variado mundo es un lugar casi sagrado: la biblioteca del califa Al-Hakam II, el Señor de los Libros, donde una mujer, Maryam, recopila, transcribe y custodia sus cuatrocientos mil volúmenes.

Pero no es esta la única biblioteca de importancia de Qurtuba. La biblioteca del cadí Ibn Umar ocupa un edificio entero que él mismo ha hecho levantar en su quinta de descanso, a las afueras de Qurtuba. Su aspecto exterior quiere ser un remedo de la misma Kaaba, una mole de piedra donde se afanan siete expertos calígrafos que trabajan, por turnos, día y noche.

Ibn Umar y Maryam son grandes amigos sin serlo, unidos por una misma fe, la de que cada libro es un milagro.

—Así es —dijo Maryam.

—Así es —contestó Ibn Umar como un eco.

Y unidos también por su pasión, que no es de carne, sino de papel y pergamino, y que en vez de sangre contiene tinta, así que por ello libran las más cruentas batallas en los mercados de libros, pues no pocas veces codician los mismos ejemplares.

—¡Parece conocernos bien! —dijo Maryam.

Ibn Umar asintió.

—Aquí habla de nuestro señor Al-Hakam II y de su amor por los libros, y de cómo añade a la mezquita sus naves más espléndidas, y de cómo convierte espadas y lanzas en azadones, y de las escuelas públicas que funda. Al-Hakam al Mustansir billah, el Señor de los Libros. Así lo llama, el Señor de los Libros... —confirmó Maryam con satisfacción. Pero luego se le mudó el rostro—. También habla de su... ¿Testamento?

—Así es —dijo Ibn Umar.

—¿Cómo es posible? ¿De su testamento?

—Sí...

«No hagas la guerra sin necesidad», escribe Al-Hakam en su testamento a su único hijo.

—¿Cómo que su único hijo?

—Sí, pues, según el Libro, uno de ellos morirá.

Maryam siguió leyendo.

«Mantén la paz», continuaba el testamento de Al Hakam II, «por tu bienestar y por el de tu pueblo. Nunca saques la espada salvo contra los que cometen injusticias. ¿Qué placer hay en invadir y en destruir naciones, y en llevar el pillaje y la destrucción hasta los confines de la tierra? No te dejes deslumbrar por la vanidad: que tu justicia sea siempre como un lago en calma».

Sin embargo, poco tiempo después de la muerte del califa, el primer ministro, Al-Mansur billah, un escritor frustrado cuya sed de poder acaba

eclipsando cualquier otra ambición, ordena que todos los libros de la biblioteca de Al-Hakam II sean sometidos a un severo examen para apartar de ella cualquier sospecha de herejía y conservar solo aquellos que sean útiles a la causa del islam. Su razonamiento es parecido al del califa Omar cuando consintió la destrucción de la Biblioteca de Alejandría. Si los pensamientos que contiene son valiosos, es seguro que algún otro poeta o escriba volverá sobre ellos; si son perniciosos y falsos, ¿qué importa que se pierdan para siempre? La verdad, siendo eterna, volverá a brotar antes o después.

Sí, no pasa nada por quemar libros, parecen decir esas fogatas. Si no los quemamos, no quedará espacio para el futuro.

Pero no es cualquier cosa eso de destruir cuatrocientos mil volúmenes. Las hogueras son espléndidas y, aun así, no bastan para consumir tal cantidad de papel, pergamino y papiro. Los soldados de Al-Mansur encuentran pozos donde anegarlos; los gusanos dan buena cuenta de ellos. Solo unos pocos libros sobreviven, aquellos que son malvendidos y que se esparcen por los zocos de otras ciudades. Curiosamente, de los cuatrocientos mil libros de la biblioteca de Al-Hakam II, solo uno sobrevive.

—¿Será posible? ¿Solo uno? —dijo Maryam.

—Solo uno, según el Libro.

—¿Y Al-Mansur billah? ¡Él es quien quema los libros!

—Sí.

—¿Es que lo conocéis?

—Al-Mansur billah, «el que vence por Alá». ¡Qué nombre tan pretencioso! No es ese su verdadero nombre, sino un mero título.

—¿Y no dice nada más de él?

—Seguid leyendo, Maryam... Lo más terrible está aún por llegar.

Maryam siguió leyendo.

Así continuaba el Libro.

8

AURORA

Entretanto, ajeno a estas preocupaciones, Muhammad ibn Abi Amir, el calígrafo favorito de Maryam, se había dado un descanso y se encontraba paseando en el jardín que circundaba la biblioteca. Se sentó a la sombra de un manzano, escuchó el canto de un mirlo y se sintió milagrosamente inspirado. Abrió el cuaderno que llevaba consigo. En su portada, un título: *El cuello de la gacela*, y, un poco más abajo, escrito con una caligrafía esmerada y llena de filigranas, el nombre de su autor, que no era otro que el mismo Muhammad ibn Abi Amir. Giró la rosca del tintero de cobre que siempre llevaba colgando del cinturón, mojó la pluma y empezó a escribir unos nuevos versos:

*Me haces el amor agitando
una espada en cada mano.*

Se detuvo.

Los leyó.

«Ah», se dijo.

Volvió a leerlos.

«Sí, es innegable. ¡Qué malos son!», pensó. Eran una pobre y degradada copia de los versos del poeta ibn Abd Rabbihi. Y, como no era tonto, se daba cuenta de ello y se sentía infinitamente miserable.

Ponía su alma en la poesía, o eso le parecía, pero algo dentro de su corazón no era lo suficientemente fuerte, luminoso o puro. Nunca sería más que la sombra desvaída de otros poetas.

¡Haría bien en quemar esos versos y olvidar sus ínfulas de literato! En

Qurtuba ya había demasiados de ellos y de todas las clases. Qurtuba era un nido de poetas mediocres. Revoloteaban como polillas alrededor del Al-Hakam II intentando llamar su atención y ganarse sus favores. ¿Quería ser uno de ellos? ¿Era tan solo a eso a lo que aspiraba?

Tan absorto estaba en sus propios pensamientos que no reparó en que, sigilosamente, se acercaba Subh, la favorita del califa. Caminaba hacia él con un niño cogido de la mano. Era Abd al-Rahman, de cinco años, tan rubio y pálido como ella, aunque, por desgracia, no había heredado su corpulencia, sus hombros recios y sus piernas bien formadas y musculosas. Excepto por el pelo claro, había salido más bien a su padre: patiocorto, de hombros estrechos y con las ojeras marcadas, y tenía propensión a enfermar.

—¡Buh! —dijeron la madre y el hijo con intención de asustarle.

Muhammad simuló un terror exagerado, y Subh y su hijo se echaron a reír.

Luego se sentaron a su lado.

—Hola, poeta —le dijo Subh tan burlescamente como siempre.

—Hola, poeta —repitió Abd al-Rahman.

—¿Qué haces?

—Nada, estaba...

—Abd al-Rahman, dale un abrazo a Muhammad...

El niño le abrazó, y cuando Muhammad lo tuvo entre sus brazos le mordió la oreja para hacerle cosquillas. Abd al-Rahman se rio.

—Quita el pie —le dijo el niño a Muhammad.

Muhammad quitó el pie.

—Ese no. El otro pie.

Muhammad quitó el otro pie.

—¿Qué haces? ¿Qué buscas? —le preguntó Muhammad al niño, que gateaba a su lado.

—Una hormiga. Voy a matarla.

—¿Qué?

—Muerta. Ya está muerta. La he matado yo —dijo el pequeño Abd al-Rahman con orgullo, mostrando entre sus dedos lo que hacía un instante era una hormiga.

—¿Sabes una cosa? —intervino Subh—. Muhammad es un hombre muy listo. Sabe muchas cosas. Él podría enseñarte a leer. ¿Quieres?

—¿Muy listo? ¿Eres muy listo? ¿Sabes muchas cosas?

Muhammad asintió con una sonrisa.

—Yo también.

—Ah, ¿sí?

—¿Sabes convertirte en sapo? —le preguntó desafiante Abd al-Rahman a Muhammad.

—No —le dijo este, sorprendido—. Eso no sé cómo se hace.

—Yo sí —dijo el niño y, a continuación, puso los ojos en blanco e infló las mejillas de aire, provocando al instante la risa de su madre y Muhammad—. ¿Lo ves?

—Sí —dijo Muhammad—, era un sapo precioso.

—No, es feo. Mira...

Abd al-Rahman volvió a poner cara de sapo y, cuando relajó el rostro, le preguntó:

—¿De qué color es mi cara?

—Verde —concedió Muhammad.

—Te lo dije. Es un sapo feo.

—Sí, me lo dijiste.

—¡Un gato! —dijo Abd al-Rahman—. ¡Mira, mamá, hay un gato!

Y echó a correr detrás de él, pero el gato se escabulló como si hubiera visto al mismo diablo.

—¡Ya no hay gato! ¡Ya no hay gato! —volvió a gritar—. ¿Vamos a ver los peces? Me dijiste que íbamos a ver los peces.

—Sí, ahora vamos, mi amor, pero espera un instante.

—¿Cuánto es un instante? —quiso saber el niño.

—Bueno, un instante es... Espera mejor treinta instantes.

Abd al-Rahman se quedó pensando en lo que su madre le había dicho, pero no estaba seguro de entenderlo. ¡Treinta instantes! ¿Cuánto serían treinta instantes? ¡Seguramente un montón de tiempo! ¡Qué aburrimiento! Parecía que iba a pedirle algún tipo de explicación, pero entonces se distrajo con una manzana que, caída en el suelo, había sido picoteada por los pájaros y cuyo corazón estaba siendo devorado por un gusano.

—Abd al-Rahman debería ya empezar a leer. Le vendría bien un poco de disciplina. ¿No te parece? —le dijo a Muhammad—. Yo creo que está muy

consentido.

—Es solo un niño —contestó Muhammad.

—Sí, pero tiene que convertirse en el califa de Al-Ándalus.

Muhammad se quedó mirando a Abd al-Rahman. Un día ese niño sería el príncipe de los Creyentes. Su palabra movería ejércitos, jueces, burócratas, recaudadores de impuestos y sirvientes. A su alrededor se fraguarían conjuras y alianzas. Poetas, filósofos, astrónomos y científicos acudirían a arrodillarse ante él y le ofrecerían sus servicios. Otros reyes, en cambio, le declararían la guerra. Las mujeres cantarían y bailarían para él. Todo el mundo buscaría su favor, aunque no faltaría quien conspirara para derrocarlo. Y, por supuesto, más de uno acariciaría la idea de asesinarle. ¡Lo que se le venía encima! Pero ahora solo era un niño y se encontraba ajeno a todo ello. Si tuviera la perspectiva y el discernimiento para comprender lo que el destino le deparaba, ¿le gustaría? Seguramente no. Seguramente se volvería loco.

—Le he vuelto a sugerir a Al-Hakam tu nombre —le dijo Subh, sacándole de sus pensamientos— y creo que será favorable.

—¿Eh?

—Sí, creo que antes o después te convertirás en el tutor del futuro califa —le anunció Subh.

—¿De verdad? —dijo Muhammad.

—Creo que sí... Sí; si tú quieres...

—¡Si yo quiero! ¿Cómo no habría de querer, Aurora? —dijo Muhammad, que en privado solía llamar a Subh por su nombre navarro.

—Sí, pronto te llamará. Así que vete pensando en lo que dirás y no dirás cuando te llame a su presencia.

A Muhammad se le iluminó la cara.

—¿Nos veremos esta noche? —le preguntó entonces ella.

Muhammad, asintiendo, sonrió.

—¿Donde siempre?

—Donde siempre, Aurora.

—Allí estaré, mi señor.

—Allí estaré, mi señora.

—¿Eh! ¿Qué haces? ¡Tira eso! ¿Qué es?

—Es solo una manzana —dijo Muhammad.

Subh se levantó, le quitó la manzana de la boca al niño y la arrojó al suelo.

—¿No ves que está podrida?

Pero Abd al-Rahman quiso volver a coger la manzana, y entonces Muhammad le gritó:

—¿Quieres obedecer a tu madre?

—Ya empiezas a ejercer tu nuevo oficio —se burló Subh.

—¿Y los peces? —dijo Abd al-Rahman—. ¿Cuándo vamos a ver los peces? ¿Han pasado treinta instantes?

—Sí, querido —dijo Subh con cierta desesperación, y luego se volvió a Muhammad—: Será mejor que me vaya...

Pero antes de irse añadió:

—Cuento las horas que quedan para vernos.

Subh y su hijo se alejaron de Muhammad, que se quedó pensativo...

¡El tutor del futuro califa! ¡Eso no sonaba nada mal! Si se lo pedía el propio califa, ni siquiera Maryam pondría objeciones. Ahora bien, era indispensable manejar el asunto con suma destreza. Cualquier descuido tendría consecuencias funestas. Por un lado, no debía desaprovechar el amor que Subh le profesaba, pues este le abría de par en par las puertas de la Casa Real, pero por otro era necesario ganarse el aprecio y la confianza, sobre todo la confianza, del propio Al-Hakam II.

Esta noche volverían a verse Subh y él, y lo harían en el sitio acostumbrado.

Aunque Subh era la indiscutible favorita del califa, el amor entre ambos era más bien tibio. Solía trabajar en sus libros hasta muy tarde y, por tanto, no era habitual que se acostase antes de las dos o las tres de la mañana. Y, por supuesto, casi nunca dormía con Subh. Procuraba, no obstante, dedicarle alguna de sus noches, aunque se mostraba más bien pasivo. Era Subh la que tenía que esforzarse en avivar su deseo, y Al-Hakam se sentía amado por su esclava, que tenía una bella voz y unas manos diestras.

De los cinco eunucos que servían a Subh en el harén, ninguno ignoraba sus escapadas nocturnas, pero ella les pagaba con generosidad y se preocupaba de bucear en las entretelas de sus corazones, convirtiéndoles en confidentes y protegidos. Comían de su mano. No, nadie se iría de la lengua, y eso que alguno de ellos la tenía bien larga. El hecho de intimar con sus servidores no

era tanto una necesidad o un capricho como una estrategia bien meditada. Ellos ponían en riesgo su vida para dar un placer que no sentían, o tal vez sí, tal vez en su interior echaran de menos el olor de la mujer. En cualquier caso, sus dedos y lenguas suplían la grave carencia.

Subh aguardaba a que todo el mundo fuera vencido por un sueño profundo, se levantaba del lecho, se disfrazaba de hombre y, asegurándose de eludir la presencia de los guardias, abandonaba el harén y cruzaba los jardines para dirigirse a la biblioteca. Llamaba suavemente a la puerta, donde la esperaba Muhammad, que la conducía hasta uno de los salones de lectura. Entonces Subh le pedía a Muhammad que le leyera alguno de sus poemas.

*Un tigre persigue una gacela durante el invierno,
hasta que al fin logra arrinconarla.
«La culpa es del Destino; no mía», le dice.
¡Alá se apiade del tigre, que no puede hacer otra cosa
mas que dejarse devorar por su gacela!*

Naturalmente, la gacela era Subh, y a Subh le gustaba que él escribiera poesías, así que él las escribía, pero resultaban tan frías como el meticuloso plan de un ladrón.

Luego, antes del amanecer, Subh salía de la biblioteca y, en vez de regresar a sus habitaciones, esperaba pacientemente en el jardín a que llegasen los primeros bedeles y calígrafos, que se encontraban con Muhammad, incombustible, trabajando en alguno de los libros. El bedel conducía a Subh hasta Muhammad, y ella le pedía un libro, uno que fuera bueno para cantar, y se dejaba aconsejar por él.

Así, en medio de todos, se prolongaba su idilio secreto.

Las bibliotecas siempre han sido lugares propicios para los fantasmas, y la de Al-Hakam II tenía al menos dos: Muhammad y Aurora.

Hasta ahora ninguna sospecha se cernía sobre ellos, pero Muhammad era consciente de los muchos peligros que afrontaban. Había que ser muy cauto, y Subh, últimamente, se descuidaba más de la cuenta, dejando que en sus ojos se reflejara la llama de su pasión.

Dime, habla, pide, ríe, búrlate de mí,

*pregunta, hazme tu prisionero y esclavo,
golpéame y luego descansa en mis rodillas,
que nada te preocupe; soy tuyo.*

«Bah», pensó Muhammad.

De pronto le pareció comprender la verdadera razón por la cual sus versos eran mediocres. No sentía nada en su corazón, excepto la ambición de poder que le carcomía. Como aquella manzana tirada en el jardín, también él estaba siendo devorado por los gusanos.

—¿Lo veis, Maryam? —dijo Ibn Umar—. Ese Muhammad, vuestro calígrafo, al que tanto aprecio le dispensáis, es una alimaña. El adulterio del que le acusa el Libro sin ambages, nada menos que con la favorita del califa, sería suficiente para justificar su ejecución. Sin embargo...

Maryam se levantó y dijo:

—Excusadme un momento.

A continuación salió del despacho y, apenas cruzó el umbral de la puerta, empezó a caminar apresuradamente, casi corriendo, cruzó la Habitación de la Medicina, la Habitación de la Historia, llegó a la sala principal y, tras bordear el estanque, mientras recorría con la mirada la estancia —no, no había nadie en el pupitre de Muhammad—, salió de la biblioteca. Una vez fuera corrió de nuevo hacia donde, según el Libro, Muhammad y Subh habían concertado su cita secreta. No los encontró debajo del manzano donde se suponía que habían estado conversando, aquella sombra donde Muhammad solía recostarse para garrapatear unos versos entre tarea y tarea. Examinó el lugar como intentando percibir la reciente presencia de su calígrafo. Solo alcanzó a distinguir una manzana dañada. La cogió y observó su carne oxidada y reblandecida, donde un gusano se retorció de placer.

Regresó al despacho con la inquietud de quien llega tarde a una cita.

—Perdonadme —dijo.

Maryam volvió a sentarse y reanudó la lectura en el punto donde la había interrumpido:

«—¿Lo veis, Maryam? —dijo Ibn Umar—. Ese Muhammad, vuestro calígrafo, al que tanto aprecio le dispensáis, es una alimaña».

Y siguió leyendo..., hasta llegar a esta línea.

—Sí, Maryam, sí —escuchó que el gran cadí le decía.
Y siguió leyendo.
Así continuaba el Libro.

Civilizaciones enteras son sepultadas por la arena del tiempo y, con ellas, su escritura y su lengua.

En realidad, jamás lengua alguna ha perdurado más de tres mil años.

Las destrucciones, las guerras y los exterminios de razas, naciones y culturas enteras se suceden con una naturalidad pasmosa. Pero la historia nos tiene acostumbrados a no espantarnos de nada.

Ahora los reinos cristianos ocupan grandes extensiones de territorio. Muchos libros se queman; otros se traducen al latín, pero también empiezan a escribirse en la lengua que hablan los conquistadores. El papel desplaza definitivamente al pergamino, a excepción de algunos documentos que se consideran de gran valor. Se crean las universidades. Allí se comercia con los libros, vendiéndolos o alquilándolos. Se adueña de los hombres una fiebre por recuperar los libros de la Antigüedad, aunque cada cierto tiempo, como para desquitarse, se encienden fogatas con ellos. Asimismo aparecen libros para analfabetos, donde se deja más espacio al dibujo y la ilustración que a la palabra. Las encuadernaciones, tapas y cubiertas son a veces tan lujosas que se emplean metales preciosos, gemas, brocados, terciopelos y broches de oro.

Al mismo tiempo, también los inventos del hombre se suceden.

Un hombre llamado Johannes Gensfleisch Gutenberg, de oficio orfebre, idea una herramienta para pulir piedras preciosas, fabrica espejos de una perfección nunca vista y, poco después, también inventa una máquina que permite multiplicar por miles y millones el número de las copias existentes sin requerir la asistencia de ningún calígrafo. El invento, que le ocupa más de veinte años de su vida, se llama imprenta y el primer libro que nace de ella es una biblia. En poco tiempo, más de diez millones de biblias inundan los zocos de las ciudades.

Esta es la sexta mutación del virus de la escritura.

El virus inoculado en la piel del lagarto, en el hueso del camello, en la pared de la gruta, se extiende e infecta ahora cada rincón del planeta. Las bibliotecas crecen y se multiplican, aunque los libros nunca están

totalmente a salvo de sus enemigos. Muchas bibliotecas son pasto del fuego, otras son misteriosamente destruidas desde el cielo por pájaros de hierro. El destino de la tinta parece ser mezclarse con la sangre y el barro. Pero los libros son tantos que ya no hay fogatas suficientes para devorarlos todos.

Otros inventos se suman a este de la imprenta: el daguerrotipo y la fotografía (que permite caligrafiar la luz); el fotograbado (planchas de impresión en las que, en vez de letras, se imprimen objetos); la linotipia (que acelera el proceso de impresión); la máquina de escribir (una herramienta que imprime letras con una pulsación táctil y que permite suplantarse a los lentos copistas por secretarios capaces de alcanzar una velocidad de vértigo: ciento cincuenta palabras por minuto, récord que ostenta Barbara Blackburn); la fotocopidora (que reproduce los textos de forma inmediata) o el microfilme (que reproduce los textos en miniatura).

Las palabras se extienden ahora como un incendio avivado por un huracán. Las palabras se convierten en el centro del mundo. Gracias a ellas caen imperios, y civilizaciones enteras se extinguen. La palabra se arroja un poder nunca antes conocido. Toda civilización sin escritura está abocada a desaparecer o, si perdura, se perpetúa en una profunda miseria. La palabra se incrusta en el corazón de cada cosa y lo infecta. Millones de bosques son arrasados. Se diría que el hombre ya solo necesita papel y tinta para ser hombre.

Hasta que sobreviene la séptima y última mutación del virus: el bit. A partir de este momento quien domine el 0 y el 1 será el dueño del mundo.

Con esta nueva mutación incluso los libros se ven amenazados y acaban desapareciendo.

9

EL SUCESOR

Aquel día Al-Hakam II, como era su costumbre, se había levantado bastante tarde. La noche anterior había trabajado hasta altas horas en el libro que, al menos esa era su pretensión, iba a engrandecer su memoria y, por extensión, la memoria de los omeyas. Su título era *Historia general de Al-Ándalus*.

Tras cinco años ocupados en su redacción ahora se encontraba en la recta final. Acababa de terminar el extenso capítulo dedicado a su padre. Llevaba por título «El Pacificador», y su protagonista era Abd al-Rahman III, el que tuvo el valor de autoproclamarse Príncipe de los Creyentes, Vencedor de la Religión de Alá y Primo de su Profeta, desafiando de forma premeditada la autoridad de cualquier otro rey islámico.

Por supuesto, con semejante carga su vida no había sido fácil. Cuando no era una batalla era una intriga, y cuando no era una intriga era una conspiración. Para su padre el mundo estaba dividido en dos mitades: Al-Ándalus, morada del islam, y el resto del mundo, que era la morada de la guerra.

Lo que durante siglo y medio los emires de la dinastía omeya habían intentado, imponerse sobre todo Al-Ándalus, lo había logrado Abd al-Rahman III en apenas treinta años. Sus incansables expediciones guerreras habían terminado por doblegar casi todo atisbo de rebelión.

Al-Hakam había sido testigo privilegiado de su astucia, de sus dotes de mando, de su irreductible firmeza, de su carácter conquistador y —cómo no— de sus infinitas angustias. La primera vez que le acompañó a la guerra tenía

solo trece años. Su madre, por supuesto, le despidió con lágrimas. Y también Al-Hakam lloró. Pero ambos, en el fondo, estaban contentos del privilegio concedido.

Aunque en principio cualquiera de sus once hermanos podía heredar el reino, Abd al-Rahman lo había elegido a él. A sus hermanos se preocupó de alojarlos en palacetes a las afueras de Medina Azahara y, sobre todo, de mantenerlos alejados de los asuntos de palacio. A su hijo Al-Hakam, en cambio, le había implicado desde muy tierna edad en las tareas de gobierno y vigilado de cerca su educación y su carácter.

En cualquier caso, el joven Al-Hakam nunca llegó a acostumbrarse a sus métodos, aunque por supuesto no se le ocurría censurarle, porque lo cierto es que siempre lograba aquello que se proponía y tenía atemorizado a todo el mundo. Había que ser severo e incluso cruel. No había otro remedio. Así se lo había hecho comprender a su hijo. Era el precio que había que pagar por mantenerse en el poder y perpetuar el Califato de los omeyas.

Para mantener la paz de su reino se había servido de la guerra, y para hacer la guerra había elegido entre sus esclavos a los jefes militares. Tampoco dudó en contar con mercenarios bereberes para sus incursiones bélicas, pues desconfiaba de los soldados andaluces, cuya indolencia le exasperaba.

Pero a Abd al-Rahman III, el Pacificador, no le bastaba con reprimir una revuelta o decapitar a un traidor; solía acompañar sus actos de invectivas e insultos:

—Maldita sea tu madre, repugnante lombriz de retrete, garrapata de mono, pus de sobaco, pedo de mono, orina de eunuco, charca infecta —decía.

A veces, incluso, llegaba al extremo de amenazar a los cadáveres, pues ni siquiera la muerte de sus enemigos lograba aplacar su ira. De sus incursiones bélicas regresaba no solo con los tesoros propios de las guerras, sino con campanas, cruces y hasta con las cabezas cortadas de sus enemigos, que orgullosamente mostraba a su pueblo. En una ocasión estas fueron más de cinco mil. No obstante, lo que más llegaría a impresionar al joven Al-Hakam fue presenciar la decapitación en el Salón del Trono de su propio hermano, el primogénito, el cual había sido acusado de alta traición. La ejecución tuvo lugar delante de él y delante de su madre y delante de sus consejeros, y a todos prohibió llorar o lamentarse por ello. Desde entonces a Al-Hakam se le quedó un tic nervioso en el ojo izquierdo.

Al-Hakam no acababa de comprender por qué el viejo le había elegido precisamente a él. No se lo explicaba, siendo como era hijo de una esclava. Entre sus hermanos los había de linaje mucho más alto, sí, como aquel al que habían decapitado.

Lo cierto es que el tiempo pasaba y pasaba, y el viejo Abd al-Rahman no se decidía a morir. De hecho, cuando Al-Hakam cumplió cuarenta y seis años, aún seguía siendo el ya maduro príncipe heredero.

Cuando por fin le llegó la hora, estando ya en su lecho de muerte, Abd al-Rahman hizo llamar a su hijo y, delante de esposas, eunucos, consejeros y del verdugo armado con un hacha del que siempre se hacía acompañar, pidió perdón al príncipe por morirse tan despacio, le entregó el sello califal y pronunció las últimas instrucciones:

—Mantén unido el reino y la familia, pero que no te tiemble el pulso si debes cercenar una cabeza; que las generaciones futuras sigan hablando de los omeyas por los siglos de los siglos; que los cristianos y las otras tribus paguen los tributos que nos deben; que nuestro Estado sea invencible; procúrate descendencia y elige al mejor de tus hijos para que te suceda; amplía la Mezquita Mayor y concluye mi obra.

La obra a la que se refería era el palacio de Medina Azahara, para el cual no había escatimado en gastos y que era ya considerado una de las maravillas del mundo.

Así que Al-Hakam se hizo cargo del gobierno, de los variados asuntos de palacio y, por supuesto, de seguir al pie de la letra los mandatos paternos, lo que de alguna forma incluía la redacción de la *Historia general de Al-Ándalus*, memoria viva de los omeyas.

Mientras engrandecía el palacio de Medina Azahara para pasmo del mundo y seguía ciertas costumbres de su padre, como la de contar con los bereberes para sus expediciones bélicas (eran sanguinarios y eficientes) y rodearse de eunucos como sirvientes, secretarios y ministros (eran listos y ambiciosos), Al-Hakam procuró hacerse con una numerosa descendencia, pero esta no llegaba. Por fin una de sus concubinas, que por ello se convirtió en la favorita, le dio un primer hijo, al que bautizó con el nombre del padre, y luego un segundo varón, Hishan.

En su primogénito tenía puestas todas sus esperanzas; algún día sería Abd al-Rahman IV. ¡Vanas eran estas! El futuro califa moriría al cumplir los ocho

años de edad de unas fiebres tifoideas. ¡Qué frágil era la vida y qué terrorífico era darse cuenta de ello! Así que solo quedaría el segundo, Hishan, que también era débil y enfermizo.

Por el momento, su principal temor era que, seguramente, él moriría antes de que Abd al-Rahman cumpliera los dieciséis años, edad con la que ya podría ser nombrado califa.

El fin estaba cerca. Lo presentía. Las pesadillas le atormentaban todas las noches.

Tenía que hacer todo lo posible por asegurarle el trono. De no ser así, ¿quién se haría cargo del Califato? ¿Podía este perdurar sin un heredero incuestionable? Al-Hakam, que conocía el corazón de los hombres que le rodeaban, tenía la respuesta: no. Sus ambiciones derivarían en tumultos, los tumultos en luchas enconadas, sus orgullos insatisfechos dividirían el reino, harían añicos el sueño de su padre, y el sueño del padre de su padre. Entonces, la guerra civil que tanto temía y que era la esperanza de los enemigos sometidos a su poder, los cristianos navarros y los cristianos leoneses, pero también de las tribus del norte de África, se cerniría sobre el Califato para desmembrarlo.

Sobre Abd al-Rahman y su futuro había hablado largamente con Subh, que era partidaria de nombrar sin más demora un tutor que se encargara de su educación. Entre los candidatos estaba el calígrafo favorito de Maryam. Pero ¿era el hombre adecuado? Subh era su más fervorosa partidaria, y Al-Hakam también sentía cierta inclinación hacia él. Lo principal es que era un hombre de letras, no un funcionario ni un guerrero. Tampoco un teólogo que se dejara obnubilar por los artificios y juegos de palabras. Cuando hablaba con él siempre se mostraba juicioso, cauto y poco dado a los arrebatos. Era humilde. Miraba a los ojos con franqueza. Tenía una dulce sonrisa y, según contaba Maryam, la disciplina, el rigor y el empeño dominaban su carácter. ¿Qué más se podía pedir?

Al-Hakam se levantó de la cama, se recogió la melena en un intrincado moño, se echó por encima una túnica, se puso la sortija califal y las babuchas, y salió del dormitorio. Al cruzar una de las puertas, dos soldados que había apostados en las esquinas lo siguieron lanza en ristre. Se detuvo de pronto y les dijo:

—Mandamos llamar a Muhammad ibn Abi Amir.

Los soldados no sabían quién podía ser ese Muhammad ibn Abi Amir.

—El calígrafo —dijo—. Lo encontraréis en nuestra biblioteca o, si no, en la sala de audiencias del alcázar. Que no se demore.

Poco después los dos hombres de la guardia del califa encontraban a Muhammad ibn Abi Amir bajo la sombra de un manzano y, una vez hallado, le condujeron en silencio hasta las puertas del palacio. Allí lo entregaron a otros dos guardias, con los que atravesó un patio de mármol cuya blancura obligaba a guiñar los ojos. Luego cruzaron unos arcos y se adentraron en un pasillo de apariencia infinita, hasta que se toparon con una nueva puerta. Sin que mediara palabra alguna, a estos guardias les relevaron otros dos que le llevaron a una esplendorosa sala donde un secretario le preguntó por la razón de su visita.

—Aún no lo sé.

—¿Quién os ha llamado?

—No lo sé.

—Nombre.

—Muhammad ibn Abi Amir.

—Esperad ahí —le dijo el secretario con desconfianza.

La paciencia era una de las probadas virtudes de Muhammad, así que no le contrarió el recelo del secretario ni el tener que aguardar a que alguien le informara de las razones por las cuales había sido llamado. Dos nuevos guardias, tras preguntarle el nombre y asegurarse de que no iba armado, le condujeron hasta otra de las muchas salas de audiencias con que contaba el palacio y, al fin, como él esperaba, apareció el mismísimo Al-Hakam II.

Muhammad se postró ante él y, tal y como era la costumbre, permaneció en recogido silencio hasta que Al-Hakam empezó a hablar y compartió con él su preocupación por el legítimo heredero del Califato. Sin ambages le anunció que quería que él se encargara de su instrucción. Cuando le dio permiso para hablar, lo hizo de esta manera:

—Aunque por la pureza de sus orígenes me inclino a creer que la claridad y la solidez de su juicio serán las notas dominantes de su discernimiento, habrá que cuidarse de que los demonios de la glotonería y de la concupiscencia no se ceban con él. Le aconsejaré que ayune de día; que duerma de noche; que vigile a los hombres que le rodean y que no se deje atrapar por los aduladores. Filosofía, lógica, medicina, mecánica y alquimia,

eso para empezar. Las cuatro ciencias matemáticas: aritmética, geometría, astronomía y música, por descontado. Antes de todo ello, por supuesto, el arte de la caligrafía. Y que su memoria sea reforzada por el estudio del Corán. Pero Alá también nos habla a través de la gramática y la poesía, de la lógica y la botánica, de la zoología y la historia, que no deben faltar en su instrucción.

El califa le escuchaba atentamente y asentía.

—Mas, entre todas estas ciencias y materias —continuó Muhammad—, el príncipe debe ser docto en jurisprudencia y teología, para saber excluir tanto lo superfluo como lo falso, categorías que nunca deberían engrosar biblioteca alguna. Entre el saber y el vivir, hemos de enseñarle a quedarse con el vivir; entre el amor y el odio, con el amor; entre la luz y las tinieblas, con la penumbra...

—¿La penumbra?

—... Una penumbra provista de una ventana que pueda abrir y cerrar a su antojo: para nacer cuando quiera nacer y para morir cuando no quede más remedio. Aunque, en realidad, solo dos cosas de valor pueden ofrecer los maestros a sus discípulos: el amor y la paciencia.

Muy complacido quedó el califa ante tan sabias palabras y, ya por el puro gusto de estirar las piernas, se levantó y con un leve gesto invitó a Muhammad a seguirle.

Recorrieron pasillos y salas, rellanos y escalinatas, fuentes y patios; ahora eran nada menos que cuatro guardias los que les seguían.

Muhammad caminaba por las suntuosas estancias sin reparar en su magnificencia, o eso daba a entender su semblante sereno y recogido, pero con los ojos del alma devoraba la grandeza a la que, de algún modo, como si ya estuviera escrito, se sabía destinado. Caminaba ligero y lleno de un orgullo sincero y humilde. La sola presencia del califa le bañaba con una aura protectora de majestad. Se diría que ningún intruso —ni la propia muerte— podría ya con él. Sin duda estaba llamado a grandes cosas. Para empezar, respondería de la educación del futuro príncipe de los Creyentes.

Se sentaron frente a una fuente en uno de los jardines privados y el califa siguió interrogando a Muhammad, que se explayaba con toda clase de teorías sobre la mejor manera de instruir al heredero.

—Habrás que enseñarle que toda satisfacción será lúgubre algún día; que todo enamoramiento pasará; habrá que enseñarle la sabiduría de estar sin

querer estar en otro sitio, hacerle comprender que estamos solos y, al mismo tiempo, que nos miramos a los ojos para ser hermanos y buenos servidores de Alá. Pero, sobre todo, el amor, ya digo, y la paciencia. Por último, habrá que enseñarle la necesaria disciplina del silencio. Que todos los días encuentre espacio para hacerse presente. Con lo que haya. Bueno. Malo. Regular. Excepcional. ¿Qué más da? Habrá que enseñarle que son sus palabras las que convierten lo malo en malo y lo bueno en bueno, que no es tanto la experiencia sino la forma que tenemos de nombrar la experiencia. Que procure cumplir con su destino, y que lo haga con todas las facultades de su corazón, de su mente y de su espíritu.

El califa asentía levemente; no podía estar más complacido con Muhammad.

—Empezarás mañana mismo —dijo.

Muhammad inclinó la cabeza por toda respuesta y, tras un silencio prolongado, agregó:

—Debo, gran califa, pedir os una merced.

—¿De qué se trata?

—Quisiera acabar la tarea que ahora me ocupa en la biblioteca.

Y entonces le habló del libro que estaba copiando: *La piel del mundo*, que describió con auténtica pasión. ¿Podían estar seguros de que, más allá del mar de las Tinieblas, no había nada? En ese libro, al menos, se daban noticias de ciertas islas habitadas por unicornios, dragones y caníbales. Además, ¿de dónde provenía esa raza de demonios que, cada cierto tiempo, asaltaban por mar los puertos de Al-Ándalus, provocando la muerte y la destrucción? Vikingos se hacían llamar. ¿Podía ser que vivieran en algún territorio más allá del mar de las Tinieblas?

De modo que la conversación, en su último trecho, discurrió en torno a *La piel del mundo*, que Maryam, informó Muhammad, había comprado el día anterior a un mercader de libros recién llegado a Qurtuba. Por cierto, el mismo Ibn Umar también había comprado un libro que, probablemente, podía ser de gran valor e interés para la biblioteca. Un libro por el cual había pagado mil dinares.

—¡Mil dinares! ¿Pagó mil dinares? ¡Ningún libro vale esa suma!

—Pues él los pagó.

—¿Y qué tenía el Libro para pagar tal cantidad de dinero por él?

Muhammad no lo sabía con certeza, pero, según creía, el Libro daba registro preciso de la genealogía de los omeyas mucho antes de llegar a Qurtuba y mucho antes de ser expulsados de Bagdad. Es probable que se remontara hasta el Profeta.

—Pues dile a Maryam que se lo pida y, en el caso de que lo juzgue de interés, que lo copie.

—Bueno, ya sabéis cómo se las gasta Ibn Umar.

—¿Cómo? —preguntó el califa con extrañeza.

—Es hombre de probada generosidad, menos cuando se trata de libros. Entonces se vuelve casi mezquino.

—Di que nosotros lo hemos ordenado.

—Así se hará —dijo Muhammad.

Al-Hakam asintió con aire distraído y se levantó con ligereza mientras le decía:

—Date prisa en acabar *La piel del mundo*. Te concedemos una semana de plazo; confiamos en que sea suficiente.

Muhammad asintió.

—Te acompañaremos a la biblioteca. Maryam, me consta, te tiene el mayor de los aprecio. Ya va siendo hora de que vayamos haciéndola partícipe de nuestras intenciones.

Muhammad asintió de nuevo y ambos se encaminaron a la biblioteca.

«Entonces, según el Libro, Al-Hakam viene hacia aquí», pensó Maryam.

—Todavía no —dijo Ibn Umar, adivinándole el pensamiento.

—¿Cómo decís?

—Yo ya he hecho el intento de apartarme de lo que este libro, en todas sus líneas, dice que pasará, y eso que dice que pasará acaba pasando, ya lo veréis. Seguid leyendo.

Maryam siguió leyendo.

«Poco tiempo después...», leyó.

—¡Siempre dice «poco tiempo después»!

Poco tiempo después aparece una cosa llamada internet, cuyo aspecto se asemeja al de una telaraña o una red o, más bien, un océano, pues ahora los escribas y calígrafos navegan a lo largo y a lo ancho del mismo, desplazándose en barquitas por los distintos mares y con un astrolabio como única guía, el más popular de los cuales es Google. La Red constituye una especie de biblioteca, aunque descomunal y monstruosa, donde todo parece caber y confundirse. Lo mejor y lo peor; la verdad y la mentira. Todo está al alcance de la mano a golpe de ratón...

—¿Un ratón?

—Eso dice.

—Pero ¿qué clase de ratón?

—Sin duda, un ratón hechizado —deducía Ibn Umar, pues ¿cómo si no podría un ratón realizar las búsquedas de los textos en esa biblioteca descomunal? En cualquier caso, la expresión «a golpe de ratón» parecía indicar que el calígrafo contaba con una varita mágica de la que se servía para dar las instrucciones a su mascota amaestrada.

La Red es tan vasta que ninguna biblioteca puede compararse a ella y, sin embargo, no ocupa espacio y, por lo tanto, tampoco tiempo. Está más allá del tiempo y del espacio. No contiene la verdad ni la sabiduría, pero contiene todo lo demás. La dimensión de lo superfluo es infinita. Recoge el presente y enseguida lo almacena para su olvido. No hay chisme ni rumor que no compita con el mismísimo Aristóteles. Pero la Red no se limita a recopilar la información: también la fragmenta, la dispersa y la contamina. Todo es cháchara. La Red: un círculo cuyo centro se encuentra en todos lados y su circunferencia en ninguna parte.

Sergey Brin y Larry Page —los padres del astrolabio Google— empiezan estudiando la estructura de la World Wide Web, la «Vasta Red Global», con la pretensión de ordenar, disponer, distribuir y jerarquizar toda la

información existente. Para ello recogen la información del presente, pero también la del pasado, reproduciendo millones de libros y documentos. No discriminan entre lo que es veraz y lo que es disparatado, igualan la necedad y la sabiduría. El objetivo es que cada súbdito tenga acceso a todo lo existente. Pero ¿cómo reproducir los más de 150 millones de libros que existen en el mundo? Los ingenieros de robótica de Google diseñan un programa de reconocimiento de caracteres que incluye 430 idiomas diferentes y una máquina capaz de pasar trescientas páginas y escanearlas en apenas tres minutos; pero no se dan por satisfechos y, sirviéndose de cámaras infrarrojas estereoscópicas, logran la hazaña de escanear 1.000 páginas por minuto, y luego 15.000 páginas por minuto. Crean una ciberbiblioteca que es, en realidad, la primera metabiblioteca del mundo. Una biblioteca de bibliotecas: engulle página tras página y ofrece la posibilidad de cortarlas, pegarlas, agregarlas, vincularlas, compartirlas, resumirlas, fragmentarlas y disolverlas.

«La famosa Biblioteca de Alejandría fue quemada tres veces, al igual que la biblioteca del Congreso de los Estados Unidos. Espero que esa destrucción no vuelva a suceder. Si eso sucede, allí estarán los libros de Google», declara Sergey Brin.

Las compañías —Google y otras semejantes, que poco a poco van eclipsando a otros poderes y, cuando no pueden vencerles, les sobornan y les convierten en sus servidores— almacenan toda la información que captan, pero no solo eso: también toda la información que captan los que captan la información. De esa forma analizan los comportamientos y hábitos de sus súbditos y son capaces de predecir y anticiparse a sus deseos. La Red, que empieza suplantando la memoria personal, acaba por convertirse en la conciencia misma. El sistema nervioso del individuo se funde con la Red.

Los calígrafos también se multiplican; infinitas escrituras pueblan la Red, que da lugar a otros libros igual de monstruosos, como el Facebook o «Libro de la cara», el blog o «Diario de la Red del Mundo», el Twitter o «Piar» y otros muchos, que cuentan con muros donde cualquiera puede dejar sus palabras para que el resto del mundo las lea. Al mismo tiempo que se multiplican los calígrafos, se adelgazan los textos, que cada vez son más raquíuticos, como los que se escribían en la roca y en la piel hace más de

30.000 años.

Ahora las cartas y los mensajes llegan a su destinatario en apenas unos instantes: lo que tarda su calígrafo en dar un golpe a su ratón hechizado. Esa facilidad para enviar correos hace que apenas nadie se sustraiga a esa actividad frenética. Así, se escriben a diario cientos de millones de correos, para los cuales, en otra época, habrían sido necesarios varios ejércitos de carteros; ahora, en cambio, basta con un ratón.

—¿Un solo ratón?

—No, cada calígrafo tiene el suyo. O eso creo —dijo Ibn Umar.

—Entonces, hay millones de ratones.

Ibn Umar asintió.

—¿Y qué comen esos ratones?

—No lo dice.

Por si no fuera suficiente, aparecen sistemas de mensajería como WhatsApp, así como el ciberlibro, que es una especie de tableta sumeria que en vez de de arcilla está hecha de cristal. En una sola de esas tabletas caben cientos y aun miles de Coranes.

Los libros ya no pueden ser quemados porque, en puridad, ya no hay libros. Ahora la información es almacenada en una nube.

—¿En una nube?

—Eso dice.

—Pues tiene que ser una nube muy grande, ¿no?

—Tan inmensa como el mismo cielo.

No obstante, la nube se encuentra amenazada por los hackers, piratas que asaltan los sistemas de seguridad y se dedican a robar o, simplemente, destruir los libros, provocando el pánico y el caos.

Durante un tiempo dos monarcas, Steve Jobs y Bill Gates, se disputan el universo. Ambos son fundadores de imperios sin fronteras. Uno de ellos se llama Microsoft, «Pequeña Suavidad», y el otro Apple, cuyo símbolo es una manzana mordida. La rivalidad es feroz. El último de estos imperios inventa

unas tabletas con las que hasta los niños pueden escribir sin saber leer, de forma instintiva.

—¿Cómo un niño puede escribir sin saber leer? Eso no es posible —dijo Maryam.

Son imperios que, como se viene haciendo desde el principio de los tiempos, se erigen en benefactores de la humanidad y, como todos los grandes benefactores, piden una sola cosa: sometimiento total. Únicamente están interesados en el alma de sus súbditos; ninguna otra razón les mueve. Tampoco se conformarían con menos.

Pero, muy pronto, a esos dos imperios se suman otros advenedizos, uno de los cuales es Google, y entre ellos se enzarzan en batallas sin fin y venden, compran, roban, sobornan, expolían, se alían, se traicionan... Nada muy distinto a lo que viene sucediendo desde el principio de los tiempos.

La Red se puebla no solo de palabras, sino también y sobre todo de imágenes y sonidos, pedazos de realidad pura y descarnada donde cualquier cosa tiene lugar, y que son transmitidos con mayor eficacia que las meras palabras.

Porque, en puridad, la palabra ya no es el centro de la comunicación. La palabra ocupa cada vez un terreno más yermo y achicado. El pensamiento, lo que tradicionalmente se ha venido llamando pensamiento, no encuentra espacio para desarrollarse. Es el reino de lo breve, de lo deshilvanado y de la interrupción.

Las primeras imágenes que inauguran el portal más popular de la vasta red global, YouTube, «tutúnel», las graba a las 20:27 del sábado 23 de abril de 2005 uno de sus creadores, un tal Jawed Karim, en el zoo de San Diego, delante de varios paquidermos, y recoge estas palabras fundacionales:

«Hola. Aquí estamos, con los elefantes. Lo que mola de estos tíos es que tienen de verdad, de verdad, de verdad largas trompas, y eso... Eso mola. Y eso es todo lo que tengo que decir».

Me at the zoo, <https://www.youtube.com/watch?v=jNQXAC9IVRw>

—¿Eso es todo lo que tiene que decir? —preguntó Maryam, asombrada—. ¿Y qué significan estas letras, https? ¿Cómo ha de leerse? ¿Qué idioma es?

Ibn Umar se encogió de hombros.

Se corta la comunicación, pero el éxito de este enigmático mensaje de tan solo diecinueve segundos es tan inmenso y la conmoción que produce es tan indescriptible que en breve millones y millones y millones de personas se ven impelidas a compartir en el mismo túnel sus propias impresiones sobre la existencia.

Lo que persigue finalmente la Vasta Red Global no es sino la distracción total.

Esto era más de lo que Maryam podía llegar a asimilar.

—¿De verdad podemos tomarnos en serio todo esto?

Ibn Umar entornó los ojos y dijo:

—Disparates, sí, pero aún no habéis leído lo más asombroso de todo ello. Seguid leyendo.

10

EL SEÑOR DE LOS LIBROS

Maryam —así estaba escrito y así lo leía Ibn Umar— se adentraba en un nuevo capítulo cuando llamaron a la puerta. Era uno de sus bedeles que, muy excitado, le decía que Al-Hakam II acababa de entrar en la biblioteca.

Aunque sus visitas eran frecuentes, estas siempre constituían un motivo de agitación y alborozo. Era uno de los indiscutibles alicientes de trabajar a las órdenes de Maryam: un encuentro con el califa, por muy fugaz que fuese, era algo de lo que se podía presumir.

Maryam brincó del cojín como un gato y luego miró a Ibn Umar, que asintió.

—Sí —se sonrió Ibn Umar.

—¿Qué hacemos? ¿Qué hemos de hacer?

—Lo que está escrito.

Precipitadamente Maryam salió del despacho para recibir al califa, pero se lo encontró casi de bruces.

Al-Hakam vestía un brocado blanco de lino cosido con hilos de oro. Su larga melena, teñida de negro carbón, le caía sobre los hombros, y sus ojos, pintados también de negro, parecían aún más azules de lo normal. Su porte era sereno y delicado, pero, al mismo tiempo, no exento de vigor.

—Bienvenido sea nuestro señor —dijo Maryam, arrodillándose y besando el anillo califal.

—Hablemos, Maryam —le dijo, cogiéndola de la mano e indicándole que se levantara, para añadir con la voz estentórea que le caracterizaba—: Tenemos que hablar.

Cuando Al-Hakam entró en el despacho de Maryam, se sorprendió de encontrarse a Ibn Umar que, apenas le vio, también hincó las dos rodillas en el suelo —así estaba escrito— y se reclinó para tocar el suelo con la frente.

—En buena compañía te vemos —dijo ahora Al-Hakam a Maryam—. ¿Qué hacíais?

—Disputábamos por un libro —contestó Maryam, mientras Ibn Umar seguía postrado y sin alzar la mirada a su señor.

—Un libro. Claro. ¿Qué otra cosa podría ser? Ah, Maryam, si supieras cuánto nos conforta visitarte y comprobar la diligencia con la que enriqueces nuestra biblioteca... No hay tesoro que estimemos más. De ninguna otra conquista nos sentimos más seguros y orgullosos. Por ella pasaremos a la historia como el Señor de los Libros... Esta es la obra de nuestra vida. Así lo quiso, dirán, así lo quiso Al-Hakam II, una biblioteca que perdurara hasta el final de los tiempos, como fuente de conocimiento para futuras generaciones... Lo que nos hará permanecer en la memoria de los hombres no son los ejércitos, sino los libros. Ese es el rastro que dejaremos. ¡Ay de quien atente contra nuestra biblioteca! Seríamos capaces de sacarle la piel a tiras. Debemos protegerla con nuestra vida, pues por ella, más que por ninguna otra cosa, nos recordarán los hombres del futuro.

—Sí, señor... —se limitó a decir Maryam, mirando de reojo a Ibn Umar.

Entonces el califa reparó en que su cadí seguía postrado ante él.

—Levántate.

Ibn Umar obedeció.

—La misericordia de Alá y sus bendiciones sean con nosotros —le dijo Ibn Umar.

Al-Hakam se sentó sobre uno de los cojines y luego dijo:

—Puedes sentarte.

Ibn Umar obedeció.

—¿Se os ofrece un té? —preguntó Maryam.

Al-Hakam negó y Maryam le hizo un gesto al bedel —que aún aguardaba postrado ante la puerta— para que se retirase.

Luego también ella se sentó.

Ibn Umar y Maryam, como no podía ser de otra manera, esperaron de nuevo a que el califa hablara.

—Tenemos ya que tomar una decisión. Sin más demora. Bueno, en realidad la decisión ya está tomada. Hablamos del heredero. Debería ya empezar a leer, ¿no creéis? Tenemos que enseñarle a amar la luz de los libros.

Maryam asentía casi imperceptiblemente; Ibn Umar no se pronunciaba.

—Sí —dijo Maryam.

—Nada le agrada más a Alá que una palabra de sabiduría.

—Sí —repitió Maryam.

—Ya ha cumplido cinco años. Es hora de asignarle tutor. Pensamos que Muhammad, tu calígrafo, es el hombre más indicado para ello. Su paciencia y su sabiduría lo hacen merecedor del puesto. ¿No piensas lo mismo?

Maryam no quiso dejar entrever el disgusto que le producía semejante anuncio.

—¿Qué os parece la elección? —preguntó Al-Hakam. La pregunta sorprendió a Maryam—. Podemos probarle y, si no da la talla, buscar un sustituto, pero Abd al-Rahman debería ya empezar a aplicarse. Será el próximo califa de Qurtuba. El final de nuestros días está cerca... Nuestra salud nunca fue buena, y ahora lo es menos que nunca. No debemos engañarnos, y tampoco debemos engañar a los que nos rodean.

Maryam deseó que Al-Hakam viviera para siempre, pero no era ese el designio de Alá.

¿Por qué Ibn Umar permanecía mudo? ¿Estaba escuchándole? Estuviera o no escuchándole, el califa empezó a mirarle con desagrado.

—Bueno, ¿nadie tiene nada que decir? ¡Menudos consejeros tenemos! —se sonrió el califa—. ¿De verdad no vais a decirnos nada?

Maryam miró a Ibn Umar.

Ibn Umar miró a Maryam.

Luego ambos miraron al califa.

—¿Qué pasa? —dijo este.

—Veréis, gran señor... —empezó a decir Maryam.

—No, Maryam, no... —la interrumpió Ibn Umar—. No digáis nada todavía.

—¿Que no diga qué? —preguntó el califa, visiblemente molesto con el cadí. Por muy cadí que fuera, ¿pretendía guardar secretos a su señor?

—Sé lo que estáis pensando, gran califa, pero... —dijo Ibn Umar.

—¿Y cómo es que lo sabes? —se sonrió Al-Hakam.

—Porque lo he leído.

—¿Cómo?

—Todo lo que decís ya está dicho, todo lo que yo digo ya está escrito, incluso lo que acabo de decir ahora mismo.

—¿Qué galimatías es ese?

—¿Qué diríais, gran califa, si nuestras vidas estuvieran absolutamente predeterminadas?

—Quieres decir por Alá...

—¿Y si alguien supiera exactamente lo que vamos a pensar, sentir y decir en cada momento? ¿Y si eso, todo eso, incluido nuestro destino, estuviera ya escrito?

—Está escrito por Alá.

—No sé si por Alá o por no Alá... Pero en el Libro está escrito.

—¿En qué libro?

—Una cosa es que Alá lo sepa y lo calle, y otra cosa bien distinta es que lo haya escrito y nos lo muestre para que lo leamos. Y, sobre todo, que no podamos hacer nada para reescribirlo de otra forma.

—Si lo que pretendías —dijo Al-Hakam, risueño— era avivar nuestra curiosidad, ya lo has conseguido. Y ahora explícate, porque no te entendemos.

Entonces Ibn Umar habló de esta manera:

—Oh, gran califa, príncipe de los Creyentes, dueño de esta tierra de Al-Ándalus, que es límite del mundo conocido, señor mío, gran señor, escuchad, os lo ruego, escuchad qué nos espera, escuchad lo que está escrito y tomad la decisión que consideréis más oportuna. Sea la que sea yo la aceptaré; sea la que sea no me opondré. Sea la que sea... Pero ahora escuchadme, gran califa: no os oculto que entre mis planes estaba el de arrestar a ese hombre a quien todo el mundo parece tener en gran estima...

—¿Qué hombre?

—Muhammad ibn Abi Amir.

—¿Y por qué querías arrestarlo?

—Por las afirmaciones que en el Libro se vierten.

—¿Qué libro? ¿Qué estás diciendo?

—El que descansa en ese atril, gran califa. Y he dudado si debía o no

sacarlo a la luz. Destruirlo era tal vez lo que me convenía a mí; dejarlo estar era dejar que el mundo siguiera su camino. Yo he preferido...

—¡Destruir un libro! —le interrumpió Al-Hakam, que seguía risueño—. Eso no es propio de ti.

—Sí, comportarme como un Al-Mansur cualquiera.

—¿Al-Mansur? ¿Quién es Al-Mansur?

—El destructor de los omeyas, la encarnación de la codicia y el que marcará el principio del fin. ¿Debo dejarle existir? ¿O debo más bien encerrarle en la mazmorra más profunda del alcázar? Que comparta la penumbra con Abul Anbas.

—Abul Anbas... ¿Y quién es ese Abul Anbas?

—Abul Anbas: un mercader de libros. Abul Anbas...

Maryam observaba a Ibn Umar mientras hablaba. Ojos vidriosos. Ojeras marcadas. Pelo revuelto. El kohl de los ojos los hacía más temibles.

«Ibn Umar es el diablo», pensó Maryam sin un motivo razonable.

Ibn Umar siguió hablando, apenas interrumpido por el califa que, mientras le escuchaba, solo podía tener un pensamiento en la cabeza: el cadí se había vuelto loco. Pero lo dejó hablar, sin poner freno a lo que parecían monstruosas herejías —«Alá o no Alá», había llegado a declarar— y sin poner freno a lo que parecían acusaciones de alta traición. La idea de que Subh, su favorita, se estuviera viendo en secreto con Muhammad le pareció tan irreal que ni siquiera alcanzó a herirle. No, Subh le amaba como le amaban todos aquellos que le rodeaban. No, Subh estaba bien vigilada por un ejército de eunucos bien pagados que despachaban con regularidad con él y le informaban de todo aquello que se decía en el harén de sus trescientas concubinas, por las que, por otra parte, no sentía un gran deseo. Pero Subh le había dado dos hijos.

—Sí, dos hijos —decía Ibn Umar—, y esos dos hijos son ahora las dos mitades de vuestro reino y, sin embargo, uno de ellos ya está condenado... Y aquel que sobreviva será aún más maldito que el que perezca, pues provocará la ruina de los omeyas. Qué digo la ruina. Su extinción. Sabed que todo está escrito de un modo aproximado a como os lo estoy contando y sabed que por el Libro he estado a punto de perder la razón, y creo que la pasada noche la perdí, pues por más que lo intenté no pude oponerme a su voluntad. Cada cosa que hacía, que pensaba, que decía, ya estaba escrita y, finalmente, me rendí a lo que tenía que ser. Y por ello me atrevo a rogaros, gran califa, que también

vos os adentréis en sus páginas como ya lo ha hecho Maryam. ¿No es verdad, Maryam?

Maryam asintió tímidamente.

—Estás diciendo, según creemos entender, que ese libro del que hablas predice el destino de Al-Ándalus y el nuestro propio y el de la estirpe de los omeyas.

—Estoy diciendo eso y aún más.

—¿Qué puede haber más que eso?

—También cifra el destino de los libros.

—Los libros, ¿eh?

—Sí, también ellos perecerán sin remedio.

—¿Y eso? ¿Por qué?

—Por las llamas, mi señor. Y después por los ratones.

—¿Por los ratones? Vaya. Los ratones... ¿Queréis decir que los ratones devorarán los libros? Una plaga, supongo.

—Sí, gran señor, príncipe de los omeyas, una plaga de roedores como nunca se ha visto en la Tierra, y no es solo que vaya a ocurrir cuanto este libro dice que va a ocurrir sino que, además, esto que está sucediendo ahora en realidad no está sucediendo.

—Ah, ¿no? —dijo el califa, incrédulo.

—No, solo lo estoy leyendo.

Al-Hakam dirigió la mirada hacia el Libro y se quedó pensativo un instante.

—Dime... ¿cuánto has pagado por ese volumen?

—Mil dinares —contestó Ibn Umar.

—¿Lo has pagado de tu bolsillo, o con cargo a la Casa de la Justicia?

—Con cargo a la Casa de la Justicia —confesó Ibn Umar—, pero me pareció que, por la relevancia de lo expuesto, se trataba de un asunto de Estado.

—Lo estaba suponiendo —pareció recriminarle Al-Hakam.

El califa se acercó al Libro.

—No temáis.

—¿Por qué habría de temer?

Una chispa eléctrica, que no podía ser sino enojo, brilló un instante en el

azul de sus ojos y luego se hizo presente, aún más presente, su tic nervioso.

—No —dijo el califa.

—¿Qué?

—Hasta aquí llegó nuestra paciencia, aquí agotaste cualquier rastro de benevolente comprensión. Dices que has perdido el juicio y en eso tenemos que darte la razón. Y dices que todo ha sido «gracias» a ese libro. Y ahora quieres que nosotros lo leamos, ¿no es eso? Según entendemos, es un libro de adivinación. Pero ese es un poder que solo pertenece a Alá. Por tanto, no necesitamos leerlo: este libro es herético, y tú, mejor que nadie, deberías saberlo. Y, si no lo sabes, es que tal vez ocupas un cargo que no te corresponde. Por la gracia del Misericordioso, por la memoria de los emires y califas que nos han precedido, nosotros, como depositarios de la esmeralda de los omeyas, te ordenamos que quemes ese libro, que lo hagas desaparecer de la faz de la tierra.

—Pero señor...

—Antes dijiste que aceptarías lo que nosotros ordenáramos... Pura retórica, por otra parte, pues ¿podría suceder de otra manera sin gran peligro para tu cabeza?... Y esto es lo que ordenamos. Sí, Ibn Umar, no necesitamos que ningún libro nos diga que todo será extinguido. No necesitamos que ningún libro nos lea el futuro. Procuremos cumplir con nuestros destinos y, sean cuales sean estos, hagámoslo con todas las facultades de nuestro corazón, nuestra mente y nuestro espíritu.

—Sí, gran señor —asintió Ibn Umar.

—Y, con respecto a tu persona —añadió, levantándose mientras Maryam e Ibn Umar se levantaban a su vez para postrarse en una reverencia—, deberíamos tomar una decisión. Lo pensaremos mañana, algo te diremos pasado.

El califa aguardó a que Maryam le abriera la puerta, cosa que ella hizo de inmediato, y le indicó con un gesto que lo acompañara.

El califa y Maryam salieron del despacho.

«Entonces, todo será como está escrito», se dijo Ibn Umar, «tal y como está escrito».

«Él extravía a quien quiere y conduce a quien quiere», rezó. «Él anticipa los acontecimientos y los aplaza a su voluntad; Él es quien da la vida y hace morir».

En este punto de la lectura Ibn Umar pensó si no era mejor quemar el Libro allí mismo, que nunca viera la luz.

—¡Él es el Único, el Conocedor de lo Oculto! —dijo el papagayo.

La curiosidad pudo más que el espanto, y siguió leyendo.

«Así continuaba el Libro», leyó Ibn Umar.

En la cueva de la mazmorra —así estaba escrito— Abul Anbas se había quedado dormido con un escorpión enredado en sus pelos hirsutos, y tan exhausto se encontraba que ni siquiera se despertó cuando este agitó las patas y, de un salto, se subió en una roca que sobresalía de la pared y, en su huida, se escabulló rápidamente y no pudo ser aplastado.

Solo se despertó cuando escuchó cómo se entreabría la puerta: esa rendija de luz era suficiente para cegarle. Abrió la boca, como si quisiera absorber la luz, alimentarse de ella.

Era el carcelero, pero ¿qué quería?

—¿Sabes que por aquí vive un escorpión? —le informó—. ¿Por qué no me ayudas a encontrarlo y lo matamos?

—No te preocupes. Sí, vive aquí, pero nunca ha picado a nadie.

—¿No?

—Es un escorpión eunuco —bromeó.

—No sabes cómo me alivia saberlo. Intentaré no moverme mucho. Sí, creo que de momento no iré a ninguna parte.

—De eso puedes estar seguro —le contestó el carcelero, que dejó en el suelo un cazo de sopa sustanciosa, una torta de harina y un vaso de té.

—¿Cuándo me soltarán? —preguntó Abul Anbas.

—Yo que tú me armaba de paciencia —le aconsejó.

—Qué sabio te muestras, bendito tú. ¿Sabes que...?

Y ya no continuó, porque el carcelero volvió a cerrar la puerta y le hundió en la oscuridad.

«Intentaré no moverme mucho», se dijo. «Es más: no me moveré en absoluto». Con los escorpiones, eunucos o no, convenía mostrarse de lo más calmado.

En cuanto a Aurelio Anastasio, Dios le ponía a prueba una vez más

haciéndole compartir la celda con los dos ladrones a los que maldecía con la intención de convertirlos a la fe verdadera:

—¡Vuestra sangre está envenenada y envenenados moriréis! —les decía—. ¡Así está escrito!

—Basta —dijo uno de ellos, el que antes acabó por perder la paciencia.

—Basta, sí, es más que suficiente —replicó el otro.

—O te callas o te callas —y, aunque parezca mentira, resultó ser un argumento de peso, porque Aurelio Anastasio no volvió a decir nada, y los dos ladrones, en vez de propinarle una paliza como había predicho el carcelero que acabaría sucediendo, ignoraron al cristiano.

El silencio de Aurelio Anastasio tenía su explicación, y era esta: se acordó de que Jesucristo no había entablado conversación con los dos ladrones evangélicos; solo habló lo justo y eso tras ser insultado por uno de ellos y defendido por el otro: «En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso».

Lo cierto es que si el mismo hijo de Dios había requerido tan solo de once palabras, él había rebasado con mucho ese cupo. Por tanto, a imitación de Cristo, se calló.

Al leer estas líneas —así estaba escrito— Ibn Umar sintió piedad de Abul Anbas, el mercader de libros, pero también de Aurelio Anastasio, el mártir cristiano. Algún destino rápido tendría que darles a ambos.

—¡Alá es quien envía los vientos y acumula las nubes! —dijo el papagayo.

«Lo echaré a suertes», se dijo. «Cara es Abul Anbas; cruz es Aurelio Anastasio».

Y lanzó un dírham al aire.

Vaya, era predecible. Salió cruz.

Ibn Umar se horrorizó: un cadí, para más señas él mismo, fiando una sentencia al capricho de una moneda lanzada al aire.

No obstante, siguió leyendo.

«Así continuaba el Libro», leyó Ibn Umar.

Al azar había confiado el cadí Ibn Umar el destino de dos hombres, y esa

fue la causa de que poco después de que amaneciera el carcelero del Sudán se esmerase en preparar un brebaje de hojas y semillas que, al cocerse a cierta temperatura con vinagre, lo convertía en un destilado tóxico. Un chorrito en la sopa era suficiente para acabar con un león.

Cuando entró en la mazmorra de los ladrones, el temible carcelero llevaba consigo tres cazos de sopa y tres tortas de harina. Los puso en el suelo y repartió a cada uno su rancho, asegurándose de que el cazo emponzoñado fuera a parar a los muñones del cristiano; de hecho, no abandonó la mazmorra hasta que este se disponía a dar cuenta de la sopa.

Pero, apenas se cerró la puerta, uno de los ladrones —el que con mayor facilidad se impacientaba— le dijo a Aurelio Anastasio:

—Deja el cazo en el suelo.

El cristiano, sumiso como nunca había estado, obedeció sin rechistar.

A imitación de Cristo, él tampoco probaría bocado en la cruz, y eso que el tamaño de su hambre no era pequeño.

Los dos ladrones, pues, se repartieron el rancho de Aurelio Anastasio y, una hora después de ingerir la sopa contaminada, se empezaron a retorcer de dolor, entre apreturas y angustias, y otra hora más pasada ya yacían muertos uno junto al otro.

Naturalmente, Aurelio Anastasio vio en ello una nueva señal divina, si bien esta vez no encontró símil evangélico al que agarrarse.

Cuando el carcelero del Sudán regresó a la mazmorra para retirar el cadáver del cristiano y se encontró con que no uno sino dos eran los muertos que había, y ninguno de ellos era, por cierto, el que tenía que ser, miró a Aurelio Anastasio y le dijo:

—¿Qué has hecho, maldito diablo?

—Nada. Lo ha hecho Dios.

Esa obstinación que mostraba por seguir vivo impresionó mucho a su carcelero, aunque no lo suficiente.

—Así que te obstinas en desafiar a la muerte, ¿eh? Espera y verás.

Volvió a salir de la mazmorra, cogió una estaca y regresó.

«No se prolonga la vida de un ser ni se acorta sin que conste en un Libro», leemos en el Corán.

—Yo no hice nada; fue mi Dios, que me protege —susurró Aurelio

Anastasio, como rezando.

—Sí, ahora verás lo mucho que te protege —le contestó el carcelero y, sin darle oportunidad de decir nada más, le abrió la cabeza con el palo, dejándole medio muerto, pero no lo suficiente, por lo que no le quedó más remedio que sacar la daga y rebanarle el pescuezo.

La cabeza de Aurelio Anastasio se descolgó y, al descolgarse, parecía querer retener la sangre que borbotaba deseando salir de su cuerpo.

«Qué obstinación», pensó el carcelero. «Siempre es la misma obstinación y siempre es para nada».

Aurelio Anastasio, al fin, lograba el ansiado martirio. Aunque nadie se acordaría de él y nadie celebraría su onomástica. No por falta de méritos, desde luego. Con más razón que muchos otros habría merecido un puesto de honor en el santoral. Pero no estaba escrito así. Habría un san Aurelio, que no era él, y habría un san Anastasio, que tampoco era él, y jamás habría un san Aurelio Anastasio.

Durante la noche que Ibn Umar pasó leyendo el Libro, arrugaba la cara como si soportase un dolor continuado, con crisis en las que este se agudizaba y le hacía enroscarse sobre sí mismo, recogerse hacia dentro, volviéndose pequeño a ojos vista. Tanto era su dolor.

«Tanto dolor y tan poca gloria, pero no sería el primer caso, ni tampoco el último».

—¡Él es quien da la vida y hace morir! —dijo el papagayo.

Esa noche se escucharon voces, gritos y hasta golpes en el despacho del cadí Ibn Umar, pero tanto era el respeto que sentían por él que nadie se atrevió a auxiliarle.

De su locura solo un papagayo parecía compadecerse y ser testigo.

—¡Excelentííísimo cadí! ¡Excelentííísimo cadí! —decía este.

Dos días después el cadí Ibn Umar seguía en su despacho del alcázar. Había caído en un estado de excitación tal que le impedía conciliar el sueño: el insomnio le ganaba las noches y la soñolencia se apoderaba de sus días, aunque se sobresaltaba por cualquier insignificancia. Esperaba una carta. Y la carta por fin llegó. Sabía exactamente lo que esa carta decía, pues lo había

leído en el Libro.

Disponemos que Ibn Umar abandone la Casa de la Justicia y salga del alcázar, abandonando todas sus presentes obligaciones. Asimismo, que en el futuro nadie extraño o cercano le dirija la palabra. Sobre este punto seremos inflexibles. Que su vida pase como una sombra. Que se convierta en sombra es lo único que le pedimos a partir de ahora. Por último, y tan esencial como lo que hasta ahora hemos dictado, le recordamos que el Libro debe ser destruido.

Yo, Al-Hakam II, califa de Qurtuba

La noticia llegó a oídos de Maryam, que pidió una audiencia con el califa y le habló de esta forma:

—Es el amor que os profeso el que me hace ser tan osada como para rogaros que os apiadéis de Ibn Umar. A un hombre como él, cuya existencia depende de las palabras, el castigo que le habéis impuesto ha de enloquecerle sin remedio. Mas sé que pedir os benevolencia es un acto puramente retórico, pues ¿qué otra cosa puede ser el príncipe de los Creyentes sino generoso, bueno y sabio? Os lo ruego, gran califa.

El califa escuchó y asintió, y todo parecía indicar que Maryam lograría su propósito. Sin embargo, cuando tomó la palabra fue para decir:

—Ya está escrito, Maryam. Nada podemos hacer. El príncipe de los Creyentes no puede desdecirse.

Y, en efecto, así estaba escrito y así lo leía Ibn Umar en su despacho del alcázar.

«Así continuaba el Libro», leyó Ibn Umar.

Siguiendo el mandato califal, Ibn Umar abandonó el despacho del alcázar para refugiarse en su quinta a las afueras de la ciudad, donde había hecho edificar su famosa biblioteca.

Del alcázar se llevó el papagayo y un libro.

¿Qué iba a hacer? ¿Quemarlos? ¿De verdad iba a quemarlos? ¿Qué otro remedio le quedaba? Esa era la voluntad del príncipe de los Creyentes, y a su

voluntad estaba atado.

Al-Hakam II era su dueño. A él pertenecían toda la generosidad y toda la gloria que uno pudiera recibir en este mundo. Los hombres, como vacas, pastaban en los prados del califa. Él derramaba los dones y la prosperidad, los castigos y las desdichas. Sin él no había destino posible. Los hombres, a su lado, no eran sino espectros. E Ibn Umar no era una excepción.

Reunió en la sala más amplia de su casa a sus criados y esclavos y, uno por uno, los despidió con un abrazo, liberándoles de cualquier servidumbre y repartiendo entre ellos ciertas cantidades de dinero.

Solo con uno de ellos se comportó de forma distinta. Su nombre era Antíoco, un joven y taciturno esclavo griego, al que encomendó que le atendiera durante dos semanas más, prometiéndole recompensarle con generosidad por ese último servicio.

Fue ese el tiempo que dedicó a copiar el Libro de cabo a rabo, incluso estas mismas palabras, por supuesto, tarea que le llevó los catorce días mencionados. Se esmeró en la caligrafía como pocas veces había hecho, y respetó punto por punto, coma por coma, aquello que estaba escrito. Como tenía que ser.

«No hay astrolabio que pueda asegurarnos que conduciremos este o cualquier otro libro más allá del mar de las Tinieblas», se dijo Ibn Umar. «Pues, así está escrito, la mayoría de nuestras barquitas naufragarán entre tempestades. Pero, en realidad, qué importa. Este libro no es tan extraordinario como parece. O mejor dicho: no es más extraordinario que todos los otros libros. Cada libro es un milagro, y este... no es una excepción. Sí, se trata de un libro común y, por tanto, milagroso: también fue escrito para cruzar el océano del tiempo. ¿Que contiene algunas irrealidades? ¿Que las contenga! En los libros cabe todo: el pasado, el presente y también la imaginación de lo que todavía no ha sucedido. El defecto está en el juicio de quien lee, pues a él le corresponde separar el grano de la paja, distinguir la cebada de la cizaña. Todos los libros se escriben con el mismo ánimo... Todos los libros dicen lo mismo al comienzo: “Tú, que me lees, ¿estás seguro de entender mi lenguaje?”».

Cuando terminó de caligrafiar el Libro, lo encuadernó con esmero y escribió en su primera página, la cual había tenido la precaución de dejar en blanco:

TODO ESTÁ EN UN LIBRO EXPLÍCITO.

CORÁN, XI, 8

Cerró el Libro, lo envolvió en un paño, llamó a su esclavo y, entregándoselo, le dijo:

—Antíoco, ¿y si fuera este, precisamente este, el único libro que sobreviviera entre los cuatrocientos mil libros? Es una posibilidad que no quiero descartar. Lleva, pues, este libro a Maryam, y asegúrate de que lo recibe personalmente.

Luego le regaló una más que abultada bolsa de dinero y le dijo que a partir de ese momento era un hombre libre.

—Gracias, mi señor —dijo Antíoco.

Pero, con gran sorpresa, escuchó que su antiguo amo le decía:

—No, no me des las gracias. Dáselas, en todo caso, a Abul Anbas.

—¿Abul Anbas? ¿Quién es Abul Anbas?

—¿Vas a decirme que no lo conoces? ¿Que nunca has escuchado hablar de Abul Anbas?

—Ahora no caigo, mi señor.

—Es aquel viejo desdentado y tuerto que hace diecisiete días se presentó en esta casa para pedir refugio. Tú mismo le alojaste en el cobertizo de las ovejas y tú mismo le preparaste la cena. Como ves, no le faltaba razón cuando te dijo que, más pronto que tarde, serías un hombre libre.

—Ah, sí —dijo Antíoco, aceptando la explicación de su amo y terminando de convencerse de que este había perdido el juicio.

Apenas se fue Antíoco a cumplir con la última instrucción de su antiguo amo, Ibn Umar dispuso el Libro en el centro de su famosa biblioteca y él mismo acarreó la paja hasta la puerta, y él mismo le prendió fuego. Como un Al-Mansur cualquiera. Cuando se aseguró de que todo ardería, de que no quedaría piedra sobre piedra ni tinta sobre papel —así estaba escrito—, se alejó de la ciudad de Qurtuba, donde su vida se había hecho intolerable, acompañado tan solo por un papagayo, que en todo momento le recordaría quién había sido y ya no era.

—Excelentísimo cadí —decía el papagayo.

Y todo fue cumpliéndose tal y como estaba escrito.

Muhammad ibn Abi Amir fue nombrado tutor del hijo del califa, Abd al-Rahman, con un salario de cinco dinares al mes. El firme propósito de Al-Hakam era que su primogénito se convirtiera en el décimo omeya de Al-Ándalus y, para ello, debía preparársele con el mayor de los esmeros. No lo quiso así el Libro: Abd al-Rahman murió al poco tiempo.

Muhammad se concentró, pues, en la educación del segundo de los hijos del califa, Hishan, y el empeño que puso en ello no fue poco; pero era un niño enfermizo, caprichoso e impaciente. Al contrario que su padre, no sentía inclinación alguna por el estudio, la caligrafía o la contemplación. Solo quería jugar y, si se le contradecía, estallaba en arrebatos de ira y pataletas. Además, en ocasiones se comportaba de una manera extraña: se ponía a cuatro patas y ladraba. Sus servidores se mofaban de él y, en privado, se referían a Hishan como el pequeño Mono.

Muhammad acabó desistiendo. Comprendió que lo único que podía hacer era ganarse su estima. Para no disgustar al califa, le engañaba con respecto a los progresos de su hijo. Así, redactaba él mismo los ejercicios de Hishan y combatía cualquier crítica que se le hiciera a su pupilo.

—Es un niño en exceso sensible —le justificaba—. Su alma es la de un poeta.

El único empeño de Muhammad era contentar al califa, que se sentía complacido por la inteligencia, destreza y voluntad que demostraba para servirle. Cualquier asunto que fuera confiado a Muhammad se saldaba con un resultado más que sobresaliente, fuera este organizar una recepción, administrar unos salarios o templar los ánimos de las mujeres tras una disputa en el harén. Consecuentemente, Al-Hakam le fue encomendando otras tareas. Le nombró jefe de la guardia, intendente de las obras públicas y, luego, tesorero de los bienes del heredero al trono.

Muhammad contaba con la confianza absoluta de Al-Hakam II y contaba con el amor incondicional y secreto de Subh. También supo ganarse a Hishan, que le cogió un cariño desmedido, pues su tutor no se dedicaba sino a premiarle sin motivo, a consentir todos sus caprichos y, sobre todo, a ocultar sus debilidades delante de su padre y sus consejeros.

Muhammad era cada vez más rico y ya no escribía poesía. Estaba

demasiado ocupado saltando de un cargo a otro.

Robaba, claro, pero para dar una impresión de cierta normalidad dejaba que los demás también robaran; es más, ponía el dinero en sus manos sin tan siquiera preguntarles y les extendía un recibo que rubricaban con su propio nombre. De esa forma, si él caía, caerían también todos ellos, y, siendo ya tan numerosos los corruptos, unos a otros podrían auxiliarse.

Un gobierno —comprendió— era en realidad una sociedad secreta de variopintos delincuentes cuya mayor y más visible tarea consistía en desmentir chismes y envolverse en una palabrería rimbombante y hueca. Si alguno incurría en la tentación de la honestidad, Muhammad ejercía, implacable, el arte del soborno, el cual requería de una mano maestra, y Muhammad tenía esa mano, larga o corta, según conviniese al caso.

Entre todos sus cargos, el que más le complacía era el de director de la Casa de la Moneda, que era el lugar donde acuñaban las piezas de oro y plata. En ellas se estampaban el nombre y los símbolos de Alá. No había tarea más sagrada que esa.

Sin embargo, tras este último nombramiento, cometió el error de encargarse que se labrase en plata una miniatura exquisita que representaba un palacio imaginario, y se la regaló a Subh. Cuando Al-Hakam vio el costoso regalo mandó investigar a Muhammad, que si quedó libre de sospechas fue gracias a un préstamo de la propia Subh, con el que restituyó la plata que había sustraído. No por ello Al-Hakam dejó de recelar de Muhammad. Además de sospechar de su facilidad para dominar el corazón de las mujeres, recordó los delirios de su antiguo cadí Ibn Umar; pero su salud y su voluntad ya estaban irremediablemente quebradas. Los médicos, por ventura, le aconsejaron trasladar la corte al alcázar de Qurtuba, menos expuesto al frío de la sierra. Y allí Al-Hakam terminó por languidecer.

El califa desapareció de la vida pública y solo salía para asistir a las oraciones comunitarias en la mezquita, aunque aún encontró fuerzas para preparar y asistir a la ceremonia en la que Hishan recibió el juramento de fidelidad por parte de los cortesanos como futuro heredero del trono de los omeyas.

Cuando poco después murió Al-Hakam II, Muhammad y Subh supieron exactamente lo que tenían que hacer para asegurarse de que Hishan alcanzara el trono. Subh se dedicó a sobornar a ciertos cortesanos; Muhammad acusó a

otros tantos de traición y hubo encarcelaciones, destierros, suicidios y asesinatos.

Hishan fue nombrado califa, príncipe de los Creyentes, Aquel que recibe la ayuda de Alá. Sin embargo, después de la coronación apenas se le volvió a ver en público. Muhammad y Subh se ocuparon de encerrarle entre las paredes del palacio de Medina Azahara. A pesar de rodearlo de todos los placeres, de ser consentidos todos sus caprichos, Hishan seguía mostrando un carácter hosco e impredecible. Combatía el aburrimiento y el hastío con toda clase de extravagancias. Oscilaba entre un hedonismo enfermizo y una devoción religiosa por las reliquias igual de enfermiza. En su dormitorio guardaba en un cofre un trozo de madera podrida por el que había pagado una elevada suma y que, según le habían hecho creer, era nada menos que un resto del arca de Noé. Naturalmente, Muhammad y Subh intentaban que estas ridículas y grotescas manías del califa no trascendieran.

Las pocas veces que salía de palacio lo hacía disfrazado de mujer, con velo, entre otras damas del harén y por calles que previamente habían sido desalojadas por un nutrido pelotón de guardias. El califa Hishan II estaba tan lejos de su pueblo como de sí mismo. Llegó a creer que reinaba sobre unas tierras deshabitadas. Era un fantasma en su propio reino.

Ni Muhammad ni su madre se cansaban de justificar su encierro, asegurándole que, excepto el personal del harén, el resto del mundo ansiaba despojarle del trono. Cuando estaba solo, tenía accesos de pánico, y entonces se abrazaba a sus reliquias, lloriqueando.

Muhammad y Subh contaron a los consejeros que el nuevo califa había tomado la decisión de apartarse del mundo y sus honores. Se dedicaría a la contemplación del Altísimo y al estudio del Corán, pero no por ello abandonaba el gobierno. Su voluntad era continuar reinando: Muhammad sería el encargado de transmitir sus órdenes. Así que Muhammad se acostumbró a confundir su propia voluntad con la voluntad del príncipe de los Creyentes, y durante unos años gobernó Al-Ándalus a su antojo.

Y no había hombre más lleno de determinación que Muhammad.

Pronto llegó la hora de recoger sus frutos.

En cada ciudad y aldea fueron sembrados recaudadores de impuestos. El mandato de Muhammad era no excusar ni un solo dírham de plata. Los impuestos se convertían cada año en millones de dinares de oro, buena parte

de los cuales se destinaba a pagar una soldada numerosa, que hacía circular esos dineros entre artesanos, camelleros, agricultores, prostitutas y demás ralea. Al siguiente año esos mismos dírham y dinares volvían a ser recolectados por la poderosa administración de los omeyas, enriqueciendo el Tesoro Real. No obstante, era esencial que algunas migajas llegaran de nuevo a su pueblo. El dinero era la argamasa perfecta.

Maryam fue testigo de cómo su antiguo calígrafo se hacía con las riendas del Gobierno. Su poder era inmenso. Empezó a mostrar una tacañería incomprensible y desconocida. Muhammad, el que se había entregado cuando era pobre, ahora era rico y lo quería todo para sí mismo. Incluso se mostraba cicatero con los fondos que destinaba a la biblioteca. A Maryam le costaba reconocer a su antiguo servidor.

—Nuestra biblioteca languidece.

—¿De qué vale una biblioteca si no hay un ejército que la defienda?

—¿Que la defienda de qué, Muhammad?

—De los cristianos y de las tribus rebeldes del norte de África —dijo Muhammad—. Yo solo soy el criado del príncipe de los Creyentes, nuestro señor Hishan II, y él dice que nuestros ejércitos son más valiosos que nuestras bibliotecas.

—Cuánto has cambiado —le dijo Maryam.

—Yo no he cambiado; ha cambiado el mundo —le respondió—. Yo ya no soy dueño de mí mismo.

Y, efectivamente, así era.

—Muhammad, ¿eres feliz? —le preguntó Maryam.

—¿Quién, yo? ¿Qué quiere decir «feliz»? —dijo.

La pregunta le sorprendió. ¿Por qué le preguntaba eso? ¿Era feliz? Sin saber por qué, Muhammad se acordó de su vida antes de llegar a Qurtuba desde su Algeciras natal. Su madre hilaba y él vendía las telas en el zoco. Allí empezó a aprender a tratar a la gente; allí, misteriosamente, era feliz. Entonces «feliz» no parecía una palabra exagerada. Tenía sueños, futuro. Ahora, en vez de sueños, tenía temores. Esa era la fina línea que separaba la juventud de todo lo demás. Ahora, por ejemplo, tenía miedo de ser asesinado.

—«Feliz» es una palabra demasiado grande —le contestó finalmente Muhammad—. Digamos que intento no sufrir demasiado.

—Como filosofía de vida no me parece gran cosa.

—Maryam, ¿cómo se te ocurre hablarme así? ¿Es que estás cansada de vivir?

Maryam comprendió su desliz y se apresuró a arrodillarse ante él y pedirle perdón.

«Ojalá Ibn Umar estuviera aquí», pensó entonces; era la única persona con la que podría haber compartido sus congojas.

Cuando Muhammad se autoproclamó Al-Mansur billah, «el que vence por Alá», Maryam supo lo que sucedería a continuación, pues lo había leído en el Libro, y entonces hizo una valija y huyó de la ciudad a lomos de Kali, su purasangre. Poco después Al-Mansur ordenó la destrucción de los libros de la biblioteca de Al-Hakam II con un argumento parecido al que sirvió para destruir la Biblioteca de Alejandría: *La verdad, siendo eterna, volvería a brotar antes o después.*

No sabemos adónde fue Maryam; su rastro se pierde en el puerto de Tarifa, donde dicen que la vieron embarcarse en un navío. Aunque la historia no cuenta qué llevaba en su valija, podemos suponerlo: libros y, entre ellos, el Libro.

En cuanto a Abul Anbas, ese duro pellejo de ojos grandes y profundos como pozos, el uno vacío y oculto tras un parche; el otro color miel con destellos de verde esmeralda, ese pellejo con más encías que dientes no tuvo que soportar la prisión más de una noche. Sin saber por qué, lo liberaron. Soltaron a esa cosa fuera del alcázar y cerraron el portón como si no quisieran volver a saber nada más de él. La chilaba, la misma que traía; las sandalias, acartonadas por la humedad; en su cuello, una pesada carga: mil monedas de oro. Pero soltaron esa cosa en mitad de la ciudad como si fuera un desperdicio.

Y, pese al trato recibido, más extraordinario que malo, sabía que todo era como tenía que ser y daba gracias al Altísimo por concederle un día más. ¡Qué cambiante era la fortuna! «Hoy preso, mañana libre. Ayer pobre, hoy rico. Gracias por concederme un día más». Esa misma tarde, después de llenarse el estómago de sopa y cordero, compró un camello a un camellero, lo bautizó con el nombre de Magnífico II y abandonó la ciudad de Qurtuba antes del ocaso. Seguramente prefería eludir la posibilidad de una nueva reclamación. ¡Mil

dinares! ¡Había vendido un libro por mil dinares! ¡Qué cosa tan extraordinaria! Está escrito que, mientras se alejaba y buscaba la salida más próxima de la ciudad, se le escuchaba reírse por lo bajini y exclamar en un susurro:

—¡Qurtuba, la hospitalaria!

Según testimonios fiables, Abul Anbas viajó hasta Toledo, donde le complacía contar que había vendido el libro más maravilloso que nunca se había escrito por mil dinares. ¡Qué cambiante era la fortuna!

—Yo soy Abul Anbas —pregonaba en el zoco toledano—, el que recorrió todos los caminos, el que a todo estuvo dispuesto. Yo soy Abul Anbas, y conmigo cargo los sueños y las pesadillas de los hombres.

Hay noticias de que se le volvió a ver en Samarcanda, en Constantinopla y en Bagdad, pero también en un monasterio de León, en las estepas de Siberia, en Islandia con los demonios de los vikingos y, asimismo, según algunos, más allá del mar de las Tinieblas.

«¿Cómo? ¿Y eso es todo?», se dijo Ibn Umar. ¿Era posible? ¿Así acababa el Libro? No, no era todo. Aún había más. Siguió leyendo...

El universo existe solo desde hace 13.700.000.000 de años (trece mil setecientos millones de años).

Nuestra galaxia existe solo desde hace 10.000.000.000 de años (diez mil millones de años).

El Sol existe solo desde hace 4.570.000.000 de años (cuatro mil quinientos setenta millones de años).

La Tierra existe solo desde hace 4.470.000.000 de años (cuatro mil cuatrocientos setenta millones de años).

El hombre existe solo desde hace unos 190.000 años (ciento noventa mil años).

La escritura existe solo desde hace 5.000 años.

Al principio fueron la piedra y la piel.

Luego los cantos rodados.

Luego las tabletas de arcilla.

Luego el rollo de papiro, el pergamino y el papel.

Luego el códice.

Luego el libro impreso.

Luego el bit.

Si hasta este momento el ser humano ha vivido en dos estados primordiales —la vigilia y el sueño—, a esas dos dimensiones de la existencia se suma ahora la red virtual, más adictiva que cualquier droga y disponible por un módico precio. Es gratis. Bueno, nada en la vida es gratis. Ni siquiera la muerte lo es. La muerte menos que nada. Cuesta mucho morir. Para ser exactos, cuesta toda una vida.

11

LIBERACIÓN

Cuando Ibn Umar salió del despacho donde se había hallado bajo el misterioso poder del Libro, ya había amanecido. Caminó como un sonámbulo por los pasillos y escaleras de la Casa de la Justicia. Los funcionarios más madrugadores lo veían pasar, inclinaban el espinazo y murmuraban el saludo ritual de la mañana: «Buen día os depare el Misericordioso», al cual Ibn Umar no se dignaba ni siquiera a contestar. Le interceptó uno de sus siete secretarios para recordarle que esa misma tarde debía dar una respuesta al pleito interpuesto por...

—Ahora no —le dijo Ibn Umar, dejándole con la palabra en la boca.

—Pero...

—¡Ahora no!

Salió de la Casa de la Justicia y cruzó la Fuente de los Cien Arrepentimientos, bordeó el Jardín de los Omeyas, donde los últimos catorce califas yacían en sus sepulcros, y se dirigió a la cueva de las mazmorras. Allí se encontró con el carcelero del Sudán, al que le dijo, entregándole una bolsa cargada de monedas:

—Debe acabar el suplicio de esos dos. Libera a Abul Anbas y dale esta bolsa: di mi palabra y a ella estoy atado. Respecto a Aurelio Anastasio, libérale también de sus sufrimientos, de los que ya ha tenido más de la cuenta. Son los sufrimientos de un loco y, además, de un loco sin remedio.

—¿Queréis decir que...?

—Mátalo. Así está escrito. Por el azar.

—Excelentísimo cadí, seguramente ese abominable comedor de cerdo

querrá, antes de ser ejecutado, sufrir tortura. ¿Debo concederle también esa gracia?

—Ya hubo en este caso más tortura de la necesaria. Hazlo de un modo limpio y rápido. Asegúrate de que así sea.

Luego regresó a su despacho, envolvió el Libro en un paño, lo apretó contra su pecho y se dirigió a las caballerizas.

«¿Qué otra cosa puedo hacer sino lo que está escrito?», se dijo. «Ahora galoparé hasta la ciudad califal, me entrevistaré con Maryam, luego con el califa, acusaré a Muhammad de traición y todo se volverá contra mí. Yo, el gran cadí de la ciudad de Qurtuba, seré relegado de mi cargo y sobre mí pesará una extraordinaria condena: nadie, bajo pena de muerte, podrá dirigirme la palabra. A partir de entonces, convertido en sombra, vagaré por los caminos como un proscrito, como un Abul Anbas cualquiera, y de mi vida anterior solo dará cuenta un papagayo».

Sin embargo, mientras un mozo se apresuraba a cumplir el cometido de ensillar el caballo del gran cadí, se le ocurrió pensar que lo que estaba escrito solo era tinta sobre un pergamino. ¿Quién le obligaba a él a ratificar el Libro de ese calígrafo que provenía de un siniestro y desdichado tiempo futuro, tan desdichado que ni siquiera habría libros?

A Ibn Umar se le tenía por sabio, y lo era. Su biblioteca constaba de cincuenta mil volúmenes, y todos ellos los había leído, anotado, estudiado... Cincuenta mil sabios le habían susurrado sus secretos y su ciencia. Se trataba de un poder inmenso. Pero, por desgracia, uno de los libros que había leído era, precisamente, el Libro: aquel que se permitía desgarrar el velo del presente para hacer visibles los acontecimientos futuros. Ahora sabía que Muhammad, el calígrafo favorito de Maryam, era el amante de Subh, y sabía que iba a quemar la biblioteca, que su desmedida ambición provocaría la guerra civil, el desmembramiento del Califato de los omeyas y, por último, el imperio de los reyezuelos cristianos sobre Al-Ándalus. ¿Qué le impedía detenerlo, encerrarlo en la mazmorra más profunda del alcázar y que allí la historia olvidara su nombre para siempre? Eso haría.

Ya en el puesto de guardia pidió que cuatro soldados le acompañaran y, asimismo, que transmitieran a Oso y a Chacal la orden de que no abandonaran el alcázar, pues a lo largo de esa mañana trasladarían a un nuevo detenido a la mazmorra y debía ser interrogado. En breve —sí— apresaría a Muhammad, y

en breve los sanguinarios Oso y Chacal aplicarían los rigores de su arte para hacerle confesar tanto las fechorías presentes como las perversas intenciones futuras.

Seguido por los cuatro soldados que había reclutado en el alcázar, recorrió al paso las calles de Qurtuba, pero apenas traspasó los muros de la ciudad, espoleó al caballo hasta ponerlo al galope, y este, asfixiado y sudoroso, doliéndose de las espuelas aplicadas con severidad por su jinete, entró en la ciudad califal de Medina Azahara.

Al cruzar por la Puerta Grande fue reconocida por los guardias, que se cuadraron militarmente con el respeto máximo con el que se le consideraba; le seguían, claro está, los cuatro soldados.

Ibn Umar y sus hombres entraron en la biblioteca como un tornado que convirtió en estatuas de sal a los lectores, bedeles, calígrafos, poetas y estudiantes que poblaban el sagrado recinto de los libros. Un bedel flaco y nervioso, que presentía algo fuera de lo común, se acercó a él, le hizo una reverencia y quiso hablar, pero Ibn Umar le dejó con la palabra en la boca para exigir la presencia de Maryam, con quien pronto se reunió en su despacho, a salvo de miradas indiscretas.

—Esta noche —le diría— he estado a punto de perder el juicio, ¿sabéis? Pero ya lo he recuperado. O eso creo.

Y, tras pronunciar esas palabras, se echaría a reír.

—¿Qué os pasa? —le preguntaría Maryam, alarmada aun sin saber por qué.

Entonces Ibn Umar se daría cuenta.

«Acepta, asume. Todo ha de pasar tal y como está escrito. ¿Cómo si no?».

«Procuremos cumplir con nuestros destinos», le había ordenado el Señor de los Libros, Al-Hakam II, «y, sean cuales sean estos, hagámoslo con todas las facultades de nuestro corazón, nuestra mente y nuestro espíritu».

Y, entonces, solo entonces, las líneas de la escritura empezaron a desvanecerse, pues incluso el fin tenía un fin, como la inmensidad sus estrecheces, y el infinito su acabamiento.

Así terminaba el Libro.

«Yo, Ibn Umar», escribió Ibn Umar.